IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

ÚLTIMO ACTO en el TEATRO de la ÓPERA

LONDRES 1870

Irene, Sherlock y Lupin se citan en Londres. Pero Lupin no se presenta, pues su padre, Théophraste, está bajo arresto acusado de robo y del homicidio de Alfredo Santi, secretario del gran compositor Giuseppe Barzini.

Los chicos emprenden una investigación para exculparlo; el rescate de la célebre soprano Ophelia Merridew en el sórdido barrio de Bethnal Green es solo el primero de los sucesos sensacionales que conducirán a Sherlock y sus amigos a desenmascarar al menos sospechoso de los culpables.

Irene Adler

Último acto en el teatro de la ópera

Sherlock, Lupin y yo - 2

ePub r1.1
Titivillus 29.01.2025

Irene Adler, 2012
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Último acto en el teatro de la ópera
Capítulo 1. Días de inquietud, noches de inquietud
Capítulo 2. Como un rayo
Capítulo 3. El tren azul
Capítulo 4. Un encuentro turbador
Capítulo 5. La divina Ophelia
Capítulo 6. En el corazón de la ciudad
Capítulo 7. Sueños y sorpresas
Capítulo 8. Una oscura verdad
Capítulo 9. El arte del cotilleo
Capítulo 10. Una trampa española
Capítulo 11. El rival
Capítulo 12. Noticias de la calle
Capítulo 13. El príncipe del enigma
Capítulo 14. El sutil hilo del pasado
Capítulo 15. En la niebla
Capítulo 16. El diablo de Bethnal Green
Capítulo 17. Un jirón de seda roja
Capítulo 18. La magia del teatro
Capítulo 19. La oscuridad detrás del telón
Capítulo 20. El traje del diablo

Capítulo 21. Como en un sueño

Capítulo 22. Una última taza de chocolate

Capítulo 1

DÍAS DE INQUIETUD,
NOCHES DE INQUIETUD

Transcurridos tantos años de aquellos acontecimientos, me resulta difícil confesar que, en los días terribles en que el ejército prusiano asediaba París, yo dedicaba todos mis pensamientos a dos extraordinarios amigos de los que había tenido que despedirme al final de las vacaciones de verano.

En aquellos días, los prusianos seguían avanzando, imparables, mientras el desventurado ejército francés se retiraba tras la vergonzosa derrota en Sedán. Por suerte, Sherlock estaba a salvo, lejos de Francia, mientras que Lupin, allí donde se encontrara, era la persona más capacitada para cuidar de sí misma que yo conocía. No puedo decir, pues, que estuviese preocupada por su seguridad, pero…

Por lo demás, las palabras que acabo de emplear, como «vergonzosa» y «desventurado», no habrían salido de mi boca en aquella época, son fruto de consideraciones más maduras que

vinieron con el tiempo.

Entonces, en aquel lejano septiembre de 1870, mi corazón latía al ritmo imprevisible de la juventud y mis pensamientos eran más caprichosos, o quizá fuera más acertado decir que más inconscientes.

La guerra, como he dicho, ya estaba perdida y en las calles de París no se hablaba más que de la derrota del imperio y de una inminente caída bajo las bayonetas del príncipe Alberto de Sajonia, y estallaban las riñas entre quienes defendían la necesidad de un armisticio digno y quienes, en cambio, se declaraban dispuestos a enrolarse como voluntarios o a unirse a los grupos de patriotas que se preparaban para resistir combatiendo casa por casa, calle por calle, hasta la muerte.

En esos mismos días, yo, Irene Adler, me desplazaba en carruaje entre aquellas multitudes tumultuosas y asustadas y seguía viviendo en nuestro bonito edificio de Saint-Germain-des-Près, donde mi familia adoptiva decidía qué hacer.

Ahora hablo de familia adoptiva, aunque en aquel tiempo, en mi ingenuidad, no tenía más que algunas sospechas sobre mis verdaderos orígenes y nunca había indagado, ni querido indagar, por qué mi cara afilada salpicada de pecas, mi cabello de color fuego y mis ojos azules eran tan distintos de las facciones de mi madre o de mi padre.

Si lo pienso, entonces había muchas cosas que no estaba segura de querer saber.

Y había otras, en cambio, que no me dejaban vivir tranquila; la guerra y el asedio de París, eso por supuesto, pero mi pregunta más recurrente era otra: en todo aquel caos de cartas y comunicados, de negras chimeneas y soldados con los uniformes imperiales hechos jirones, en todo aquel trasiego de gente, de gacetas vendidas a dos perras por vociferantes italianos en la esquina de la calle, ¿qué había sido de Sherlock y Arsène?

Recordando aquellos días, me vuelven a la cabeza las continuas palabras tranquilizadoras que me dirigían: no tenía por qué preocuparme ni estar asustada. Y así precisamente, ni preocupadas ni asustadas, estaban muchas de las jóvenes amigas que a mi madre le habría gustado que yo frecuentara para asegurarme una fácil entrada en los mejores salones de la ciudad.

Algunas de ellas, respetables madres e hijas del París más exquisito, se hallaban aquel martes en el salón de nuestra casa. A mí, que desde la claraboya de mi habitación las había visto entrar, me recordaban a aquellos patos que hibernaban en el laguito de las Tullerías; pero, en vez de plumas iridiscentes, las amigas de mi madre y sus hijas (que, por el contrario, ¡en absoluto eran amigas mías!) hacían gala de refinados vestidos de colores celeste, rosa y amarillo azafrán. Enmascaraban aquellos ojos suyos de besugo bajo cursis sombreros con velete, y sus manos blancas y flojas, bajo blandos guantes de color crema. Sin duda habían venido para el té provistas de minúsculos abanicos de seda y joyas que habrían puesto los dientes largos a cualquier ladrón.

Teniendo en cuenta que, en determinados barrios, las tahonas estaban racionando ya el pan y que muchas tiendas de la ciudad mostraban el triste espectáculo de estantes vacíos y desoladores, habría tenido que enfurecerme por aquella ostentación tan fuera de lugar.

Sin embargo, en aquella casa se me consideraba aún una niña y por mucho que, dentro de mí, supiera que ya no lo era, entre aquellas paredes me comportaba a menudo como una niña, a pesar de mi edad. Fingía tener un carácter mucho más sosegado y acomodaticio del que tenía, que se inflamaba y daba lugar a mil pensamientos turbulentos al darle rienda suelta cuando estaba sola o con mis dos grandes amigos.

Así pues, las parisinas estaban en el salón y el mayordomo Nelson, como un reclamo, al otro lado de la puerta de mi habitación en el último piso, donde normalmente duerme la servidumbre.

—Señorita Irene… —me llamó una vez más—. La señora la está esperando.

Pero el suyo fue más un suspiro que una llamada.

Yo eché un último vistazo a las dos cartas que había extendido sobre el tapete de cuero de mi escritorio y suspiré a mi vez.

—Enseguida voy —mentí, incapaz de despegarme de la caligrafía ondulada y elegante que llenaba apretadamente la carta más larga, la que Sherlock me había entregado el día de mi marcha de Saint-Malo el verano anterior.

Me sabía de memoria lo que decía, porque la había leído una y otra vez durante el viaje de vuelta a la ciudad.

Y en los días sucesivos.

Sherlock me deseaba un buen regreso a casa y, por primera vez desde que nos conocíamos, hacía una rápida alusión a cuanto estaba ocurriendo en Francia. Protegidos por la distancia, por el veraneo en Saint-Malo y por la lentitud del servicio postal, aquel verano habíamos ignorado gran parte de las vicisitudes por las que estaba atravesando el país.

Pero no es posible vivir siempre en medio de placeres y de espaldas al resto del mundo.

Yo debía volver a París, mientras que él y sus hermanos se marcharían con su madre a Londres, donde, apostaba Holmes, todo iría de la mejor manera. Aunque su madre se lamentara de todo: del ruido infernal de las calles atestadas a su hedor insoportable, de la mala educación de los ciudadanos al fastidioso regateo de los tenderos… Sherlock, obviamente, era de la opinión contraria. Sabía, o tal vez solamente esperaba, que en aquella ciudad podría procurarse fácilmente todos los libros que le apeteciera leer entrando simplemente en una de las librerías de Charing Cross. Además, ¡empezaría a recibir clases de violín! La noticia, anunciada sin preámbulos en la carta, me había hecho sonreír y, aunque al principio había pensado que era una broma, su manera de escribir seca y decidida había acabado convenciéndome de que mi amigo lo decía en serio.

¡Holmes tocando el violín! Sherlock me parecía demasiado nervioso e impaciente para adentrarse en un arte que requería, para aprenderlo, una infinidad de ejercicios aburridísimos y repetitivos. ¡Era igual de difícil que imaginar a Arsène Lupin en hábito de fraile!

¿La verdad?

La verdad era que, mientras a las afueras de París atronaba la artillería prusiana, había pasado unas noches insomne, envuelta en la blanca luz de la luna, imaginándome a Sherlock Holmes de pie tocando su violín. ¿Era solamente una manera de no pensar en la guerra, que ya había llegado a las puertas de mi ciudad? Tal vez.

A partir de ahí, la carta de Sherlock era más expeditiva y vagamente torpe: deseaba que nuestro encuentro en Saint-Malo no estuviese destinado a ser el único y confiaba en que, tarde o temprano, yo fuera a Londres o los Holmes tuvieran oportunidad de visitar París, quizá cuando las aguas se calmaran y viajar volviera a

ser menos peligroso. La carta terminaba así:

En ambos casos, ¡te prometo que me encargaré de llevarte a todos los lugares de peor fama y menos recomendables de la ciudad en que volvamos a vernos!

Tuyo,

Sherlock Holmes

Acababa de releerla por enésima vez cuando el señor Nelson tocó delicadamente a la puerta, llamándome al orden. El salón reclamaba mi tiempo. Y yo no tenía ninguna intención de concederle ni un instante más de lo imprescindible.

—Entre, Nelson… —contesté doblando la carta de Holmes.

La puerta se entreabrió.

—No soy yo quien debe entrar, señorita Irene, sino usted quien debe salir —me recordó el imponente hombre de color que, creía yo, estaba al servicio de nuestra familia desde antes de que yo naciera—. Las señoras y señoritas quieren estar con usted.

—¿De veras? —pregunté alzando una ceja—. ¿Y exactamente qué quieren de mí? ¿Mis conocimientos de poesía latina, mis opiniones sobre la moda en tiempos de guerra o mi sobresaliente simpatía?

—Lo último que ha dicho, señorita —me respondió con una sonrisa.

Ahora puedo decirlo con franqueza: me entendía mejor con el señor Nelson que con mi madre.

No os escandalicéis, os lo ruego. La culpa no era de ninguna de las dos.

Yo no era una chiquilla como es debido.

Y ella no era mi madre.

Capítulo 2

COMO UN RAYO

—¡Este té es realmente delicioso! —proclamó la chiquilla del vestido blanco, delicadamente posada en un sofacito del salón como un rizo de nata sobre un cruasán.

No le hice ningún caso, por el bien de ambas, y me dediqué a mirar por las altas ventanas de nuestra casa. El aire mismo parecía enrarecido. Varios nubarrones surcaban el cielo en dirección al oeste, moviéndose a gran velocidad. Me hicieron pensar en lo de prisa que pasaba el tiempo y también en cómo lo estaba perdiendo, vertiéndolo y deshaciéndolo igual que azúcar en el té hirviendo.

Estaba allí desde hacía menos de un cuarto de hora y ya me parecía que iba a enloquecer.

Sabía que Nelson estaba de pie detrás de una de las puertas lacadas del salón y, en resumidas cuentas, lo envidiaba. Él, al menos, podía reírse a escondidas de aquellos usos sociales inútiles, aquellos relatos incongruentes y aquella conversación forzada que

mi madre parecía apreciar tanto y que, según me había confesado, había echado en falta durante nuestras vacaciones en Saint-Malo.

En los meses que habíamos pasado en la costa, su carita lánguida no había tomado ni una pizca de sol, y sus movimientos, de por sí lentos y acompasados, parecían haber perdido más energía incluso. Y era así como estaba contando a aquellas amigas la temporada pasada en la costa de Normandía, con desgana, acentuando todas las incomodidades de un lugar que yo, en cambio, había encontrado muy hermoso.

«¡Siempre será mejor que estar en Sedán!», me habría gustado decir para recordarle que en aquellos mismos días, al otro lado de Francia, morían en el frente. Aunque hubiera sido una verdadera incorrección por mi parte, aquel día me sentía terriblemente malhumorada. No quería herir a mi madre, simplemente no soportaba tener que estar allí con ellas.

Me decidí entonces por una solución de compromiso: tiraría, por decirlo de algún modo, una piedrecita en las aguas estancadas de aquella conversación.

—¿Sabéis que esta mañana he oído disparos de revólver aquí en la plaza? —dije al tiempo que mordía una madalena—. ¡Parece que hasta ha habido un muerto!

—¿Un muerto?

—¿Y por qué lo han matado?

—¿Estaba casado?

Las pequeñas arpías, en cambio, se habían electrizado.

De nuevo, me habría gustado ver la cara del señor Nelson. Me habían enseñado que la vanidad era un rasgo que debía evitar. Pero entre la ausencia de vanidad y el deseo de ser olvidados hay mucha diferencia. Yo no me había olvidado de los amigos de aquel verano en Saint-Malo, e imaginaba que ellos tampoco de mí.

Arsène Lupin me había escrito unos días después de mi marcha y solo de milagro, creo, su concisa postal me había llegado pese a los extravíos provocados por la guerra.

Pocas líneas, sin las bonitas frases de la carta de Sherlock, pero no por ello menos interesantes: comprendí que pensaba en mí desde hacía muchos días y que debía de haberle costado cierto esfuerzo reconocerlo.

En la postal, que tenía los bordes festoneados, había escrito:

Me marcho con mi padre en busca de espectáculos. Espero que estés bien y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. No me contestes, no sabría qué señas darte. Un beso.

Me parecía que, en aquella atrevida despedida, se manifestaba toda la confusión de Lupin.

Un beso. Como si fuese habitual escribir algo así a una amiga como yo.

O como si lo fuese besarme.

¿La verdad?

La verdad era que, mientras mi no-amiga del vestido verde guisante decía algo a propósito de no sé qué profesora de canto (mi madre le acababa de decir que esperaba que la guerra terminara pronto para poder matricularme otra vez en la Academia), vi ante mis ojos el rostro delgado, los pómulos altos y el cabello negrísimo de mi extraordinario amigo Lupin y pensé en qué habría sentido si nos hubiéramos besado alguna vez. Solo el pensarlo, sin otra razón, hizo que me ruborizara y casi me derramé el té en el vestido.

—¿Irene? ¿Estás bien, cariño? —me preguntó mi madre con un fulgor de inquietud en los ojos. Como muchas otras madres de aquella época, sostenía que debía controlar constantemente todo lo que hacía o decía su hija cuando estaba en sociedad.

Una persona realmente deliciosa, mi madre. Lo escribo sin ironía: en cierto sentido, era completamente digna de admiración. Sabía fingir que estaba hablando conmigo cuando, en cambio, lo hacía con sus amigas, buscando en su hija, que tanto la asustaba, una complicidad que le permitiera exhibir nuestra fachada de respetable familia rica que podía tomar té con pastas aunque el imperio estuviese desmoronándose.

Yo no quería traicionar su confianza, pero me costaba trabajo. Habría preferido mil veces estar en la biblioteca, entre mis libros, u (¡ojalá!) callejear por la ciudad con Sherlock y Lupin.

Pero era una chica, de buena familia por añadidura, y todo lo que quizá le habría estado permitido a un chico, a mí, desde luego, me estaba prohibido.

—Todo bien, mamá —respondí entonces.

Intenté captar un retazo cualquiera de conversación al que aferrarme, reprimiendo un estremecimiento por aquello con lo que

acababa de fantasear, e inmediatamente después di un bostezo por lo que, en cambio, me rodeaba.

Me parecía realmente increíble que, mientras todo un ejército avanzaba sobre la capital, en una casa de París una pudiera aburrirse e incluso perder el tiempo.

Aquel suplicio duró casi una hora más, hasta el momento en que, bendito sea, el señor Adler, mi padre, entró en casa dando un portazo, esquivó al personal de servicio e irrumpió en el salón con el abrigo chorreando agua sobre la alfombra.

—¡Leopold! —lo reconvino al instante mi madre.

Yo creí sentir que, junto con mi padre, entraba algo así como una ráfaga de energía. Me di cuenta de que, en realidad, había sido un rayo al otro lado de la ventana. Las nubes que poco antes había visto progresar habían aumentado y ahora dejaban caer sobre la ciudad una lluvia enfurecida y fragorosa.

—¡Qué bien! —exclamé—. ¡Llueve!

Con ello, suscité una mirada de pasmo de mis compañeras de salón, que puede que, en toda su vida, no hubieran saltado sobre los charcos.

—¡Irene! —me saludó mi padre, como si su vuelta a casa me tuviera a mí como objeto exclusivo. Enseguida añadió, con cierta precipitación—: ¡Buenas tardes, señoras!

Luego me miró con aquellos ojillos pícaros que lo hacían parecer un niño travieso y no el gran hombre de negocios, magnate de los ferrocarriles y el acero, que en realidad era.

Le devolví la mirada sintiendo los ojos envidiosos de mi madre clavados en mí. Cada vez que nos veía juntos, parecía preguntarse cuál sería el secreto de la inmediata complicidad que se establecía entre mi padre y yo.

—¡Haz las maletas! —dijo mi padre—. Haced las dos las maletas. La próxima semana, Ophelia Merridew actuará por última vez en el Covent Garden, la ópera más reciente del celebérrimo Giuseppe Barzini.

—¿Ophelia Merridew? —pregunté yo, maravillándome al oír pronunciar el nombre de la cantante lírica más grande de todos los tiempos.

—¿El Covent Garden? —preguntó por su parte mi madre, que, creo, tuvo que refrenarse para no ponerse en pie de un salto. Y

puesto que en París no hay ningún lugar ni teatro que responda a ese nombre, añadió—: ¿Qué Convent Garden, querido?

—¡Habéis oído bien! —dijo mi padre, exultante—. ¡Nos marchamos a Londres!

No era difícil imaginar lo que el inesperado anuncio de mi padre iba a provocar: un gran jaleo en el seno de la plácida familia Adler. Lo que de ninguna manera podía prever, en cambio, era que, tras aquella noticia y los acontecimientos que de ella derivaron, mi vida cambiaría completamente.

Aquella noche, la cena fue servida a las siete y media en punto; consistía en un caldo espeso de capón, de esos color tabaco, en el que me divertí haciendo flotar los picatostes y contando para mí cuántos segundos tardaban en hundirse.

Mis padres retomaron el tema con el que mi padre había interrumpido aquella aburridísima visita. Todavía no habían hablado de él, porque mi madre no había considerado oportuno hacerlo delante de sus invitadas, aunque las señoras, claro está, habían opuesto cierta resistencia a la hora de despedirse. ¡Inmiscuirse en las vidas de los demás es, de hecho, una atracción demasiado poderosa para determinada clase de mujeres!

Mi padre se había aseado, se había cambiado de traje y se había perfumado con aquella agua de Colonia suya que a mí me gustaba tanto y que a algunos de nuestros amigos, por contra, les resultaba desagradable, porque se importaba del país que nos estaba invadiendo y con el que estábamos en guerra.

Sus bigotes engominados, sin embargo, parecían decir: «Me importa un pimiento». Y el pliegue sonriente de sus labios expresaba cierta satisfacción. Mi padre era un hombre optimista. Todavía me parece oírlo repetir su frase preferida en aquellos días sombríos: «La guerra es algo que se hace cada cierto tiempo, los negocios; en cambio, ¡se hacen siempre!».

Es inútil decir que mi madre, por su parte, parecía contrita. Y, como siempre, no se sabía si lo estaba por la propuesta en sí o por el modo en que se había anunciado. Ejercitada en el *bon ton*, que conseguía no distinguir entre forma y contenido, me daba la impresión de estar en grandes dificultades.

—Así pues, esta Ophelia, querido… —hizo una alusión.

Eso bastó para que mi padre se lanzara a pasar revista

apasionadamente de los éxitos, las reseñas extasiadas de los críticos y el hechizo que la Merridew sabía provocar en su público.

—Hay que decir, Leopold, que en esta situación… —intentó oponerse mi madre. Y «situación» fue la palabra más fuerte que se sintió autorizada a emplear para referirse a la guerra.

Yo sorbí una cucharada de caldo, evidentemente de una manera demasiado ruidosa, porque ambos fijaron en mí su atención.

—También Irene la adora —dijo entonces mi padre aprovechando al vuelo la interrupción—. ¿No es verdad, pequeña?

Asentí. Y no tuve necesidad de fingir. Ophelia Merridew era la referencia absoluta, casi una diosa para todos los profesores de canto que había tenido.

—Incluso la señorita Gambetta dice que la voz de Ophelia es inigualable. Y que escucharla es un privilegio absoluto.

—¿Has oído, querida? —se entusiasmó mi padre—. Un privilegio absoluto. ¿Acaso te gustaría renunciar a un privilegio absoluto en estos tiempos?

—Leopold… —suspiró mi madre—. Irene y yo acabamos de volver de nuestras vacaciones en la costa. Estoy extenuada… La sola idea de viajar ahora a… Londres me aterroriza. Y además, ¿cómo? ¿Siguen funcionando los transportes? He oído decir que la ciudad entera está bloqueada y que hay un éxodo de personas del campo que acuden a París…

Mi padre chasqueó los labios.

—Tonterías —dijo—. Ya lo he organizado todo.

—¿Ya lo has organizado? ¿Sin pedirme mi parecer siquiera?

—¡Oh, vamos, querida!

—No levantes la voz, Leopold.

—No estoy levantando la voz.

—Sí que la estás levantando.

Siguieron disputando a su modo inocuo. Era como asistir a una estrafalaria justa entre un caballero armado con lanza y otro protegido con una armadura de goma que, en vez de esquivar los golpes, los hacía rebotar. Aunque no tenía la menor idea de lo que realmente estaba sucediendo en la ciudad, no se me escapaban las verdaderas intenciones de mi padre, es decir, mandarnos lo más lejos posible de la guerra, y me asombraba, por tanto, la terca resistencia de mi madre.

En una pausa del duelo, intervine:

—La señorita Gambetta dijo que, si Ophelia hubiese venido alguna vez a París, habría hecho lo que fuera para llevarnos a sus alumnas a oírla. Porque no se puede conocer la verdadera esencia del canto sin haber escuchado a Ophelia Merridew.

Se hizo un largo silencio embarazoso. Había sido mi madre la que me había empujado a recibir lecciones de canto, pues las consideraba indispensables para mi entrada en sociedad.

—¿De verdad dijo eso? —preguntó mi padre, satisfecho por el apoyo que le estaba brindando. En realidad, la señorita Gambetta estaba convencida de que ella misma era superior, con creces, a la primera cantante lírica del momento. Superior pero, lamentablemente, incomprendida a causa de no sé qué desgracia o complot contra ella.

—Sí —confirmé, en cualquier caso—. Eso es lo que dijo exactamente.

Evité que mi mirada se encontrara con la de mi madre, pero sentí la frialdad de la suya en la piel.

—¿Y se puede saber cuándo ha asistido la señorita Gambetta a una actuación de Ophelia Merridew? —me preguntó irónicamente entre un tintineo de cubiertos.

—Bueno —contesté—, eso habría que preguntárselo a ella.

—Si lo dijo la profesora Gambetta, sin embargo… —murmuró mi padre, al tiempo que se concedía un generoso trago de vino.

Mi madre permaneció callada, derrotada, y yo tuve que contenerme para no guiñarle un ojo a mi padre.

—Entonces, ¿vamos a ir? —pregunté mientras el señor Nelson retiraba los platos.

—En fin… —respondió mi padre con una gran sonrisa que le abarcaba todo el rostro. Era una manera cortés de dejar constancia de la victoria recién lograda.

Me refugié en mi habitación a tiempo para no oír las secuelas de la discusión. Mis padres se trasladaron al salón, del que subían, a través de la escalera, fragmentos amortiguados de conversación. Arrebatos, murmullos y el tono constantemente conciliador de mi padre, el que, creo, utilizaba en el trabajo con las mil personas que tenía que dirigir.

Me senté al escritorio, tomé papel, pluma y tinta y me quedé

mirando la luz trémula de la lámpara de petróleo. No escribí ni una sola palabra, sino que me levanté y abrí la ventana para dejar entrar en la habitación el leve ruido de la lluvia.

La ciudad estaba a oscuras, bajo un toque de queda que hacía resonar el eco de los pasos de los poquísimos parisinos que había aún por la calle. Vi rayos lejanos al este, e imaginé que estaban cayendo sobre la línea del frente, allí donde estuviera. Ni siquiera acertaba a imaginarme la guerra.

Pensaba en Londres, que, en mi cabeza, era una ciudad idéntica a París pero sin avenidas y sin nuestras hermosas calles adoquinadas. Sin la subida al Sacré-Cœur ni las colinas que la dominaban.

Pensé en el barro, en la madera negra y en los letreros pintados de los *pubs*, pensados para quienes no sabían leer. Y pensé, naturalmente, en la posibilidad de volver a ver a Sherlock y, quién sabía, quizá a Lupin también si la vida vagabunda de su padre lo había llevado allí.

Al pie de su carta, mi amigo inglés había dejado unas señas. Quizá, una vez allí, podría intentar ir a verlo.

¿O tal vez debería advertirle antes de mi llegada? ¿Qué posibilidad de llegar antes que su remitente tenía una carta expedida en tiempos de guerra?

Volví a sentarme, mirando esperanzada la hoja en blanco. Mordisqueé la caña de madera de la pluma y por fin me decidí. Empecé así:

Queridísimo Sherlock:
No puedes llegar a imaginarte lo que acaba de sucederme…

A la mañana siguiente, temprano, bajé rápidamente la escalera en busca del señor Nelson. Lo encontré delante de la puerta de casa mirando la calle aún brillante por la lluvia.

Le entregué el sobre que acababa de cerrar y le pregunté:

—¿Qué opina, Horace, llegará?

El mayordomo le dio la vuelta entre sus grandes dedos oscuros y leyó el nombre del destinatario. No manifestó la menor sorpresa.

Esbozó una sonrisa y se encaminó por la calle para depositarla en quién sabía qué oficina de correos o confiársela a algún conocido

suyo que fuera a Londres.

—¿Señor Nelson? —lo llamé antes de que se hubiera alejado demasiado y no me oyera.

—¿Qué ocurre, señorita Irene?

—¿Vendrá usted a Inglaterra con nosotros?

Me contestó levantando la carta a modo de saludo, o quizá para subrayar una posible conexión entre la carta y lo que iba a decirme:

—Su madre, la señora, me ha pedido que, en su ausencia, cuide de usted y no la deje sola ni un momento, señorita.

«¿En su ausencia?», me pregunté. ¿Acaso quería decir que mi madre no iría a Londres con nosotros? ¿Y por qué motivo?

Di media vuelta y subí la escalera a toda prisa. Encontré a mi madre vestida de punta en blanco, sentada a la mesa del desayuno.

—No dejaré esta casa —me contestó cuando le pregunté si era cierto que no viajaría con nosotros—. No voy a abandonar todo lo que tenemos en manos de los bárbaros.

No lo comprendía. Todavía no podía imaginarme los saqueos y la devastación causados por la guerra, con ladrones por todas partes, en cada casa y en cada calle. Quizá en esto mi madre viera más lejos que una simple chiquilla.

—¿Y qué dice papá?

—Ha dicho que esta casa no es importante —me respondió ella, sibilina, sin añadir nada más.

En realidad, mi padre había dicho que la casa y sus muebles no eran más importantes que nosotros tres. Y se había ido a dormir tras concluir que, si no podía llevarnos a todos, al menos me llevaría a mí.

Capítulo 3

EL TREN AZUL

La mañana en que partimos de París, hacía un frío insólito para estar a finales de septiembre. Para hacer más patente su contrariedad por aquel viaje, mi madre había decidido no vestirse siquiera; vino a despedirnos a la puerta de casa ataviada con un largo salto de cama, más despeinada de lo que nunca la había visto.

Pero, por una vez, yo me había arreglado impecablemente: me cepillé el cabello, me puse una faldita que mis no-amigas parisinas habrían encontrado suprema, y rematé mis largas piernas de jirafa con unos zapatitos de cordones. Me puse de puntillas para darle el beso de adiós a mi madre y noté en ella un olor desagradable que solo muchos años después aprendería a identificar como el hedor a alcohol.

Me apretó contra ella, con un ardor que me sorprendió, porque quizá fuera la primera vez que sentía el contacto con su cuerpo.

—Tendrás cuidado, ¿verdad, Irene? —me susurró al oído.

Aún recuerdo bien las sensaciones que experimenté en ese momento: era como si una máscara, la máscara de las apariencias y los buenos modales tras la que siempre se había escondido mi madre, se le hubiese caído de la cara. La persona que vi en el umbral de casa aquella mañana era una persona de verdad, con su testarudez, su miedo y sus debilidades.

Mientras nos abrazábamos, me habría gustado decirle que nunca me había sentido tan cercana a ella. Pero lo cierto es que a menudo las palabras más importantes, las más sinceras, se nos enredan en alguna parte, entre el corazón y la boca, y no las pronunciamos. Es lo que me ocurrió a mí aquella vez.

—Claro que sí, mamá. Sé prudente tú también —fue todo lo que acerté a decir.

Pero mi madre no tenía por costumbre estar mucho tiempo indefensa, sin su máscara. En sus brazos, que se iban poniendo rígidos, advertí claramente su apuro. Y cuando nuestros ojos volvieron a encontrarse, de nuevo era la madre distante y un poco altiva que yo conocía bien.

Se volvió hacia el señor Nelson, parado en la puerta, le dio instrucciones por enésima vez sobre toda una serie de minucias y se aseguró de que nuestros baúles estuvieran en el carruaje.

Mi padre bajó en aquel momento de su habitación, me miró con una sonrisa y dijo:

—¡Vamos, que el tren no espera!

Con unas afectuosas palmadas en la espalda me invitó a bajar los peldaños de la entrada. Comprendí que era una manera de alejarme y evitar que asistiera a la despedida entre él y mi madre. Yo me dirigí al carruaje, pero me coloqué de tal modo que podía ver la escena con el rabillo del ojo. Durante unos segundos, mis padres se hicieron frente como dos duelistas. Ella meneó la cabeza y pronunció la palabra «locura». Él abrió los brazos y replicó que la locura era querer quedarse en París.

Mi padre le cogió las manos a mi madre y las apretó contra sí al tiempo que le pedía por última vez que fuera con nosotros, pero ella negó con su cabeza desgreñada, lastimosa, tal vez para hacerle entender que de verdad era imposible, o para que él se apiadara de ella, o no sé con qué propósito.

Pero mi padre no se dejó convencer. Se encogió de hombros, le

dio un beso en la frente y llegó hasta nosotros, mientras mi madre se dejaba caer en una silla como una flor que se marchitara de repente.

Nuestro carruaje negro atravesó calles desiertas y plazas abarrotadas de gente. Muchos parisinos se habían citado en lugares concretos de la ciudad, donde se desarrollaban conciliábulos y mítines improvisados. Vi también a hombres alzando una barricada de muebles apilados.

Me pegué a la ventanilla y le pregunté a mi padre:

—¿No será peligroso?

—Sí —me respondió él con toda franqueza. Y dio dos golpes con el bastón al pescante para que el cochero fuera aún más de prisa.

Llegamos al gran edificio de la Gare du Nord, que parecía un brillante juguete sin estrenar. El coche nos dejó directamente en los andenes y, enseguida, dos hombres con el austero uniforme de los ferroviarios vinieron a nuestro encuentro para saludar a mi padre.

—Señor Adler…

—Leopold…

Mi padre les estrechó la mano enérgicamente y de inmediato les pidió información sobre el estado de la línea ferroviaria.

Los dos intercambiaron una mirada que traslucía cierta incertidumbre.

—Por ahora está despejada, pero… ¡Dense prisa! —le respondieron alzándose la gorra.

—Muy bien —les dijo mi padre—. Gracias por habernos encontrado plaza.

Tras aquellas palabras, me tomó del brazo y me condujo hasta la bóveda de hierro de la estación. Me apretaba con fuerza, como si tuviera miedo de perderme. El último recuerdo que tengo de París es la visión de las vitrinas del restaurante, en la primera planta, sobre los andenes. Y el de nosotros tres subiendo a un tren de coches azules con destino Boulogne-sur-Mer.

El tren lanzó un silbido agudísimo que me obligó a taparme los oídos. Instantes después, la locomotora se puso en movimiento con su lento ruido de pistones y una nube de vapor envolvió los vagones para luego deshacerse en el aire frío de París.

Me abandoné por fin sobre el asiento y fue como si solo entonces me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo: ¡estábamos viajando a

Londres!
Mi padre ya estaba inmerso en el periódico, mientras que el señor Nelson había sacado de su chaleco el librito de un escritor norteamericano llamado Edgar Allan Poe, que, me dijo, a él le gustaba pero que no era adecuado para mí, pues era demasiado popular para una señorita refinada.

Resoplé. Odiaba que los demás decidieran qué era adecuado para mí y qué no. Pero mi descontento duró pocos minutos. Me cautivó el paisaje que discurría por la ventanilla y que, muy pronto, se transformó en una verde llanura que se extendía hasta perderse de vista, alterada, y solo raramente, por el perfil suave de algún cerro bajo.

—Hace solamente unos años… —murmuró en determinado momento mi padre bajando el periódico y contemplando conmigo la hermosa campiña francesa—. Mejor dicho, hace bastante años, cuando yo tenía tu edad, un viaje como este habría requerido un par de días por lo menos. Y dos cambios de caballos. Sin contar con las infinitas demoras y las paradas para comer, dormir y ocuparse de las sacas postales…

Al oír aquella frase, pensé en mi carta a Sherlock y, cuando miré al señor Nelson, lo vi asentir. ¿Había partido antes que nosotros, pues, y mi amigo estaba avisado de nuestra llegada?

—Mientras que, ahora, mirad… ¡el progreso!

Hicimos una breve parada en Amiens, en la que subieron y bajaron muchísimos pasajeros. Asomada a la ventanilla, me di cuenta de que el tren azul que se dirigía al norte estaba atestado de personas y equipajes, solo nosotros tres teníamos el privilegio de viajar en un compartimento privado.

Tres horas después llegamos a la estación de Boulogne.

—¿Y ahora? —pregunté a mi padre.

—Ahora… ven conmigo —atajó él de modo expeditivo, como si yo fuera uno de sus empleados. No me enfadé. Veía brillar de entusiasmo sus ojos, como los de un chaval, y sabía que la comprensión de los estados de ánimo humanos, sobre todo los de una chiquilla, no era su fuerte. Mi padre y yo nos comprendíamos al vuelo o no nos comprendíamos en absoluto.

El señor Nelson bajó para comprobar el equipaje.

—Es por aquí, si no me equivoco —se orientó mi padre, que

recorrió a paso rápido la pequeña estación de la ciudad.

Desembocamos en una plazuela invadida por carruajes y viajeros, y él olisqueó el aire con expresión meditativa. Miró a su alrededor en busca de puntos de referencia y, tras encadenar una larga serie de «¡Pues claro!», «¡Por aquí!» y «¡Ahora me acuerdo!», se dirigió con paso seguro a la boca de una calleja que bajaba a los barrios del puerto.

—¡Papá! —tuve que llamar su atención—. ¿Y el señor Nelson?

Como un soldado al que le pusieran la punta de un fusil entre los hombros, Leopold Adler enderezó la espalda y se detuvo.

—¡Ah, sí! —exclamó saliendo de los pensamientos que lo habían absorbido—. ¿Dónde se ha metido?

Nuestro mayordomo nos alcanzó a los pocos minutos sacudiéndose los guantes.

—El equipaje ya va camino del transbordador, señor… —dijo, pero mi padre ni siquiera lo escuchó. Se dirigió otra vez a su calleja, tranquilizado por que el señor Nelson ya estaba a mi lado.

—¿Se puede saber qué se le ha metido en la cabeza?

—¿Y a usted, señorita Irene? —me preguntó el señor Nelson.

Lo miré. ¿Era posible que hubiese intuido todo lo que pasaba por mi mente?

—Estoy pensando en Londres —respondí, atenta a estudiar su reacción.

—¿En Londres? —añadió él, sonriendo—. ¿O en alguien que vive en esa ciudad?

Troté junto a él siguiendo la estela de mi padre.

—En realidad, estoy pensando en dos personas, no en una sola.

—¡Ay, señorita Irene! —soltó Horace Nelson, medio en serio y medio en broma—. Cultiva amistades poco adecuadas para una señorita como usted. Un día u otro volverá loca a su madre; lo sabe, ¿verdad?

En vez de contestarle, le hice una pregunta a mi vez:

—¿Y cuáles serían las amistades adecuadas, señor Nelson? ¿Las hijas de las amigas de mi madre? ¡Por piedad! ¿Es que me ve a mí hablando de bodas, zapatos y sombreritos todo el día?

—Si de verdad quiere conocer mi opinión, señorita Irene… En efecto, no me parece que esté hecha para interesarse por esas cosas. No obstante, quizá pudiera encontrar alguna sabia vía intermedia,

algo que no tenga que ver con delitos y criminales…

—¡Sherlock y Lupin no son criminales! —protesté.

—No he dicho eso —repuso afablemente el señor Nelson—. Y no creo tener que añadir nada más, ¿no es cierto?

—¿Qué quiere insinuar, señor Nelson?

—Nada más que lo que vi, señorita Irene. Deseo que tenga ocasión de ver otra vez a sus amigos. Y deseo también que el encuentro no tenga que significar un…

Fuimos interrumpidos por una imprecación.

Mi padre estaba parado en medio de la calle, cincuenta pasos por delante de nosotros.

Lo alcanzamos frente a la puerta maltrecha de un edificio en ruinas.

—¡No puedo creerlo! ¡Esta era la mejor posada de la ciudad! —protestó, indicándome un lugar ahora en estado calamitoso—. Vine hace muchos años, de niño, con mi padre, y os aseguro que en mi vida he comido una pechuga de pato más sabrosa.

Reí, divertida, y al verme tan alegre, mi padre me miró con tal disgusto que hasta los bigotes parecían tensársele.

—¡Te digo que es una tragedia, una verdadera tragedia!

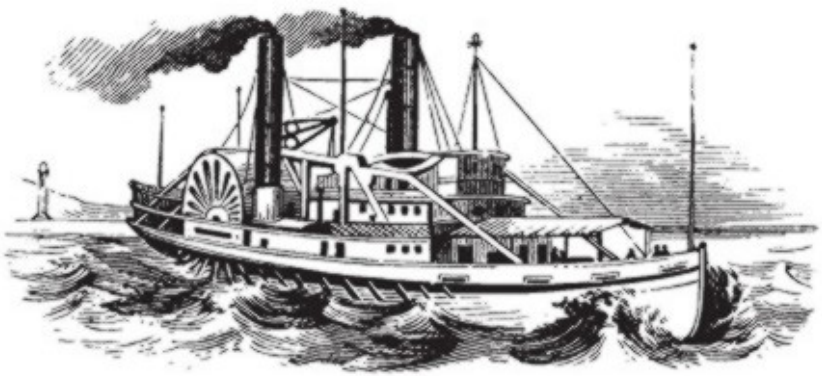
—¡Si te vieras, papá! —respondí sin dejar de reír.

Él abrió mucho los ojos, pero, al final, cuando se dio cuenta de que incluso el señor Nelson tenía que hacer esfuerzos para no reírse, se unió a nosotros.

Y entre carcajadas colectivas fuimos a comer cerca del muelle de los transbordadores, al Grand Cochon, donde, en lugar de la sabrosa pechuga de pato, degustamos tres magníficos perniles de cerdo al horno con patatas.

Capítulo 4

UN ENCUENTRO TURBADOR



Pasé toda la tarde en la cubierta del transbordador con mi padre al lado. Creo que siempre me acordaré de nuestra mudez mientras observábamos la proa del barco de vapor hendiendo las olas a una velocidad desmedida.

—¡Quince nudos, hija mía! ¡Debemos ir a quince nudos por lo menos! —repetía mi padre a intervalos regulares, cada vez que el transbordador se levantaba sobre las olas y luego volvía a caer entre grandes salpicaduras. El señor Nelson, prudentemente, había preferido permanecer dentro, debilitado por el mareo.

Disfruté del viento fresco que agitaba mi cabello y respiré el aire salobre del mar, rememorando mis recientes vacaciones y todo lo que había sucedido durante las mismas.

Escrutaba el horizonte por el lado de proa con la esperanza de vislumbrar Inglaterra, al igual que tantos otros pasajeros. Sabía que solo uno de nosotros tendría el honor de gritar en primer lugar «¡Tierra!», y había apostado conmigo misma a que sería yo.

Pero, más adelante en la travesía, el aire fresco se volvió frío, el cielo se cerró poco a poco, las nubes se agolparon sobre el mar formando una gruesa capa y empezó a lloviznar.

—Convendría que nos pusiéramos a cubierto… —aconsejó mi

padre—. A no ser que queramos pasar en cama los próximos días.

Tenía razón, naturalmente, así que renuncié a mi pequeña apuesta.

Nos sentamos a una mesita, donde nos sirvieron té caliente y pastas de mantequilla. El señor Nelson se había retirado aún más al fondo del barco, allí donde ni siquiera se veía la ondulante masa gris del mar. Me percaté de que, al alejarse, se había dejado sobre el banco el librito de aquel escritor norteamericano, el señor Edgar Allan Poe. Aproveché para apoderarme de él y empecé a leerlo sin titubear.

Mi padre charlaba con unos señores que tenían aspecto de hombres de negocios, al menos hasta que el motor del transbordador rugió y empezó a ralentizar.

—¡Hemos llegado! —dijeron más o menos todos a una. Y los que navegaban por primera vez se levantaron de las mesas con la mirada llena de emoción.

Tuve que hacer cierto esfuerzo para abandonar la lectura, ¡aquel norteamericano sabía escribir! Su relato me tenía aterrorizada.

Me asomé a un ojo de buey. La capa de nubes fue traspasada por un rayo de sol, recto como la hoja de una espada, y aparecieron los célebres y blanquísimos acantilados de Dover. Los miré maravillada, sin apenas poder abrir la boca. Era Inglaterra, y la había visto antes que los demás, pero fue una señora que estaba delante de mí la que gritó a su marido muchos segundos después de que los acantilados aparecieran entre la niebla:

—¡Tierra! ¡Mira, Philippe! ¡No, por aquí! ¡Hemos llegado!

E, inmediatamente después de que los acantilados nos saludaran, las nubes volvieron a cerrarse sobre el transbordador.

Bajé por la pasarela imaginando que era una diva, o una artista del circo, como el padre de Lupin. La pasarela se bamboleaba suavemente, sacudida por las pisadas de los demás pasajeros, quienes, mientras desembarcaban, paseaban la mirada por la multitud de personas y marineros que abarrotaban el muelle. El señor Nelson fue de los primeros en bajar a tierra.

Mi padre, que caminaba detrás de mí, me explicó que no teníamos más que subir al tren que unía Dover con la Victoria Station de Londres y así, en un solo día de viaje, llegaríamos a la capital del Imperio británico.

—Pero ¿te das cuenta? ¡Un solo día para cambiar de ciudad! ¡Incluso de Estado!

Los trámites aduaneros se habían hecho a bordo, rápidos y espantosos al mismo tiempo; aquellos hombres de uniforme examinaron mis documentos y luego mi cara, y durante un instante interminable de silencio pensé que ellos decidirían mi suerte, la de mi padre y la del señor Nelson… Pero finalmente me dijeron:

—Bienvenida a Inglaterra, señorita —con un gracioso acento.

Las gaviotas volaban bajo, pirueteando entre las pilas de baúles descargados del transbordador y las cadenas de las anclas. Y la tierra firme, más allá del muelle, era todo un ir y venir de marineros, veraneantes y carruajes en busca de pasajeros.

Nada más desembarcar pensé, tranquilizada, que la tierra inglesa era como la francesa, aunque sabía perfectamente que era un pensamiento más bien estúpido.

Nos reunimos con el señor Nelson, que parecía haber adelgazado varios kilos en la travesía, y dimos vueltas por el muelle en busca de un vehículo que nos trasladara a la estación.

Aturdidos por el vocerío y la enorme confusión que reinaba en el puerto, terminamos siendo engullidos por la multitud y nos separamos sin querer.

Vi, con el rabillo del ojo, a un guardia portuario que señalaba a alguien, o algo, en el muelle, pero había tantas personas dando órdenes a diestro y siniestro que no hice demasiado caso.

Solo cuando levanté los ojos para buscar a mi padre y a Horace entre la muchedumbre descubrí la razón de aquel jaleo. Se trataba de un mendigo, o al menos eso me pareció, y, mientras observaba sus ropas andrajosas y su largo capuchón, de repente tuve claro que estaba corriendo hacia mí. El guardia portuario gritó por segunda vez y alguien trató de agarrar al mendigo, sin lograrlo. Este se escabulló con gran agilidad de al menos otros dos intentos de atraparlo y, con un salto inesperado, se plantó delante de mí.

Sentí que me agarraban por un brazo y vi un par de ojos llameantes, casi hambrientos, que me escrutaban como si pudieran ver dentro de mí. Me aterroricé. Por un instante, creí haberme precipitado en una de las inquietantes historias del señor Poe.

Las piernas no me sostuvieron, resbalé al suelo y caí en el adoquinado. El mendigo dejó de aferrarme, saltó por encima de mí

y desapareció entre la gente.

—¡Irene! —exclamó mi padre, pálido, llegando en un instante. Me agarró y me levantó como si fuera un pajarillo—. ¿Qué te ocurre, Irene? ¿Estás bien?

—S… sí —le respondí, mientras intentaba recobrarme del ataque de miedo que me había asaltado.

—¡Señorita Irene!

—¡Maldición, Horace! —le recriminó mi padre, evidentemente nervioso por lo sucedido—. ¡Te ordené que no la perdieras de vista!

Nunca le había oído hablar así al señor Nelson.

—Discúlpeme, señor Adler. Yo… me he distraído un momento y…

—No es culpa suya —dije—. Era solo un… mendigo que huía.

—¡Condenados ladronzuelos! —estalló mi padre.

Me miró o, mejor dicho, me inspeccionó.

—¿Te ha robado algo? ¿Lo tienes… todo?

Yo me palpé los bolsillos, sorprendida, y luego me aseguré de que mi bolso de tela estuviera intacto. Todo me pareció en orden.

—No… me ha cogido nada.

—¿Estás segura?

Asentí.

En efecto, el mendigo no me había sustraído nada. En realidad, había hecho exactamente lo contrario.

Me di cuenta cuando estábamos ya en el tren hacia Londres, después de que mi padre hubiera protestado ante los guardias del puerto de Dover y el señor Nelson se hubiera recuperado del mareo.

Metí una mano en el bolso para devolverle su diabólico libro y mis dedos tropezaron con un papelito doblado. No recordaba haber cogido ninguna hoja o billete, así que lo saqué con curiosidad. En cuanto mis ojos se posaron en aquel papel, sentí que el corazón se me subía a la garganta: me bastó un instante para reconocer la letra de Sherlock Holmes.

—¡Ah, será malvado! —exclamé.

¿Eran suyos, pues, aquellos ojos llameantes que me habían traspasado en el muelle?

Tuve que respirar profundamente antes de leer las líneas que me había dejado. Ningún saludo, o «Mi querida Irene», sino todo escrito con un tono muy directo:

¡Confío en que en estas semanas no te hayas aburguesado tanto como para esperar un recibimiento «tradicional»! Sea como fuere, bienvenida a la vieja Inglaterra. Nuestro amigo común Arsène Lupin, por una afortunada coincidencia, se encuentra en Londres siguiendo a su padre. Cita en la Shackleton Coffee House, en el número 11 de Carnaby Street, el lunes por la mañana a las 10 en punto. ¡Lupin y yo estaremos allí!

Capítulo 5

LA DIVINA OPHELIA

Aquella noche dormí poco. La habitación del hotel Claridge's era lujosa y confortable, y la cama, blanda como una copa de nata montada. Sin embargo, demasiadas cosas me agitaban el corazón para que pudiera dormir. Veía una y otra vez los ojos oscuros y profundos del mendigo de Dover, en realidad el mismísimo Sherlock Holmes, y me repetía las palabras que había escrito en su nota de bienvenida. Al pensar de nuevo en aquel episodio, no dejaba de debatirme entre el despecho por la mala pasada que me había jugado Sherlock y la admiración que experimentaba por la originalidad y audacia de su acción. Cuando conseguía no pensar en mi amigo londinense, otros rostros se asomaban inmediatamente a mi mente. El de Lupin, es obvio, al que realmente no esperaba encontrar tan pronto… Y también el rostro de Ophelia Merridew,

tal como lo había visto en los periódicos y que ahora, en cambio, iba a admirar en vivo, gozando también del privilegio de poder oír su voz única, capaz de hechizar al mundo entero. Y también el rostro de mi madre, severo y obstinado como lo había visto en el momento de despedirnos en París.

Solamente al amanecer me entró un poco de sueño, inquieto y ligero, y cuando por fin, al abrir los ojos, vi un hilo de luz que se filtraba por las cortinas de brocado, decidí levantarme de la cama.

Cuando bajé al vestíbulo, me tropecé enseguida con mi padre. Estaba de buen humor y me abrazó.

—He mandado un telegrama a mamá —me anunció dándome un beso en la frente—. Todo está dispuesto para que se reúna con nosotros sin correr riesgos.

Le sonreí y lo miré con sincera admiración. Pensé en lo afortunadas que éramos por vivir con un hombre tan bueno y atento.

—Te habrás preguntado por qué no le exigí que viniera aquí con nosotros —siguió diciendo mientras nos dirigíamos, del brazo, a las mesas para el desayuno—. El caso es que conozco bien a tu madre y sé que, de vez en cuando, hay que dejarla hacer lo que quiera. Empecinarse solo empeora las cosas, mientras que, de esta manera, suelen bastar unas pocas horas para que entre en razón —concluyó, sonriendo divertido por la pequeña confesión que me estaba haciendo.

Nos sentamos a una mesa y pedimos un pantagruélico desayuno al estilo inglés. Entre huevos al plato, salchichas y una sabrosa mezcla de arroz hervido, merluza y especias, mi padre me informó de su programa para aquel día. Opinaba que de ningún modo teníamos que fatigarnos. Vagaríamos por Londres cómodamente sentados en un coche de caballos hasta la hora de la cena, en la que tomaríamos una comida ligera en el hotel.

—Es la única manera de no llegar cansados a la noche, ¿entiendes? —me explicó dándole un mordisco a una rebanada de pan con mantequilla—. Tu cuerpo deberá estar descansado y tu espíritu bien despierto. ¡El arte de la divina Ophelia Merridew no se merece menos!

Asentí, contagiada por el entusiasmo de mi padre.

En ese momento me sorprendió un insólito ruido que se produjo

cerca de mí, parecido a un extraño mugido. Me volví y me di cuenta de que se trataba de la peculiar risa de un personaje aún más peculiar que estaba sentado a la mesa junto a la nuestra.

Era un hombretón alto y corpulento, de cara redonda enmarcada por una poblada barba castaña y con un chillón frac azul celeste. Tuve la impresión de que nos estaba mirando a mi padre y a mí. Y así era.

—¡El señor tiene razón! —me dijo en un inglés vacilante cuando nuestras miradas se encontraron—. ¡Toda la razón!

—Me complace oírselo decir, señor —respondió mi padre levantando la taza de té a su salud.

El hombretón volvió a reírse de aquella manera suya tan especial y se presentó. Era nada más y nada menos que un barón ruso, de nombre Serguey Trudoliubov, que había viajado de San Petersburgo a Londres a propósito para asistir a la última actuación de Ophelia Merridew. Él y mi padre se pusieron a hablar de música lírica con arrobo y para mí fue un placer escuchar una conversación entre personas tan apasionadas por el *bel canto*.

—No sé si será el compositor más grande de todos los tiempos, pero es, con mucho, mi músico preferido —declaró mi padre cuando la conversación derivó a Giuseppe Barzini.

—¡Volvemos a estar de acuerdo! —comentó el barón—. ¡Y pensar que hace solo unos años yo era uno de esos escépticos que pensaban que el maestro estaba acabado! Menuda equivocación, ¿eh, amigo mío?

—No se lo reproche demasiado, señor —repuso mi padre con gentileza—. Hay que reconocer que, en determinado momento, parecía realmente que la inspiración del gran Barzini se había agotado. Pero ahora…

—¡Ahora ha hecho quedar como imbéciles a los que lo pensaban, como a mí, amigo mío! —se adelantó a concluir la frase el barón.

Esta vez reímos con gusto los tres.

—En efecto, sus dos últimas óperas son formidables, llenas de vigor —estuvo de acuerdo mi padre.

—Y tanto que lo son —aprobó Trudoliubov—. ¡Ese genio vive una segunda juventud, se lo digo yo, querido amigo!

Tras aquellas palabras, el barón nos hizo una reverencia y volvió

a dedicarse al considerable plato de salchichas que tenía bajo su nariz.

El encuentro con el barón Trudoliubov puso a mi padre de mejor humor aún y las horas siguientes pasaron velozmente, en un ambiente alegre y lleno de expectativas por el gran acontecimiento que nos aguardaba después de la cena.

Durante el largo paseo en carruaje, tuve ocasión de observar las calles de Londres que pasaban por el cristal de la ventanilla y quedé bastante impresionada. Tal vez fuera una ciudad menos elegante que París, pero en ella los elementos más dispares, desde el más miserable hasta el más grandioso, convivían en un mismo caldero en ebullición y me dio la impresión de una vitalidad tan fuerte que casi embriagaba.

De vuelta en el hotel, cenamos más bien de prisa un plato de sopa y un poco de ternera cocida y subimos a nuestras habitaciones para prepararnos. Aquella noche, puesto que era una ocasión realmente especial, quería vestirme de manera adecuada y pasé una hora entera delante del espejo colocando cada detalle de mi *mise*. Estaba domando un último rizo rebelde con el peine cuando oí llamar a la puerta.

—¡Es hora de irnos, Irene! —dijo mi padre—. ¡El coche nos espera!

Eché un último vistazo al espejo y decidí que aquel pequeño mechón indómito sería mi «nota original» aquella noche, así que corrí a reunirme con mi padre.

Aún recuerdo la mirada radiante que posó en mí y en mi vestido de noche azul violeta cuando abrí la puerta.

—¡Irene! ¡Eres un goce para los ojos! —exclamó tomándome del brazo.

Fuera del hotel nos esperaba el señor Nelson, que vino a nuestro encuentro y nos acompañó hasta el carruaje. Fue un trayecto breve; a los pocos minutos estábamos delante de la entrada de la Royal Opera House, el prestigioso teatro de Covent Garden. Mi padre y yo subimos la escalinata, abarrotada ya de gente. Me sentía tan ligera como si me acabaran de crecer un par de alas en la espalda, y el corazón me latía con fuerza.

En lo alto de la escalera, mi padre se encontró con un hombre de aire distinguido, de tupidos bigotes blancos que le cubrían las

mejillas. Era el señor Jabkins, un riquísimo comerciante de madera que aquella noche nos acogería en su palco. Mi padre se deshizo en mil agradecimientos que, al principio, me parecieron excesivos.

No obstante, bastó con que cruzara la puerta del teatro para comprender que me había equivocado. En el *foyer* de la Royal Opera House, elegante aunque austero, conforme al gusto inglés, parecía haberse citado toda la alta sociedad de la vieja Europa. De un solo vistazo, entre las imponentes columnas de mármol blanco, vi a ancianos señores con uniforme diplomático, damas enjoyadas más allá de lo imaginable, cadetes y jóvenes vástagos de la nobleza, orondos señores en frac… ¡Era evidente que encontrarse allí en aquel momento era un privilegio reservado a unos pocos afortunados!

Mi padre y yo acabábamos de intercambiar un saludo con el jovial barón Trudoliubov cuando me percaté de que muchos ojos se volvían con insistencia hacia un trío apartado en un rincón.

Miré yo también y enseguida reconocí en uno de los tres al maestro Giuseppe Barzini, con su vaporoso cabello gris. Los otros dos hombres, mucho más jóvenes que él, eran dos perfectos desconocidos para mí. Una señora, notando quizá mi expresión dubitativa, se me acercó y me susurró al oído:

—El joven alto, de bigote negro, es Alfredo Santi, el secretario personal de Barzini. Un joven de gran talento, según dicen. El rubio es un nuevo pupilo del maestro, un tal Henri Duvel, ¡un francés!

Agradecí a la señora aquella información y me quedé observando a los dos jóvenes de los que me había hablado. Así tuve oportunidad de asistir a un episodio decididamente cómico. Un hombrecillo en frac, con el sombrero de copa en la mano, se presentó para expresarle su admiración a Barzini, el cual respondió calurosamente. Cuando lo saludaron los dos jóvenes ayudantes del maestro, no se entendieron e, inclinándose al mismo tiempo, se dieron un tremendo cabezazo.

Apenas me dio tiempo a llevarme la mano a la boca para esconder la risa. Los dos jóvenes, por el contrario, no se rieron en absoluto. Santi protestó con vehemencia contra el francés, el cual, con el rostro congestionado, le pagó con la misma moneda. Tuvo que intervenir Barzini personalmente para aplacar los ánimos de los jóvenes, que se callaron en el acto aunque no dejaron de lanzarse

miradas llenas de odio.

Le di un codazo a mi padre para contarle el inaudito episodio, pero justo en ese momento se levantó un rumor de voces en el *foyer*.

—¡Ya viene!

—¡Es ella!

—¡Llega la reina!

Algunos lacayos con librea abrían hueco entre la multitud. Mi padre y yo nos miramos, emocionados. ¡Nunca habíamos estado ante una cabeza coronada! Y, como todos los presentes, recibimos con una reverencia a la reina Victoria de Inglaterra.

Tras la entrada de la soberana, la multitud reunida en el *foyer* se dispersó lentamente por el teatro. El señor Jabkins llegó hasta nosotros y nos llevó a su palco, que, aunque aquella noche estaba bastante concurrido, se encontraba en un lugar excelente. Saqué entonces de mi bolso de seda los gemelos de teatro y miré alrededor. Abajo, las filas de la platea parecían olas de un lago agitado. Los nervios de la espera eran palpables y las estridencias de los instrumentos siendo afinados en el foso de la orquesta parecían dar voz a aquella espera. Pasé revista a los palcos, repletos como floreros en primavera, y entonces encontré, al lado opuesto de la sala, los ojos de una joven que me miraba. Era una dama elegantísima, de rostro pálido y delicado, y en cuanto la vi fue como si en mi mente saltara un mecanismo secreto. Sin saber por qué, me puse a pensar en el verano recién terminado. Volví a ver la ciudad de Saint-Malo y ante mis ojos pasó, fulminante, la imagen de un carruaje alejándose.

Me sobresalté. ¡Yo ya había visto a aquella mujer!

En ese preciso instante, sin embargo, la luz de la sala fue aminorando hasta dejar el teatro a oscuras. El telón subió y la extraña sensación que acababa de experimentar ante aquella mujer se borró enseguida de mi mente.

La divina Ophelia acababa de entrar en escena.

Capítulo 6

EN EL CORAZÓN DE LA CIUDAD

Es inútil que trate de encontrar las palabras para expresar lo que sentí aquella noche escuchando a Ophelia Merridew. Bastará con decir que, aunque mi relación con la música ha durado toda una vida, aquella fue la ocasión en que quedé más profundamente impresionada y encantada.

La obra que se representaba, *La trama del destino*, de Giuseppe Barzini, era una trágica historia de amor que concluía con la cantante, transmutada en un cándido ángel, despidiéndose de su amado para siempre. Contemplando a Ophelia con mis gemelos en aquella última escena, quedé embrujada por sus grandes ojos inquietos… Los sentimientos que expresaba no parecían una ficción, sino lo más real del mundo.

Al salir del teatro, mi padre y yo seguíamos callados, con el

ánimo aún alterado por la triste peripecia que habíamos visto desarrollarse sobre el escenario. Recuerdo bien el viaje en coche de caballos de vuelta al hotel, que hicimos en completo silencio, solo roto por los largos suspiros que salían unas veces de sus labios y otras de los míos, por turnos. Y es al rememorar precisamente momentos como aquel, cuando para mí pierde toda importancia el hecho de que Leopold Adler no fuese mi verdadero padre, como más tarde descubrí; éramos padre e hija, profundamente parecidos, pese a todo, en muchas cosas menos superficiales que el aspecto físico.

La prueba de que *La trama del destino* había dejado una indeleble huella en mi ánimo la tuve unas horas después, en mitad de la noche, cuando por fin logré caer dormida: soñé con Ophelia Merridew. Vestía un blanquísimo atuendo de ángel, como en la última escena de la ópera, y venía hacia mí por un prado sumido en la bruma. Volví a ver su mirada atormentada, que me había impresionado tanto, acercándose más y más, y al final, de sus labios salió un susurro:

—¡Ayúdame!

Yo me acerqué para abrazarla, pero cuando llegué ya era una silueta borrosa que se confundía con la niebla. Corrí para alcanzarla, pero me perdí entre el vapor que me envolvía. En ese punto, el sueño cesó y dormí profunda y largamente. Demasiado, a decir verdad.

Cuando abrí los ojos y me volví hacia la ventana, intuí que la mañana debía de estar bastante entrada. Fue uno de los despertares más extraños de mi vida. Era como si hubiese estado unas horas encerrada en una burbuja irreal, creada a mi alrededor por la música de Barzini y la voz de la gran soprano. Ahora la burbuja había estallado y había hecho que me precipitara de nuevo al mundo real, donde el tiempo había transcurrido con normalidad. Era, por lo tanto, lunes por la mañana.

—¡Sherlock, Lupin! —exclamé saltando de la cama.

Corrí a abrir las cortinas y eché un vistazo al reloj de péndulo. ¡Eran las nueve y media pasadas! Debía estar media hora más tarde en Carnaby Street para ver a mis amigos. La idea de pasar por una presumida que hace esperar a la gente en las citas me empujó a darme prisa. Me preparé en pocos minutos, luego fui a toda prisa a

la habitación de mi padre y descubrí que ya debía de haber bajado a desayunar.

Bajé corriendo la escalera y lo busqué, sin éxito, en el restaurante. Al borde de la angustia, me puse a recorrer el hotel Claridge's como una loca. Por fin, encontré a mi padre bajo la escalera, donde se hallaba el telégrafo del hotel. Con solo verlo, comprendí que su humor había cambiado drásticamente desde la tarde anterior. Tenía un aspecto muy tenso.

—¿Está seguro? ¡Compruébelo otra vez! —le decía al telegrafista.

—Lo siento, señor, pero se lo repito: no ha habido ninguna comunicación de París —respondió el empleado.

—Tu madre —me dijo, obviando los buenos días—. Le había pedido que me confirmara su partida de París, pero… nada.

Me habría gustado tranquilizarlo, pero no tenía tiempo.

—Seguro que se trata de un imprevisto, papá, nada por lo que alarmarse —fue todo lo que acerté a decirle. Y a continuación le pedí permiso para ir a ver a mis amigos a Carnaby Street.

—Está bien, pequeña —consintió mi padre tratando de sonreírme—. Pero te acompañará el señor Nelson y no deberás alejarte de él en ningún momento, ¿entendido?

Arrollé a mi padre con un abrazo, eludiendo la última exigencia, y salí corriendo.

Encontré a Horace fuera del hotel, fumándose una pipa, y le pedí que encontrara un carruaje lo más de prisa posible. Nuestro mayordomo fue tan eficiente como siempre y pocos minutos después subíamos a un pequeño *fiacre*.

Prometí al cochero doblarle el precio del viaje si conseguía dejarme en Carnaby Street a las diez. Hizo lo que pudo, pero el letal tráfico londinense no permitía milagros y, cuando llegamos ante la Shackleton Coffee House, abriéndonos paso entre los clientes del mercado, llevaba diez minutos de retraso. No obstante, le dejé una generosa propina al cochero en reconocimiento a sus esfuerzos y bajé del carruaje con Horace.

Los colores, los olores y las voces del mercado nos envolvieron. Pese al barullo, enseguida vi, al otro lado de la calle, a un chico alto de figura desgarbada, abrigado con una capa de lana fina. Mi

corazón se aceleró. Era Sherlock Holmes.

También el señor Nelson vio a mi amigo y se volvió hacia mí para dirigirme una mirada que quería decir: «No se preocupe, lo entiendo, señorita Irene. ¡Solamente procure no meterse en problemas!».

—Estaré aquí a mediodía en punto con un coche, ¿de acuerdo? —dijo Horace al despedirse.

—¡De acuerdo! —aseveré abrazando al mayordomo, despreocupándome totalmente del hecho de que una señorita refinada jamás habría hecho algo así.

Estaba contenta de volver a ver a mis grandes amigos y de buena gana habría abrazado también a Sherlock, pero antes teníamos una pequeña cuenta que saldar.

—Buenos días, Holmes —dije con la voz estudiadamente fría—. ¡Veo que has podido procurarte ropas en buen estado, me alegra! Por cierto, aquellos harapos de mendigo te daban un aspecto interesante, ¿sabes?

Sherlock rió echando la cabeza hacia atrás.

—¡Bienvenida, Irene Adler! —fueron sus palabras de recibimiento—. ¡Parece que te has aburguesado, como me temía!

—No tanto si he decidido venir aquí —repliqué con rudeza.

Sherlock calló. Vi que fruncía el ceño y comprendí que se estaba preguntando si me había enfadado de veras por su pequeña actuación en el puerto de Dover. Abrió la boca para decir algo, pero no emitió ningún sonido. Evidentemente, estaba en un apuro. Decidí que, con aquello, mi pequeña venganza estaba consumada.

—¿Que te parecería si esperáramos a Lupin dentro del local? —propuse sonriendo—. ¡Así podrás invitarme a tomar algo caliente mientras me cuentas cómo concebiste tu audaz empresa de Dover!

—¡Excelente idea! —aprobó Sherlock al tiempo que volvía a sonreír.

Entramos en la Shackleton Coffee House, una vieja casucha de madera ennegrecida en la que reinaba el buen olor del café de las colonias. Echando un vistazo, vi a carreteros de aspecto saludable que reponían fuerzas antes de seguir su viaje, a señoritas de dudosa moralidad tomando café y a trabajadores del mercado arrellanados en los bancos de madera. En su carta, Sherlock me había prometido llevarme a los lugares «de peor fama y menos recomendables» de la

ciudad y pensé que estaba cumpliendo su palabra de manera admirable.

Mi amigo pidió dos tazas de cacao caliente y cogió dos taburetes.

—Es muy sencillo —empezó a decir él tendiéndome uno—. Un marinero me entregó el mensaje que anunciaba tu venida a Inglaterra y entonces pensé que sería cortés por mi parte ir a darte la bienvenida a tu llegada.

—Pero ¿cómo sabías que viajaría en ese barco precisamente? —pregunté sorprendida—. ¡No lo decía en mi carta!

Sherlock sonrió.

—Solo tuve que razonar —contestó—. Un viaje así requiere unos días de preparación y, como sé que a tu padre le encanta elegir lo mejor de lo mejor, supuse que querría viajar en el novísimo transbordador *Northern Star*, que solo hace la travesía Boulogne-Dover una vez por semana. Uniendo las dos informaciones, la solución era fácil. Después, no me quedó más que aprovecharme de una afortunada coincidencia: mi madre llevaba meses suplicándome que llevara unos cojines bordados a una prima suya de Dover. ¡Por una vez me alegró acceder a una de sus fastidiosas peticiones! —concluyó.

Nos reímos juntos. Me sentía feliz por encontrarme de nuevo junto a mi amigo y su mente fuera de lo común. Pero me pregunté también dónde se habría metido Lupin.

—Ya vendrá —me aseguró Sherlock Holmes—. La vida del circo no permite siempre una perfecta puntualidad.

Asentí. Entretanto, habían llegado nuestras tazas de cacao. Noté enseguida la mirada extasiada de Sherlock, que no esperó ni un segundo para hundir la nariz en la suya.

—En efecto, es exquisito —convine saboreando también un sorbo de aquella espesa bebida de color marrón oscuro.

—Su sabor me es totalmente indiferente —confesó entonces Sherlock.

Lo miré asombrada.

—Pero…

—No es el sabor lo que me interesa, es el efecto que tiene sobre mi mente. El cacao la… ¡enciende! La hace más despierta, más relampagueante, ¿entiendes?

—Creo que sí… Es el mismo efecto que tiene sobre mí la música.

Hablar de música me hizo volver con la mente a la extraordinaria experiencia vivida la noche anterior en el Covent Garden, experiencia que describí minuciosamente a Sherlock.

—Verdaderamente, no estoy acostumbrada a emociones tan intensas —comenté al final—. Ya sabes, ¡por lo que parece, el deber de una muchacha respetable es el de aburrirse continuamente, incluso en tiempos de guerra!

—¡Te entiendo! —asintió Sherlock cruzando las piernas con un gesto nervioso—. El aburrimiento es el gran enemigo. Me lo digo siempre. A propósito, ¿piensas alguna vez en lo que nos sucedió en Saint-Malo?

—Continuamente, amigo mío. ¡Fue una aventura tan emocionante! Nunca la olvidaré.

Pasamos bastante tiempo repasando los detalles de aquel increíble caso que habíamos resuelto, junto con Lupin, pocas semanas antes.

—Yo tampoco olvidaré nunca esos días —concluyó Sherlock—. ¡Me pregunto por qué no ocurren cosas así siempre!

Me eché a reír. Era Sherlock Holmes en estado puro.

—Señor Holmes, es usted un monstruo —bromeé—. ¡Los crímenes solo son un juego para usted!

Mi amigo rió y se lanzó a una ardorosa defensa de sus originales puntos de vista sobre el tema. Su discurso, de todos modos, fue interrumpido bruscamente por un bullicio en la calle, que hizo que nos asomáramos a la mugrienta vitrina del café.

Esto fue lo que yo vi, o lo que creí ver: un chiquillo, de un tirón, había robado el bolso a una señora y había huido hacia una callejuela escurriéndose entre la gente que atestaba el mercado. Otro chico, un poco mayor, se había acercado a la mujer y la había tranquilizado para lanzarse luego en persecución del ladronzuelo gritando: «¡Le echo yo el guante a ese bribón, señora!».

Me agarré al brazo de Sherlock y exclamé:

—¡Esperemos que logre coger a ese pequeño sinvergüenza!

Pero, cuando me volví para mirar a mi amigo, encontré en su rostro una expresión que me maravilló. No parecía impresionado o turbado en lo más mínimo por aquello que estaba ocurriendo fuera. Tenía, si acaso, el aire de un apasionado a los rompecabezas

deleitándose con uno de sus juegos preferidos. Pero no me dio tiempo a preguntarle qué le pasaba por la mente.

—¡Sígueme! —exclamó Sherlock de repente y salió disparado hacia el centro del local. Así que no pude protestar siquiera ni pedirle explicaciones, solamente tuve tiempo de elegir si seguirlo o no.

Y elegí hacerlo.

Alcancé a mi amigo, que, de unas zancadas, se había metido en la pequeña cocina del local y había cogido un gran cuchillo. Me pregunté si no se habría vuelto completamente loco, pero no dejé de seguirlo, por si acaso. Salimos por la puerta trasera del café y nos encontramos en un callejón oscuro y angosto. Sherlock echó a correr como un felino en pos de su presa y yo detrás de él.

Se paró de golpe a la altura de la oscura entrada a un sótano, al que se bajaba por una sucia escalera de ladrillo.

—¡Yo en vuestro lugar dejaría ese bolso! —gritó sacando el cuchillo de debajo de su capa. Cuando llegué a su lado, vi en la penumbra al ladronzuelo y a su perseguidor. Ambos tenían las manos metidas en el bolso. ¡Eran cómplices! Y se estaban repartiendo el botín sin que los molestaran. Así pues, a través de la vitrina del café yo no había asistido más que a una puesta en escena. El mayor de los dos jóvenes carteristas hizo ademán de querer escapar, pero Sherlock, con presteza, le puso la punta del cuchillo en el pecho y le hizo cambiar de idea.

—Si me devolvéis el bolso con todo el dinero y prometéis no hacer más tonterías, incluso podría dejaros marchar sin avisar a la policía —les propuso Sherlock.

Los dos ladronzuelos intercambiaron una mirada y, al final, asintieron con el rabo entre las piernas. Volvieron a meter el dinero en el bolso y se lo entregaron a Sherlock, luego se alejaron por el callejón, no sin antes dirigirnos una mirada de puro y genuino odio.

Sherlock y yo bajamos por el callejón hasta Carnaby Street. La mujer a la que habían robado, rodeada de una pequeña multitud de curiosos, vio, incrédula, cómo mi amigo le restituía el bolso.

—¡Gracias, muchacho! ¡Que Dios te lo pague! —dijo mientras comprobaba que no le faltaba ni un penique.

—¡Eh, pero si este no es el mismo que ha salido detrás del ladrón! —comentó un gigantesco pescadero irlandés.

—¡Es verdad! —confirmaron muchos.

—¿Qué ha sido del otro chico?

—Se ha ido corriendo a… ¡remediar otras fechorías! Ese chico tiene el espíritu de los antiguos caballeros —mintió Sherlock, divirtiéndose de lo lindo.

Yo también me estaba divirtiendo con él. Pero, más allá de las cabezas de la gente del mercado, que estaba disfrutando con el inesperado final feliz, entreví un carruaje y la alta silueta de Horace. Un reloj en la esquina de un viejo edificio me confirmó que ya era más de mediodía, pero no podía irme sin pedir explicaciones a mi amigo sobre lo que acababa de suceder.

—Pero ¿cómo demonios has sabido que esos dos…?

—Por sus gorras, Irene.

—¡¿Sus gorras?!

—Claro, llevaban dos gorras idénticas. No podía tratarse de una simple coincidencia. Era mucho más probable que se debiera al hurto a algún desventurado sombrerero cometido por dos ladronzuelos acostumbrados a trabajar juntos. Bastante elemental, ¿no crees?

No lo creía en absoluto. Pero no tenía tiempo para hacer objeciones y me limité a asentir con la cabeza.

—Sherlock, ¡ahora tengo que marcharme! —dije, angustiada—. ¿Qué habrá sido de Lupin?

Mi amigo se encogió de hombros: no tenía respuesta.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Londres, Irene? —me preguntó.

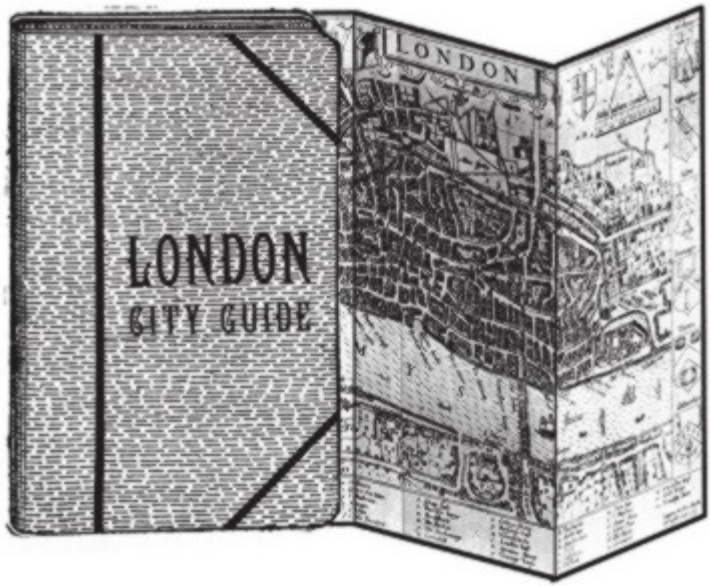
—Una semana. ¡Me alojo en el Claridge's!

—¡Entonces volveremos a vernos!

Salí corriendo, esperando que fuese cierto.

Capítulo 7

SUEÑOS Y SORPRESAS



Volví a nuestro hotel a tiempo para la comida, jadeante y con unos minutos de retraso, pero mi padre, de cualquier forma, ni se dio cuenta. Estaba absorto en la lectura de todos los periódicos que había podido obtener. Me saludó como se saluda a un pariente lejano, sin preguntarme siquiera dónde había estado o con quién.

Por encima de nuestra mesa brillaban centelleantes lámparas que permanecían encendidas también de día.

Empecé algún tema de conversación, pero mi padre respondió de modo sumario y expeditivo. Pidió asado con guarnición de verduras hervidas, comió en silencio y, al terminar, dejó la servilleta sobre la mesa y pidió desairadamente al camarero que se llevara el plato. Casi no había tocado la carne.

—Escucha —empezó a decir con un suspiro.

Casi podía imaginarme lo que iba a decir a continuación. Fue

breve:

—Tu madre no responde a los telegramas.

—¿Estás preocupado? —pregunté estúpidamente.

Era obvio que lo estaba. Todos lo estábamos. Las noticias procedentes de París y del frente de la guerra ocupaban las primeras planas de los diarios, disputándose las columnas principales con los sucesos de la ciudad.

—¿Qué piensas hacer?

—Ir a buscarla —me dijo él.

Comprendí que, detrás de aquella firme decisión, había que tener en cuenta toda una serie de consideraciones. No era el cansancio del viaje lo que le preocupaba, sino la reacción de mi madre una vez llegara a casa.

—¿Y luego volveréis aquí los dos? —pregunté con un hilo de voz.

—Claro —me contestó él evitando mirarme a los ojos. Los suyos estaban fijos en algo, o en alguien, al otro lado de las vitrinas empañadas del salón del restaurante.

Luego meneó la cabeza, inquieto, y sacó del bolsillo un librito rojo con tapa dura y una cinta de tela. Me lo entregó intentando sonreír.

Era una minúscula y elegante guía turística de la ciudad, ilustrada con reproducciones en blanco y negro de los principales atractivos londinenses.

Donde marcaba la cinta, mi padre había trazado unos pequeños signos en el margen de la página.

—Son las cosas que deberías ver mientras estés aquí —me explicó.

Solo en ese momento me miró, y noté en sus ojos las huellas de una noche de insomnio.

—¿Papá? —murmuré.

—¿Me prometes que te portarás bien con el señor Nelson? La idea de dejarte aquí sola, en una ciudad que no conoces, me…

—Papá —lo interrumpí alargando una mano para acariciar la suya. Noté que se ponía rígida bajo mis dedos, porque, después de todo, aquel industrial de una pieza no estaba habituado a las amabilidades ni al contacto físico—. No estoy sola.

—Ya le he explicado a Horace que…

Mantuve mi mano sobre la suya, como si yo fuera el padre.

—El señor Nelson y yo nos las arreglaremos muy bien. De verdad. No te preocupes por mí.

Él asintió apartando la mirada. Luego retiró la mano de debajo de la mía y la escondió en la servilleta.

En comparación con los relatos de aquel Edgar Allan Poe, la guía roja de Londres era una lectura, como poco, aburrida. Me di cuenta aquella misma sobremesa, cuando, hojeándola en la cama de mi habitación, me quedé dormida sin darme cuenta siquiera. Y soñé, lo recuerdo bien, porque en el sueño mezclé las pocas páginas que había leído sobre la Torre de Londres y las personas que habían estado presas en ella con el espectáculo de la Ópera de la noche anterior. Soñé de nuevo con Ophelia Merridew: vestía de blanco, como un ángel, y corría asustada por los peldaños de una insegura escalera de madera. En el sueño era consciente, quién sabe cómo, de que se trataba precisamente de la escalera de la Torre de Londres, que yo no había visto nunca. Seguí la fuga de la cantante dando vueltas entre las sábanas, inquieta pero incapaz de despertarme. En el sueño, Ophelia llegaba a una puerta cerrada al final de la escalera y empezaba a llamar, cada vez más fuerte.

Pum.

¡Pum!

¡PUM!

La puerta no se abría y ella miraba continuamente a su espalda, como si temiera la llegada de alguien. Luego lo vio. Se dio la vuelta y vio a alguien que la hizo gritar de terror.

Me desperté. Había sido yo la que había gritado. Había revuelto las sábanas de la cama, en la que me había quedado dormida vestida. ¿Qué hora era? ¿Las tres? ¿Las cuatro?

Me froté la cara, aturdida.

¡Pum! ¡Pum!

Ahí estaba otra vez aquel ruido, no lejos de mí. Entonces me percaté de que alguien estaba llamando realmente a la puerta de mi habitación.

Sin pensarlo, corrí a abrir.

—¿Sherlock? —pregunté sorprendida cuando reconocí la figura parada en el rellano.

—¿Me equivoco o estabas gritando? —me preguntó él.

—Era un sueño —respondí apresuradamente.

Me parecía haber notado un brillo de intranquilidad en los ojos de mi amigo, como si tuviera algo importante que decirme, y sentía curiosidad por descubrir cuanto antes de qué se trataba.

¿Qué hacía allí? ¿Y cómo se las había ingeniado para encontrar mi habitación? En aquella época, todavía no había aprendido que, cuando se trata del señor Sherlock Holmes, es inútil perder el tiempo haciéndose preguntas.

De pronto me di cuenta de que estaba imperdonablemente desarreglada y, con gestos instintivos, me atusé el pelo e intenté alisarme la falda.

Pero Sherlock no me dejó tiempo para nada más.

—¿Me dejas entrar? —me preguntó con atrevimiento.

La verdad es que no había ninguna malicia en su petición. Por increíble que pueda parecer en los tiempos que corren ahora, cuando escribo estas memorias, puedo asegurar que a Sherlock Holmes, en aquella circunstancia, solo lo animaba la intención de compartir conmigo una noticia sobrecogedora.

Así que lo dejé entrar, contraviniendo, por lo demás con cierto placer, todos los preceptos de buena conducta que me habían enseñado en familia.

—¿Qué ocurre? —le pregunté apoyando la espalda en la puerta.

Él se detuvo a poca distancia del armario, hizo una media pirueta que a aquellas alturas yo conocía bien y que le servía para mirar alrededor y analizar todos los particulares que lograba captar, y agitó bajo mi nariz un ejemplar recién impreso del *Evening Mail*, un diario vespertino londinense.

—No puedes ni imaginártelo —dijo en un tono tan serio que me dejó preocupada en el acto.

Mientras cogía el periódico y leía la primera página, él se sentó en el borde de la cama. Vio, así, la guía roja de Londres y la observó con una sonrisa sarcástica.

—Excelente publicación… si uno va en busca de todas las cosas aburridas que no deben verse en Londres —comentó.

Yo, mientras, seguía recorriendo febrilmente los titulares del *Evening Mail* a la caza de algo que llamara mi atención. Las noticias referentes a la guerra entre Francia y Prusia ocupaban casi por completo la primera plana, pero seguramente no era aquello lo

que Sherlock quería que leyera.

—No entiendo… —murmuré entonces levantando los ojos.

Sherlock, que había abierto la guía de Londres, me señaló el artículo de la parte inferior, a la izquierda, sin mirarme siquiera.

Lo leí de un tirón.

Alfredo Santi, secretario personal del célebre compositor Giuseppe Barzini, había sido encontrado en su habitación de hotel, asesinado.

Miré a Sherlock boquiabierta.

—¿Cuándo?

—Anoche, en el hotel Albion, en Aldersgate Street.

Me acordé de los dos jóvenes sobre los que aquella señora me había informado la noche anterior, en el teatro. Uno de ellos era precisamente Alfredo Santi. ¡Y ahora era víctima de un delito de primera plana!

Sentí un sutil escalofrío en el cuello.

Pero había algo que no me cuadraba. Era, sin duda, una noticia notable, pero no explicaba la expresión ceñuda de Sherlock, alguien para quien ciertos delitos eran emocionantes rompecabezas que resolver.

—¿Y cómo ha ocurrido? —pregunté entonces, empezando a presagiar algo.

Sherlock hojeó rápidamente las páginas de la guía roja.

—Termina de leer el artículo… —me exhortó con sequedad.

Según el reportero, el culpable había sido capturado. Y se trataba de un acróbata francés de nombre… ¡Théophraste Lupin!

Se me cortó la respiración.

Cerré los ojos, tragué saliva con dificultad y los volví a abrir. Las pequeñas letras de tinta seguían allí, alineadas para componer precisamente aquel nombre.

Théophraste Lupin. El padre de mi amigo Arsène.

Capítulo 8

UNA OSCURA VERDAD

Una mirada fue suficiente. Sin decir ni una palabra, Sherlock y yo nos precipitamos a la puerta, yo cogí mi abrigo a toda prisa y enfilamos a la carrera la escalera del
Claridge's
.

—¡El padre de Lupin no puede ser un asesino! —exclamé mientras bajábamos a toda velocidad por la alfombra roja de terciopelo.

—Lo sé —me respondió él—. El señor Théophraste no es un santo, pero con seguridad tampoco un asesino.

Sherlock dijo aquellas palabras como si se tratara de una simple constatación, que no dejaba lugar a dudas, con aquel tono suyo sentencioso que no admitía réplicas ni comentarios. Normalmente, aquel tono me irritaba, pero en aquella ocasión, en cambio, me tranquilizó.

En cuanto alcanzamos el vestíbulo reluciente de mármoles y dorados, me sobresalté. No podía irme así, sin avisar ni a mi padre ni al señor Nelson. «¿Mi padre?», me pregunté. ¿Había vuelto a París ya o partiría al día siguiente? No lo sabía. Aquella tarde de

sueño me había dejado como desorientada, sin puntos de referencia.

Sherlock pareció intuir el motivo de mi titubeo y me señaló un pasillo por el que iban y venían los camareros y que conducía a la parte trasera del hotel.

—Vayamos por ahí —me propuso, agarrándome de la mano—. Así no nos verá nadie.

Me mordí los labios. No me gustaba la idea de escabullirme de aquel modo y, por un instante, me planté. Pero enseguida vi, como en un perverso *flash*, el nombre de Théophraste Lupin escrito en la primera página del periódico. Yo misma estaba trastornada por la noticia de su arresto y pensé en cómo se sentiría Arsène, su hijo, en aquel momento. Bastó aquel pensamiento para despejar todas mis dudas: un amigo me necesitaba, el resto no tenía importancia.

—¡Vamos! —dije, precediendo a Sherlock por el pasillo de servicio.

Mi amigo se puso a mi lado y me dirigió una sonrisa.

—No te has aburguesado demasiado después de todo —dijo mientras desembocábamos en un estrecho callejón detrás del Claridge's.

Alcanzamos la calle principal esquivando charcos fangosos y montones de desechos y, en cuanto estuvimos en Brook Street, con sus carruajes pasando arriba y abajo, me oí llamar por una voz que me sobresaltó.

—¡¿Señorita Adler?!

El señor Nelson estaba apoyado junto a la entrada del Claridge's, como si hasta aquel momento hubiera estado charlando con el personal de portería del hotel.

Sherlock saltó ágilmente hacia atrás y se apoyó en la pared del callejón con una mueca de contrariedad. Horace llegó hasta mí, con rápidas zancadas que hicieron aletear los faldones de su largo gabán.

—¿Qué hace aquí, señorita Irene? ¿Acaso se marchaba del hotel sin avisarme? —preguntó Horace clavando sus ojos profundos en los míos.

Yo rehuí su mirada y gesticulé con la mano en un intento algo abochornado de justificarme.

—Nelson, discúlpeme, lo lamento de veras, pero…

—Le recuerdo que, dada la marcha de su padre, ahora soy el único responsable de su seguridad. Y no creo que haga falta decirle que huir por los callejones, como un ladrón, no es una conducta propia de una señorita —siguió diciendo el mayordomo con aire grave.

—¡Quería advertirle, créame, no es culpa mía! Es que… —protesté hecha un lío.

—¡Eso es un golpe bajo! —murmuró Sherlock.

—Si no es culpa suya —replicó entonces el mayordomo—, ¿de quién ha sido la idea de esta bravata?

Al pronunciar aquellas palabras, el señor Nelson miró por encima de mí para inspeccionar el callejón. Intenté interponerme entre los dos, pero sabía que solo podría aplazar unos instantes lo que era inevitable.

Decidí decir la verdad, pues.

—Es por Lupin —confesé—. ¡Está metido en un feo apuro y necesita a sus amigos!

El señor Nelson hizo lo que pudo para dar a entender que no se acordaba de quién era Lupin, pero un fulgor en sus ojos traicionó sus pensamientos. También creí percibir en su cara un leve temblor, como si, de algún modo, lo que acababa de decir tocara alguna fibra de su alma. Me pregunté si detrás de aquella reacción no se escondería un aspecto del misterioso pasado de Horace que yo no conocía. La respuesta a aquel interrogante llegaría al cabo de poco tiempo.

—Y usted, ¿no tiene nada que añadir al respecto? —preguntó el señor Nelson asomándose al callejón y, de ese modo, encontrándose cara a cara con Sherlock.

Mi amigo me miró y abrió los brazos.

—Le puedo decir, si así lo desea, que lo siento —respondió—. O bien que se trata de una discutible bravata, como usted mismo decía, pero…

—¿Pero? —lo acució Horace.

—Lo que de verdad quiero dejar claro es que nunca haría correr riesgos a la señorita Irene, por ninguna razón en el mundo.

—¿Corretear por Londres los dos solos no es suficientemente arriesgado para usted, jovencito?

—Aunque le cueste creerlo, y puedo comprender que sea así, Londres es una ciudad civilizada. Por lo tanto, no creo que correr por sus calles sea más peligroso que correr por cualquier otro lugar del planeta.

—No le aconsejo que se muestre altanero conmigo, señorito Holmes —repuso el señor Nelson, demostrando así que se acordaba del nombre de mi amigo. Me dio por pensar, y no era la primera vez, que Horace me conocía infinitamente mejor que mis padres.

—No estoy siendo altanero —rebatió Holmes, en cualquier caso —. Irene y yo nos marchábamos corriendo porque acabamos de enterarnos de una mala noticia. Parece que el padre de nuestro amigo Arsène Lupin pasa por dificultades. Graves dificultades.

—Comprendo —murmuró el señor Nelson, repentinamente pensativo.

—¡Le juro que es así, Horace! —me apresuré a confirmar—. Tenemos que ver a Arsène lo antes posible. Solo por eso hemos intentado irnos a hurtadillas.

—Y yo le doy mi palabra de honor —añadió Sherlock— de que cuidaré personalmente de la seguridad de la señorita Irene y no le sucederá nada.

—¿Su palabra de honor, señorito Holmes? Parece una promesa bastante comprometida… —El señor Nelson simulaba no haber tomado demasiado en serio las palabras de Sherlock, y yo, tensa como una cuerda de violín, me preparé para lo peor.

—No tengo más flechas en mi arco para convencerle, señor Nelson. Pero lo que acabamos de decirle es la pura y simple verdad —respondió él adoptando una postura de adulto para encararse con el señor Nelson.

Sherlock era casi tan alto como mi mayordomo, pero infinitamente más delgado y huesudo, y por un instante tuve la impresión de que Nelson habría podido arrollarlo con solo un soplido.

Horace, en cambio, después de quedarse quieto un momento, alargó simplemente una mano para estrechar la de mi amigo.

—De acuerdo, señorito Holmes. Tal vez me haya vuelto loco, pero he decidido fiarme de su palabra. Espero que no me haga arrepentirme de ello.

Sherlock estrechó con fuerza la mano del mayordomo mientras

sus ojos se iluminaban.

—No creo que esté usted loco, señor Nelson, pero sí que tiene en gran consideración la amistad —dijo.

Si yo, en la reacción de Horace, solo había intuido algo confuso, Sherlock había captado inmediatamente su motivo esencial: la amistad. De hecho, vi que el estupor empezaba a adueñarse del rostro de Horace y comprendí que se estaba preguntando cómo habría sabido leer su corazón aquel extraño muchacho de rostro afilado. Sin saberlo, mi buen mayordomo fue uno de los primeros en experimentar la poco común capacidad analítica de Sherlock Holmes.

El señor Nelson meneó la cabeza como si quisiera sacudirse aquella extraña sensación y, sonriendo a su vez, avanzó un paso para darle a Sherlock una palmada bonachona en el hombro. Tuve la impresión de que aprovechaba también para decirle algo al oído.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté cuando, tras despedirnos de Horace, nos pusimos por fin en camino hacia el hotel Old Bell, donde se alojaba Lupin.

—Nada —mintió Sherlock.

El hotel se encontraba en Holborn Hill, adonde llegamos después de caminar media hora a buen paso. Cruzamos la puerta del Old Bell y nos presentamos inmediatamente ante el *concierge*, que nos respondió que los señores Lupin no se encontraban en su habitación. El hombre, ataviado con una pomposa chaqueta cruzada de color carmesí, se había dirigido a nosotros con aire disgustado y un fuerte acento galés que pareció irritar a Sherlock.

Nos miramos, indecisos acerca de qué hacer.

Casi a modo de desquite con el odioso *concierge*, observé que el vestíbulo del Old Bell era menos elegante y suntuoso que el de mi hotel. Nos sentamos en unos pequeños sofás en los que ya había una persona esperando.

Le hice algunas preguntas a Sherlock, que al principio me contestó de una manera vaga y luego me hizo entender, por gestos, que era mejor no hablar.

—¡Tiene toda la pinta de ser periodista! —me explicó con un susurro al oído—. ¡La prensa no debe aprovecharse jamás de nuestras investigaciones!

Después de casi una hora de espera agotadora, un chico muy

joven le hizo el relevo al *concierge* galés, que dejó el hotel sin un ademán de saludo siquiera. Molesto, el hombre que esperaba junto a nosotros empezó a pasearse nerviosamente por la sala, preguntó al recién llegado si los señores Lupin se alojaban aún en el hotel y recibió una respuesta titubeante. Parecía que el chico no tuviera la menor idea de cómo se leía el registro de huéspedes ni de quién ocupaba cada habitación.

El hombre masculló un medio insulto, pasó andando delante de nosotros un par de veces y se presentó. Resultó ser el jefe de reporteros del *Globe*, un conocido periódico londinense, y, por lo que parecía, se encontraba allí por la misma razón que nosotros: el *affaire* Lupin.

—Si no me equivoco, también vosotros habéis preguntado por ellos… —dijo retorciéndose el bigote. Era un tipo saludable, con las mejillas marcadas por la escarlatina y la barriga sobresaliente típica de los grandes bebedores—. ¿Los conocéis?

—Ni por asomo —respondió Sherlock antes de que yo pudiese abrir boca. Me lanzó luego una fulminante mirada de entendimiento y sacó del bolsillo de su chaqueta mi guía de Londres.

»Mi hermana y yo estamos esperando a nuestros padres para ir a visitar la ciudad. Hemos preguntado por esos Lupin solo por una estúpida apuesta entre nosotros: hemos leído sobre ellos en el periódico y mi hermana no se creía que estuviesen alojados en el mismo hotel que nosotros. ¡Ahora me debe un chelín! —concluyó con una sonrisita burlona.

Yo asentí con una risa de gansa, para seguirle el juego, mientras una repentina corriente fría me rozó los tobillos e hizo que me estremeciera.

El hombre se demoró con la mirada en nosotros, como sopesando nuestra sinceridad. No supimos nunca qué conclusión sacó el barrigudo cronista, porque Sherlock se levantó de golpe del sofá y me tendió la mano fingiendo impaciencia.

—¡Papá y mamá se están pasando! ¡Siempre llegan tarde! Vamos a esperarlos en la habitación, al menos estaremos más cómodos —dijo.

Interpretando mi papel en aquella representación, acepté su ofrecimiento y lo seguí al mostrador del *concierge*, que nos dirigió

una mirada interrogativa.

—He recogido la llave antes —dijo Sherlock señalándose un bolsillo—. La setenta y siete.

El chico se volvió hacia las largas filas de ganchitos de latón de las que colgaban las llaves del hotel. Cuando constató que, en efecto, la número setenta y siete no estaba entre las colgadas, hizo una pequeña inclinación y dejó de prestarnos atención.

Sherlock y yo atravesamos en silencio un pasillo enmarcado por delgadas columnas, pero, tan pronto como llegamos al hueco de la escalera, estallé:

—Pero ¿se puede saber adónde…?

—Ssh… —profirió Holmes apuntándome con un dedo para que me callara. Sin embargo, a causa de la oscuridad repentina en la que nos encontrábamos, calculó mal el movimiento y puso su dedo índice sobre mis labios.

Nos quedamos paralizados, como si un encantamiento nos hubiese convertido en piedra. Aquel fugaz contacto nos había pillado por sorpresa a ambos. Mis ojos se encontraron con los de Sherlock en la penumbra. Pero fue solo un instante.

—Vamos, adelante —dijo Sherlock como si quisiera despertarnos de un extraño sueño.

Con solo unos pasos llegamos a una puertecita desvencijada que daba a la parte trasera y por la que se filtraba el aire fresco de la tarde. Oímos los pasos de alguien que subía por la escalera.

—Creo que es Arsène —dijo Sherlock—. He deducido, por la repentina corriente de aire que ha soplado en el vestíbulo, que había decidido entrar por detrás para evitar a periodistas como el que nos hemos encontrado nosotros. Son unos auténticos buitres —me explicó.

—Pues entonces no te queda más que decirme en qué habitación lo encontraremos, querido adivino —lo piqué.

—Diría que en la setenta y siete —fue la respuesta, totalmente seria, de Sherlock—. El hotel me parece desastrado, con poquísimos huéspedes y un personal decadente. La setenta y siete es la habitación con el número más alto, así que creo que es la que se encuentra bajo el tejado, en un lugar idóneo para los ejercicios de un acróbata como Théophraste. He supuesto, además, que Arsène saldría corriendo en cuanto se enterara de la noticia y que no se le

pasó por la cabeza dejar en recepción la llave del cuarto.

Asentí, satisfecha, y comprendí, por su manera anhelante de hablar, que mi extraordinario amigo estaba tan cortado como yo por lo que había sucedido poco antes.

—Somos nosotros —dije delante de la puerta cerrada de la habitación setenta y siete—. ¿Arsène? ¿Estás en la habitación?

Oí unos pasos; luego, la puerta se abrió y Arsène Lupin apareció ante mí.

—¡Irene! —exclamó.

Estaba irreconocible. El espléndido chico de piel bronceada que había conocido aquel verano en Saint-Malo era ahora una figura pálida y tensa. Me pareció tan frágil como una estatuilla de escayola.

La débil sonrisa con que me recibió y me abrazó me dolió aún más, pues significaba que todo lo que habíamos leído en el periódico era cierto. Pero ¿en qué medida?

Mi segundo amigo extraordinario abrazó también a Sherlock, pero con menor arrobo, y nos acomodó en su habitación, que, como Sherlock había intuido, era una magnífica buhardilla, parecida a esas de París donde a menudo viven los artistas.

Era más bien desangelada, pero muy luminosa gracias a dos tragaluces redondos, uno que daba a los tejados de la ciudad y el otro a una de las callejuelas que rodeaban el hotel. Se podían oír las palomas que, batiendo las alas, iban a posarse en los canalones.

No perdimos demasiado tiempo en formalidades, aunque Arsène, de todos modos, quiso ofrecernos una taza de té que Sherlock y yo rechazamos. Si estábamos allí, era para escuchar lo sucedido al señor Théophraste.

—Debe de ser un malentendido —empezó a decir él—. Un terrible malentendido. ¡Nada más, estoy seguro! No debéis creer ni una sola palabra de lo que han escrito en los periódicos.

—Estamos seguros —dije.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Holmes por su parte.

Arsène alzó sus grandes ojos y los posó en los de su amigo.

—Lo arrestaron mientras se descolgaba por un canalón. Fue cerca del hotel donde mataron a ese hombre, Alfredo Santi.

—¿Has podido hablar con él? —le pregunté.

Arsène negó con la cabeza.

—No me han dejado. Pero… el señor Aronofsky, el dueño del circo, y yo le hemos buscado un abogado, un tal…

Rebuscó en los bolsillos hasta encontrar una tarjeta de visita y nos la enseñó. Decía:

Archibald J. Nisbett
Abogado

—¿Y qué te ha dicho Nisbett? —fue al grano Sherlock.

—Todavía nada —se lamentó Arsène tumbándose en la cama—. Tengo cita con él dentro de menos de una hora para que me informe de lo que sepa, pero… cuando he salido, esta mañana, estaba tan nervioso que no he cogido ni una libra y…

Se quedó callado mirando el techo, con las manos enlazadas bajo la nuca.

—¡Qué situación! —exclamé mirando a Sherlock.

Él no parecía preocupado, sino solamente concentrado. Era como si pensase rápidamente en muchas cosas a la vez y fuese descartándolas una por una.

—Tengo que hacerte una pregunta, Lupin… —dijo de pronto con tono decidido.

—No ha sido mi padre —se anticipó el joven Lupin.

—Y no tengo motivos para dudarlo, pero… el caso es que han arrestado a tu padre mientras bajaba por un canalón cerca del hotel Albion.

Lupin cerró los ojos y siguió tendido en la cama.

—Por lo tanto, la pregunta es: ¿qué estaba haciendo tu padre… colgado de un canalón?

Siguió un largo silencio que, roto solamente por el tictac despiadado de un reloj de péndulo, iba volviéndose cada vez más pesado y angustioso, segundo a segundo.

Por fin, Lupin dijo algo. Pero lo hizo en voz tan baja que ni Sherlock ni yo pudimos oírlo. Hubo más instantes de silencio y luego nuestro amigo estalló:

—¡Está bien!

Antes de nada, se sentó en la cama y, después, se encaró con nosotros mirándonos a los ojos, primero a Sherlock y luego a mí.

—Lo mejor es decíroslo enseguida. Sois mis amigos, ¿no? Pero

tenéis que jurarme que no hablaréis de esto con nadie, bajo ningún concepto.

Le dimos nuestra palabra. Yo sentía hervir dentro de mí varias emociones: pena, rabia, sorpresa y, en mis ojos, lágrimas listas para brotar.

—Creo que mi padre es un ladrón —confesó Lupin de un tirón. Y como ni Sherlock ni yo replicamos nada ni cambiamos de expresión, continuó—: Lo pienso desde hace tiempo. Es la única explicación que le encuentro a que podamos permitirnos el tren de vida que llevamos… —Señaló la habitación en la que estábamos—. Tal vez para vosotros no signifique nada, y seguro que no vale ni la mitad de vuestras bonitas casas, pero para alguien como yo, que creció en el circo, en la carretera, esto es un verdadero lujo.

Arsène dobló las rodillas y se sentó en el suelo.

—Al principio pensaba que era mi madre quien nos mantenía. Ella es rica, ¿sabéis? —Lupin hizo un gesto nervioso con la mano, como apartando un pensamiento desagradable—. Y está muy bien allí donde está. —Rió nerviosamente—. Su familia nunca aceptó a mi padre. ¡Y jamás le perdonó a ella que se enamorara de un artista de circo! Un vagabundo, alguien poco de fiar… ¡Un ladrón!

Nos dio la espalda. Y noté que, cuanto más hablaba, más recuperaba el brío y la energía incontenibles que le había conocido durante el verano. Hablando con nosotros, sus únicos amigos, se estaba liberando de una carga dolorosa.

—Así que yo crecí con mi padre, en el circo. Y si tuviese que decir cómo es mi madre, ah, me temo que mi recuerdo ya no se corresponda siquiera con la realidad. Mi padre, en cambio, es algo más que un simple padre. No podéis entender lo que significa crecer y viajar con él y los demás personajes del circo en busca de actuaciones. Se crea un vínculo que va más allá de la sangre. Mi padre me lo ha enseñado todo y nunca me ha faltado de nada: seguimos al circo, sí, pero viajamos siempre por nuestra cuenta, a menudo en primera clase, y nos alojamos en buenos hoteles, o en localidades selectas de veraneo… ¡Como el verano pasado! —Arsène se encogió de hombros—. Nunca he tratado de averiguar de dónde venía todo ese dinero, aunque lo sabía muy bien. No todos tienen un padre que no entra en las habitaciones por la puerta sino bajando del tejado, aunque diga que lo hace para mantenerse en

forma.

Me estremecí de emoción al pensar en nuestra huida por los tejados de Saint-Malo el mes anterior y empecé a entender qué clase de entrenamientos había enseñado Théophraste a su hijo…

—Mi padre es un ladrón, sí. Lo digo y os lo confieso a vosotros, y sois muy libres de marcharos de esta habitación y no querer volver a verme nunca. No os podría culpar si ya no quisierais tener que ver con el hijo de un ladrón de joyas, pero… Aunque es cierto que mi padre es un ladrón, jamás asesinaría a nadie, ¡jamás!

Durante el discurso de Arsène, para no mostrar las lágrimas que tenía en los ojos, me había vuelto hacia uno de los tragaluces, el que daba a las callejuelas.

Al apoyar la frente en el cristal, vi al personal del hotel confabulando y luego al reportero del periódico que tomaba notas en una libreta.

Resoplé por la nariz. He ahí cómo nacían las noticias: de cotilleos del personal recogidos por un periodista sin escrúpulos. Quién sabía qué maledicencias y perfidias acababan de inventar acerca del arresto del cliente de la habitación setenta y siete, puede que haciéndolas pasar por confesiones sinceras e incluso corroboradas.

A mi espalda oía crecer de nuevo el silencio, denso como la niebla.

—¡Tenemos que ir al hotel Albion! —exclamé sin aguantar más. Me volví hacia mis dos amigos enjugándome las lágrimas. Esbocé una sonrisa—. También allí el personal estará hablando de la muerte de Santi.

Sherlock y Lupin me miraron.

—Mientras tú vas a ver a ese abogado, Arsène —seguí diciendo —, Sherlock y yo podemos intentar descubrir algo que sirva para exculpar a tu padre. No sé el qué. Lo que sea. ¿Qué opináis?

No dijeron nada, porque así era como funcionaban las cosas entre nosotros tres: a veces nos bastaba con los ojos para decirnos todo lo que agitaba nuestros corazones.

Capítulo 9

EL ARTE DEL COTILLEO

—¡Señorita! Le ruego, permita que la ayude… ¡Démelo a mí, se lo llevo yo! —clamó el joven Sherlock Holmes, como si el húmedo patio del hotel Albion fuese un escenario y el cesto lleno de ropa blanca que ahora sostenía formara parte del decorado.

Mi amigo me pareció tan gracioso y teatral en aquella tentativa suya de congraciarse con una de las empleadas del hotel que pensé que también ella se daría cuenta y que lo mandaría a paseo. En cambio, la chica pareció morder el anzuelo. Dejó que Sherlock le llevara el gran cesto hasta la lavandería del hotel y aprovechó para arreglarse el pelo y el delantal. Cuando Sherlock volvió a aparecer, en medio del vapor que flotaba sobre los baldes de agua caliente, las cenizas y las tablas de lavar las sábanas, ella lo miró detenidamente y dijo:

—¡Venga, suelta la gallina! ¿Quién eres, uno de esos que escriben en los periódicos?

—¡Por mi honor, no! —exclamó Sherlock fingiéndose ofendido.

—Eres demasiado guapo para ser de aquí —siguió diciendo la camarera, que, por lo que parecía, no era tan tonta como yo había pensado—. Y vas demasiado bien vestido para ser un pinche de cocina. Así que, si tampoco eres del periódico, no entiendo qué estás haciendo en este antro.

—Ayudo a las damas en apuros… ¡Es el deber de todo caballero! —repuso Sherlock mostrándose sorprendido.

—A otra con ese cuento, marquesito —dijo la camarera entre risas—. ¿Te parezco yo una dama, y además en apuros? Me ha venido bien que me llevaras el cesto, pero te daré un consejo: deberías ponerte un par de gafas sobre esa larga nariz puntiaguda tuya…

Sherlock rió. La lavandera rió con más ganas aún y se dirigió a los baldes humeantes. Mi amigo se pegó a sus talones.

—No quiero mentirle, señorita… —empezó a decir, tendiéndole a la chica el cubo de las cenizas—. La verdad es que vivo aquí cerca y, cuando he leído lo del homicidio en el periódico, en fin, no he resistido la tentación de curiosear un poco.

—Pues has hecho bien, marquesito. ¡También a mí me gustaría curiosear si no tuviera que trabajar todo el santo día! —replicó la camarera riéndose a carcajadas.

—Bueno —volvió a la carga Sherlock—, no todos los días matan a alguien cerca de casa. Y a un personaje famoso, además.

—¿De verdad era tan famoso ese tipo? —preguntó la camarera arremangándose.

—Eso es lo que han escrito, al menos.

—¡Bah, escriben tantas cosas esos truhanes! Pero…

Sherlock le pasó una sábana.

—¿Pero?

—Pero si lo hubiesen visto estos días, aunque solo fuera una vez, entonces habrían escrito otra cosa, ¡te lo digo yo, marquesito!

En ese momento, Sherlock se volvió y me guiñó un ojo. A la camarera parecían haberle entrado muchas ganas de hablar.

—¡Qué interesante! —añadió con énfasis—. ¿Qué quiere decir exactamente?

—Pues que a mí ese tipo me parecía un pobre diablo. El otro, el más viejo… ¡Ese sí que es rico y famoso!

—¿Se refiere a Barzini? —sugerí yo tímidamente.

—Ese precisamente, marquesita. Por no hablar de la cantante… ¡Menuda mujer! ¡Y qué clase! Y es que hay cosas que no se aprenden. Yo, aunque me tirara toda la vida intentándolo, al final ni sabría sujetar un vaso con la gracia con la que ella lo hace. Y pensar que se le dan tan mal los hombres… ¡Vaya usted a saber! Igual a ambas nos van los tipos desagradables —concluyó.

—Temo que me he perdido, señorita —dijo Sherlock.

—Si quieres te lo explico mejor, marquesito. Pero tienes que prometerme que no irás largándolo por ahí.

—¡Se lo prometo!

La mujer chasqueó la lengua, divertida, y meneó la cabeza.

—¡Menudo mentiroso estás hecho! ¡Y a tu edad! —se carcajeó.

—Mentiroso no, es solo, repito, curiosidad.

—Pues entonces escucha, marquesito curioso… —murmuró la mujer hundiendo una sábana en el agua—. Te digo yo que esa bruja, la tal Ophelia, la cantante, tenía un lío con el muerto. Que era, de los tres, el más feo y el más antipático también. Además… Ahora el pobrecillo está muerto, Dios lo tenga en su gloria, pero…

—¡¿Pero?!

—La vida de ese hombre tenía que ser un infierno, marquesito mío. Siempre estaba nervioso y de un humor de perros, menos cuando llegaba ella. Entonces todo cambiaba. De golpe se ponía la mar de contento, era amable… ¡Un cachorrito meneando la cola! Pero duraba poco. En cuanto ella dejaba el hotel para ir a ensayar al teatro, ese Santi volvía a estar de morros. ¡Y era insoportable!

—Pero ¿no se llevaba bien ni con Barzini? Después de todo, era su ayudante personal.

—¡No bromees, marquesito! ¡Ese no se llevaba bien con nadie! Ni con el viejo Barzini ni con el otro, el francés.

—Duvel —murmuré recordando el nombre del otro pupilo del compositor, que había visto la noche anterior en el teatro.

—Él y el muerto se lanzaban unas miraditas… ¡que echaban chispas! Parecían dos leones en la misma jaula. ¡Figúrate que ni siquiera desayunaban en la misma mesa!

—¿Y el ladrón al que han detenido? —soltó Sherlock entonces —. ¿Qué se dice de él en el hotel?

—Pues que también es francés —contestó con prontitud la

camarera—. ¡Que debe de ser su cómplice!

Sherlock alzó una ceja, invitando así a explicarse a la camarera.

—¡Para dejarse pillar por esos tontorrones de policías que andan por el Albion hay que ser un aficionado! —respondió la mujer.

—Una observación no muy respetuosa para con Scotland Yard, señorita —ironizó Sherlock—. Pero interesante, no hay duda.

—¡Qué honor! —exclamó sarcásticamente la camarera—. ¡Al marquesito le parece «interesante» lo que digo! Pero ahora, ¡o empiezas a darle a la tabla conmigo o te esfumas antes de que me arrepienta de haberte contado lo que te he contado! —concluyó con una última carcajada, aprestándose al trabajo.

Tuve la clara impresión de que Sherlock quería seguir sonsacándole a la camarera para obtener algún detalle más sobre el suceso del Albion, pero fue interrumpido por un ruido a nuestra espalda. Intercambiamos una rápida mirada y corrimos hacia la entrada principal del hotel, de donde provenía el barullo. Cuando desembocamos en la calle principal, vimos una auténtica horda de periodistas alborotados intentando abrirse hueco, todos con lápices y libretas en la mano.

Al hotel acababa de llegar un coche negro, un carruaje muy lujoso, y los periodistas se empujaban furiosamente para acaparar el derecho de estar en primera fila. Entre la pequeña selva de brazos, entreví al maestro Barzini bajando del coche en compañía de Duvel. Vestía una capa de terciopelo verde oscuro y un sombrero de copa, que se quitó ante los reporteros y pasó a su pupilo.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso, canallas! —berreó el portero del Albion, interponiéndose entre el maestro Barzini y los periodistas que lanzaban ráfagas de preguntas a gritos.

—¡Maestro! ¿Qué siente en estos momentos?

—¡Míster Barzini! ¿Ha visto al asesino de Santi?

—¿Lo perdonará algún día?

—Después de esta tragedia, ¿seguirá componiendo o también se retirará de los escenarios, como Ophelia Merridew?

—¿El señor Duvel ocupará el puesto del señor Santi?

Barzini vaciló en medio de todos ellos, agitando las manos con aire de aturdimiento. Duvel, como un perrillo, trotó tras él, con el sombrero contra el pecho como si fuera un tesoro.

—¡No tengo nada que decir! —gritó el compositor a la puerta

del hotel. Pero resultaba evidente lo contrario, que quería declarar algo a la prensa—. Si quieren escribir algo, escriban que, ayer, el maestro Barzini perdió a alguien al que quería como a un hijo… ¡Como a un hijo! —repitió.

Luego se volvió, ocultó la cara entre las manos y desapareció en el vestíbulo ignorando a los periodistas, que, al poco rato y renuentemente, se resignaron a volver a sus redacciones para dictar el texto de la edición del día siguiente.

Me puse a considerar, con cierto horror, que aquella gente parecía más interesada en arrancarle unas palabras al célebre Barzini que en descubrir cómo habían sucedido realmente las cosas en aquella maldita habitación del hotel Albion.

Estaba intentando llegar hasta Sherlock, el cual había quedado atrapado en medio de la multitud de periodistas, cuando, a mi espalda, alguien gritó mi nombre.

—¡Irene!

Me volví.

Era Lupin, que venía hacia mí con la respiración entrecortada. Fui hasta él y le agarré las manos, esperanzada.

—Y bien, ¿cómo te ha ido con el abogado?

Lupin tomó aire. Debía de haber recorrido media ciudad sin pararse una sola vez.

—Vamos a sentarnos allí… —le propuse señalándole un pequeño salón de té al otro lado de la calle.

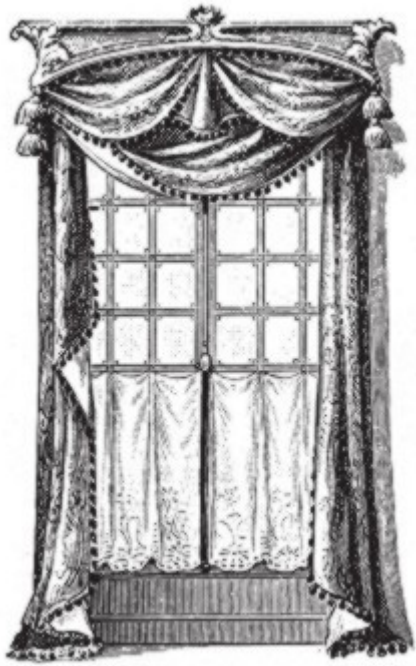
—¡Le han tendido una trampa! —exclamó Lupin después de un largo suspiro, con los ojos llameantes—. ¡Mi padre dice que le han tendido una trampa!

En ese momento se unió a nosotros Sherlock, que miró enseguida a su amigo con aire interrogativo.

—Invitadme a beber algo caliente… —dijo entonces Lupin, jadeante—. ¡Y os lo contaré todo!

Capítulo 10

UNA TRAMPA ESPAÑOLA



Lupin me pareció un poco menos conmocionado que cuando lo habíamos visto en su hotel, pero no menos preocupado, desde luego, por la suerte de su padre. Así que, mientras mi amigo apagaba la sed tragando una taza tras otra de té indio, sentí la necesidad de encontrar unas palabras que pudiesen darle un poco de esperanza.

—¿Sabes una cosa, Arsène? —empecé a decir—. Ha bastado con echar un vistazo por ahí para conseguir algunas pistas que nos ayudarán a esclarecer la verdad sobre el crimen de Santi.

—¿Pistas? —repitió Sherlock, perplejo.

—Claro —confirmé sin el menor titubeo—. El amor, por ejemplo.

—¡¿El amor?! —dijo Sherlock cada vez más maravillado.

—Alguna bruja ha debido de convertirte en un loro, Sherlock —lo zaherí entonces, harta de su escepticismo—, ¡no haces más que repetir lo que digo!

—No, bueno, es que… —farfulló él, cogido desprevenido.

—Entonces déjame continuar —proseguí—. Cuando hablo de amor, me refiero al que había entre Santi y Ophelia, del que nos ha hablado la camarera del Albion. La gran Ophelia ha cautivado muchos corazones. ¿Quién nos dice que algún pretendiente celoso no haya querido hacer desaparecer a su nueva pasión?

Sherlock estaba a punto de salir con una de sus habituales objeciones, pero quizá mi arrebato de poco antes lo convenció para quedarse callado y se limitó, simplemente, a abrir los brazos.

—O bien, ¿quién puede excluir que detrás del homicidio de Santi no esté su joven rival francés, Duvel? Ese tipo va a convertirse en el próximo ayudante del gran Barzini, ¡tenía mucho que ganar con su desaparición!

—Nadie puede excluirlo por el momento. Pero tampoco afirmarlo, si vamos al caso —comentó Sherlock recostándose en su butaquita.

Lupin, en cambio, sonrió y me miró a los ojos con gran ternura. Era su modo de darme las gracias. Luego bebió un último sorbo de té y se aclaró la voz.

—Hay otro sospechoso en este maldito asunto —reveló.

Mis ojos y los de Sherlock se posaron en él llenos de expectación.

—Un español —susurró nuestro amigo con rostro grave.

Me sobresalté tontamente, quizá porque no me esperaba la aparición de un misterioso extranjero en aquella historia.

—Según parece, ese abogado te tenía reservadas grandes sorpresas —dije entonces para sacudirme la vergüenza—. Lo mejor es que nos vuelvan a llenar la tetera, así podrás contarnos todo con calma.

Cuando volví, serví el té humeante en las tazas y me dispuse a escuchar.

—En efecto, Nisbett me ha dicho muchas cosas —empezó a explicarnos Lupin—. Siguiendo sus consejos, mi padre ha admitido tener parte de culpa. Ha confesado que anoche estaba… trabajando.

Llegado a ese punto, Lupin bajó los ojos al suelo y soltó un largo suspiro para reunir el suficiente valor para decirnos aquellas desagradables verdades acerca de su padre.

—Pero anoche no estaba trabajando por su cuenta, como suele hacer. Esta vez, el hurto era un encargo de un tipo misterioso, con acento español, que se había acercado a él antes de ayer en Brighton, al final del espectáculo del circo Aronofsky.

—Brighton… —dijo Sherlock, como si quisiera anotar en su memoria aquel detalle.

—Sí —confirmó Lupin—. Y de acuerdo con lo que mi padre ha dicho al abogado Nisbett, ese español parecía conocer muy bien el asunto. Tenía en mente un plan ideado al detalle. De hecho, indicó con precisión una ventana del hotel Albion y le explicó a mi padre que se trataba de la habitación en que se alojaba un hombre muy cruel del que quería vengarse.

—Matándolo, tal vez —murmuró Sherlock.

—No —replicó tajante Lupin—. El plan del español no incluía el derramamiento de sangre, ¡mi padre nunca habría aceptado tal cosa! —protestó con rabia.

—Lo sabemos, Arsène —asentí, y fulminé a Sherlock con una mirada odiosa—. Ahora cuéntanos qué tenía en mente ese misterioso español.

—Un simple hurto que efectuar mientras el ocupante de la habitación estuviera ausente. Un hurto devastador para quien lo sufriera: mi padre debía robar una estatuilla de jade que para el tipo era un amuleto del que no se separaba nunca. El español le dijo que su enemigo era tan supersticioso, y estaba tan obsesionado con aquella estatuilla, que, robándosela, lo tendría a su merced.

—Una historia bastante novelesca —comentó Sherlock—. No comprendo cómo el señor Théophraste…

—¿Se la creyó? —se le adelantó Lupin—. Fácil, el tipo no le dejó dudas sobre la seriedad de sus intenciones. Le dio un anticipo de doscientas guineas con la promesa de pagarle otras tantas a la conclusión del trabajo.

Sherlock soltó un fuerte silbido que resonó en el salón de té e hizo que se volvieran todos los parroquianos. Se trataba, en efecto, de una suma considerable que explicaba perfectamente por qué Théophraste Lupin había quedado persuadido de la seriedad del

asunto. ¡Nadie se gastaría una cifra así por un simple juego!

—¿Por casualidad te ha dicho también dónde se encontrarían tras el trabajo? —pregunté.

—No creo que tu padre tuviera que volver a Brighton para entregar la estatuilla —conjeturó Sherlock.

—Eso no lo sé —reconoció Arsène—. Pero se lo preguntaré mañana mismo al abogado.

—Bien. Ahora solo falta resolver la parte de la historia en que se tuercen las cosas. En que se tuercen de forma considerable —añadió Sherlock cogiéndose la barbilla con la mano.

—Exactamente —convino Lupin—. Sucedió así: mi padre salió de nuestra habitación alrededor de la una de la noche, convencido de que yo estaba dormido. Se marchó por el tejado, como siempre, y no volvió. Se dirigió al hotel Albion, trepó por el canalón del edificio de al lado, por la parte trasera, y se introdujo en la habitación. Mi padre le ha confesado a Nisbett que se olió la trampa enseguida, porque la ventana estaba entreabierta y, nada más entrar, vio el cuerpo sin vida de una persona en el suelo y la habitación entera patas arriba. Entonces huyó precipitadamente por la misma ventana por la que acababa de entrar, pero fuera lo esperaban ya los agentes, avisados seguramente por el verdadero asesino, que debió hacerse pasar por un simple transeúnte.

—Una puesta en escena de primera —comentó Sherlock, pensativo.

—Sí —admitió Lupin golpeando con el puño un brazo de su asiento—. ¡El criminal que la llevó a cabo hizo todo a la perfección! Y ahora, como no logremos demostrar la inocencia de mi padre, y de prisa…

El corazón se me encogió y me volví de sopetón hacia Sherlock, que asentía con un gesto grave.

—¿Qué ocurre? —pregunté, intuyendo que los dos chicos habían intercambiado cierta información que no consideraban apropiada para los oídos de una chica.

—Mi padre tendría que enfrentarse a lo que el abogado Nisbett llama «la corbata de Tyburn» —dijo entonces Lupin, con un hilo de voz.

—¿Y qué es exactamente? —pregunté, alarmada.

—La horca —respondió Sherlock Holmes con el rostro sombrío.

Capítulo 11

EL RIVAL

Aquella noche, el señor Nelson y yo bajamos al restaurante del Claridge's bastante tarde. El largo e intenso día me había dejado algo taciturna.

—¿No tiene apetito, señorita Irene? —me preguntó nuestro mayordomo al principio de la cena.

Yo miraba el consomé en el tazón que tenía delante sin verlo realmente. Era una mancha ambarina que removía con la cuchara.

—No —admití—, no tengo.

—¿Su amigo le ha dado malas noticias?

—Oh, no, no —me apresuré a responderle—. Nada importante. No estoy preocupada por él…

—Entonces, ¿es por su madre?

—Quizá —contesté, esperando que fuera suficiente para hacer

cesar aquel pequeño interrogatorio.

—Sé que no quiere hablar. Y sé cómo debe de sentirse —dijo el señor Nelson de buenas a primeras. Dejó la cuchara en la mesa y dobló con esmero la servilleta junto al plato—. Quiero contarle una cosa, señorita Irene… Una cosa que solo sabe su padre, nadie más. Un secreto —añadió mi mayordomo con una sonrisa—. Gracias —dijo luego, un tanto molesto, al camarero que retiró los platos, algo que solía hacer él mismo en París. Prosiguió—: Antes de hacer lo que hago ahora, era marinero. Y era muy joven cuando sucedió…

—¿Marinero, señor Nelson? —solté—. Pero si durante toda la travesía se sintió mal.

—Espere antes de juzgar las apariencias, señorita Irene. Era joven y era marinero, y no sufría navegando. Pero, cuando llegué a Londres la primera vez, fui arrestado con una acusación infamante, la de haber matado a una pasajera y haberla tirado al mar.

—¿Usted, Nelson?

—Eso es. Era el culpable perfecto: lo bastante fuerte para arrastrar su cuerpo y tirarlo por la borda del barco, y lo bastante pobre para no poder defenderme de las acusaciones.

—¿Y a quién se supone que había matado? —pregunté con voz débil.

—A una noble dama prusiana que, como descubrí luego, viajaba de incógnito en nuestro barco. Yo estaba asignado al servicio de camarotes y por eso fui el primero y único sospechoso. Los policías de Scotland Yard me detuvieron en esta ciudad. Y cometieron un gran error.

Quizá fuera por aquello, me dije, por lo que ahora estaba tan orgulloso de caminar con la cabeza bien alta entre los demás señores del hotel.

El señor Nelson continuó:

—Yo, naturalmente, no había hecho nada, es más, aquella señora siempre me había tratado con amabilidad. Era una mujer espléndida, señorita Irene… Una mujer espléndida de mirada triste que viajaba de incógnito por quién sabe qué culpas ligadas a ser quien era.

El señor Nelson hizo un gesto vago, pero sus ojos me miraban con una intensidad inquietante. Aquella mirada me hizo entender que su historia no era una simple confidencia, pero no llegué a

intuir que concernía al misterio que envolvía mi pasado, del que él sabía mucho más de lo que podía revelarme.

Aquella noche, de cualquier modo, todo lo que escuché fue cómo fue arrestado y juzgado sumariamente.

—Yo había visto algo raro, señorita Irene… Había visto a un hombre fuera del camarote de aquella señora el primer día de la travesía. Y cuando él se percató de mi presencia, pareció muy cohibido por el hecho de ser sorprendido. Llevaba consigo un bulto, más o menos así de grande. Y muy valioso —explicó separando un poco las manos.

—¿Joyas? —pregunté.

—Era todo lo que la mujer había portado consigo —respondió enigmáticamente el señor Nelson—. El hombre se alejó rápidamente y yo toqué a la puerta de la señora para asegurarme de que estaba bien. Enseguida me di cuenta de que en aquel camarote debía de haber ocurrido algo. Pero no hice preguntas, ni estaba autorizado a hacerlas. Ella, sin embargo, me dijo algo: «Si alguna vez te preguntan por mí, marinero, no hables a nadie de esta noche. A nadie, y te prometo que no te sucederá nada malo».

Tragué saliva, preguntándome por qué el señor Nelson se había decidido a contarme aquellos hechos precisamente esa noche.

—Yo me olvidé del asunto, y también de la señora, porque a partir del día siguiente se me encomendaron otras tareas y no volví a verla. Cuando llegamos a Londres, descubrí que se había caído al mar, y los policías me arrestaron; sostenían que había sido yo el que la había tirado por la borda durante aquella primera y única noche en que la había visto.

—¿Y usted qué hizo?

—Hice lo que había prometido. No conté nada. Me callé y casi llegué a aceptar la idea de ser condenado por algo que no había hecho.

—¡Pero no es posible! ¡Es injusto! —protesté—. ¡Tendría que haberse rebelado!

—No todo el mundo sabe rebelarse, señorita Irene —me dijo el señor Nelson—. Hace falta cierta conciencia para hacerlo. Y para tener conciencia hay que haber estudiado. Es más fácil rebelarse si se sabe cómo. —Su sonrisa era realmente desconcertante—. Pero nunca estuve solo —terminó—, porque a bordo tenía un amigo, el

capitán del barco, que desde el primer momento me dijo que sabía que no había sido yo: «Lo sé, Horace. Tranquilo. Diga lo que diga la policía, yo sé que no has sido tú». Él luchó por demostrar mi inocencia, dejó el mando del barco a otro capitán e hizo tanto que, al final, lo consiguió.

Me contuve a duras penas para no aplaudir.

—¿Y luego? —pregunté—. ¿Qué ha sido de tu amigo el capitán?

—A decir verdad, no lo sé —reconoció Nelson—. Han pasado muchos años y nos hemos perdido de vista. Conocí a su padre, señorita Irene, y acepté trabajar a su servicio.

—¿Y entonces nací yo? —pregunté.

—Oh, no, señorita Irene —me contestó el mayordomo—. Usted ya había nacido.

—Ah —dije.

—Le he contado esto porque sé cómo debe de sentirse el padre de su amigo. Y sé que, si no tiene más amigos, el señor Lupin debe poder contar con ustedes dos. Pero eso no la autoriza a correr riesgos inútiles ni a hacer locuras. Le he contado mi secreto porque, si lo necesitara, podría contarme los suyos, señorita Irene. Confíe en mí. Pero no piense que todo lo que pretenda hacer por su amigo le estará permitido. No faltaré a las obligaciones que he contraído con su padre.

Claro, pensé. Y le pregunté:

—¿Y descubrieron quién tiró a la señora del camarote al mar?

El señor Nelson negó con la cabeza, lenta y enigmáticamente.

—De ella no se supo nada más, señorita Irene.

—Ya veo, señor Nelson —suspiré, desilusionada.

—Y bien, ¿qué está tramando con sus amigos?

—Queremos ayudar al padre de Lupin, es cierto. Pero no sabemos cómo exactamente.

—¿Tengo que preocuparme?

—No. Puede estar tranquilo, Horace.

—¿De verdad? ¿Puedo fiarme de usted, señorita?

—Sí. No correremos riesgos inútiles —contesté, convencida. Esperando que no me pidiera una definición más clara de lo que Sherlock, Lupin y yo considerábamos «inútil» y que no quisiera saber por qué Sherlock y Lupin me estaban esperando a solo unos pasos de allí, fuera de nuestro hotel.

—Como nos descubran, terminaremos en chirona como mi padre —dijo Lupin en el cuarto piso del Albion, al fondo del pasillo.

—Pues entonces no dejemos que nos descubran —replicó Sherlock, dando muestras de una tranquilidad que, en mi opinión, no tenía.

Solo quien lo hubiera conocido a aquella edad podría confirmar lo que voy a decir: que el chico que se convertiría en el más grande investigador de todos los tiempos nunca había tenido un rígido código moral. Jamás había clasificado la realidad mediante nociones como «correcto» o «incorrecto», prefería las de «posible» o «imposible». Por eso, creo, mientras aquel mismo día charlaba con la camarera del hotel, no había dudado ni un segundo en usar aquellas rápidas manos suyas (no tanto como las de Arsène, pero más imprevisibles) para sustraerle la llave maestra del servicio. Sabía que, cuando la mujer volviera al hotel a la mañana siguiente para cambiar la ropa blanca, la echaría en falta. Antes de que llegara ese momento, teníamos que actuar si queríamos descubrir algo en las habitaciones de los implicados en aquella historia.

Scotland Yard había vigilado la habitación de Santi, en el muro exterior de la cual habían arrestado al padre de Lupin. Pero las otras dos, la del maestro Barzini y su ayudante francés, todavía no habían sido inspeccionadas. Sospechábamos del último y, precisamente delante de su habitación, todavía cerrada, celebrábamos nuestro conciliábulo.

Habíamos entrado en el hotel por la parte trasera una vez más: Lupin, un poco de mala gana, se había encaramado a una ventana de la segunda planta que habían dejado abierta, se había metido en una habitación, igual que había hecho su padre la noche anterior, se había deslizado hasta el pasillo y, desde allí, había bajado a abrirnos la puerta de servicio, cerrada por dentro.

—Venga.

—Venga.

—Venga —nos habíamos dicho mientras subíamos a paso rápido la escalera del tercer piso. Sabíamos cuál era el número de habitación porque Sherlock, entre tanto, había fingido que tenía que entregar un paquete al señor Duvel, habitación veintisiete, y el poco espabilado chico de la recepción había contestado que en la habitación veintisiete no había ningún señor Duvel, sino que este se

alojaba en la treinta y uno. Y que, de todos modos, había salido a cenar.

—Probemos —dije, parada delante de la puerta.

Llamé y, como nadie vino a abrirnos, animé a Sherlock a usar la llave maestra.

Clac.

La puerta se entreabrió.

—Ve tú —sugirió Sherlock a Lupin—. Si hay algo relacionado con tu padre, solo tú puedes darte cuenta.

Arsène asintió y me hizo una seña para que lo siguiera. Encontramos un interruptor y, en cuanto lo pulsamos, una tenue claridad se difundió por la habitación.

—Benditos los hoteles de lujo y sus comodidades modernas… —murmuró Lupin dejándome pasar junto a él.

Sherlock se alejó por el pasillo para ir a vigilar la escalera del hotel, listo para avisarnos en caso de imprevistos.

Es muy embarazoso encontrarse en la habitación de un desconocido con la misión de hurgar entre sus efectos personales en busca de algo impreciso, aunque se sospeche que el desconocido en cuestión sea un asesino.

La habitación de Duvel estaba muy desordenada. En el suelo, bajo la ventana, había una maleta abierta, y también abiertas estaban las puertas del armario. Unas pinzas sujetaban a una cuerda de ropa una decena de partituras musicales, recién escritas.

Las miré con una mueca.

—¿Sabes leer música? —me preguntó Lupin.

—Sí, tomo lecciones de canto.

—¿Y qué tal son estas?

—No parecen gran cosa, diría… Pero no soy ninguna experta.

Las examinamos rápidamente y pasamos luego a abrir los cajones. Calcetines con elástico, ropa interior limpia, gemelos y un par de pajaritas de colores. Una tabaquera de plata llena de rapé. Camisas con puños intercambiables.

—¡Vaya, vaya! ¡Por lo que parece, no le va nada mal a nuestro amigo Duvel! —exclamó Lupin enseñándome un libro falso en el que habían practicado una pequeña cavidad, ahora llena de billetes enrollados.

Me pareció que Lupin se demoraba un poco demasiado mirando

aquellos billetes, por eso le quité el libro de las manos y lo devolví a su sitio.

—No sé exactamente qué es lo que estamos buscando —dije—, pero libras esterlinas no, eso seguro.

—Buscamos una conexión —murmuró Arsène apartando la ropa de la maleta abierta—. Algo que pueda relacionar a Duvel con mi padre, con Brighton, con el español que le encargó el robo.

—¿Una estatuilla de jade, quizá? —aventuré.

—Precisamente.

Rebuscamos en la habitación durante más de un cuarto de hora antes de oír los pasos de Sherlock en el pasillo.

—¡Rápido! —nos advirtió abriendo la puerta—. ¡Viene Duvel!

—¡Vámonos de aquí! —exclamé, pero choqué con Holmes, que estaba parado en el umbral.

—¡No hay tiempo! —dijo—. ¡Ese tipo se aproxima a toda prisa! Si salimos de la habitación, no podremos evitarlo.

Sentí que el pánico se apoderaba de mí.

Sherlock miró la ventana.

—¡Yo por ahí no salgo! —protesté.

—¡Entonces tenemos pocas alternativas! —Lupin apagó la luz y se metió debajo de la cama. Yo lo seguí y Sherlock se metió por el otro lado.

Nos apretamos uno contra otro para ocupar menos espacio y evitar que pudieran vernos. Yo tenía la cabeza contra el pecho de Lupin y su brazo me rodeaba los hombros. Y sentí las articulaciones puntiagudas de Sherlock contra mi espalda.

Creo que ninguna de las mujeres del servicio del Albion había limpiado nunca el suelo bajo aquella cama. Inmensas pelusas se me enredaban en el pelo.

Oí acercarse los pasos de Duvel y luego la llave girando en la cerradura. A la luz que invadió de nuevo la habitación, entreví sus botines, que caminaban nerviosamente de la puerta al armario. La respiración de mis amigos se interrumpió de golpe, y también la mía.

Duvel parecía fuera de sí. Se lió a patadas con la maleta y rebuscó en el armario a la vez que profería violentas imprecaciones en francés.

Buscaba el libro con el dinero dentro. Cuando lo encontró, dejó

de maldecir. Lo tiró al suelo, apagó la luz y salió de la habitación sin cerrar bien la puerta siquiera. Conté hasta diez y luego volví a respirar, y noté que mis amigos hacían lo mismo.

—Movámonos o lo perderemos —susurró entonces Sherlock liberándome el primero del abrazo que nos habíamos visto obligados a darnos allí abajo. Rodó sobre un costado y se levantó, sin preocuparse por el peligro de que Duvel pudiera volver.

La cama bajo la que estábamos era una de esas de estilo francés con colchones de lana y el cabecero ligeramente curvado. Mi madre las llamaba «barcas» porque le recordaban la forma de una embarcación. Bajo esta, todo estaba a oscuras y, como ya he dicho, muy polvoriento.

Fue allí debajo, en aquella absurda situación en que nos habíamos metido, cuando Lupin me besó.

Yo casi ni me di cuenta en el momento.

Estaba apretada contra él, que me abrazaba, y tenía la cara pegada a su camisa, que olía bien, fresca.

En cuanto Sherlock se deslizó afuera, hice ademán de moverme, apartando apenas los brazos. Sentí que la mano de Arsène se apoyaba suavemente en mi cabello y no opuse resistencia. En la oscuridad, mis labios y los suyos se rozaron. Y permanecieron así, unos contra los otros, no sé cuánto tiempo, hasta que Sherlock nos llamó, impaciente, y nos obligó a salir de allí.

Nunca hablamos de ello.

Ni aquella noche, mientras, con la cabeza hecha un lío y aturdida, seguíamos los pasos de nuestro amigo inglés, que a su vez seguía al sospechoso número uno por las calles de Londres, ni después, cuando otros acontecimientos y otros besos mucho más importantes entraron a formar parte de mis recuerdos. Algo sí puedo decir, aunque no sabría cómo explicarlo: ningún otro beso en mi vida fue como aquel.

Y, ciertamente, fue también el acontecimiento que mejor recuerdo de aquella noche, aunque no el más peligroso.

—¡Por aquí, rápido! ¡Vamos a perderlo! —decía de vez en cuando Holmes, que se movía como un felino entre las calles cada vez más oscuras y sórdidas de la ciudad. Las vías iluminadas por las farolas de gas dieron paso muy pronto a callejas húmedas de sombras inseguras, y las nobles viviendas victorianas de reciente

construcción, a ruinas y casuchas de las que salían olores horribles. Los coches de caballos fueron los primeros en desaparecer y las calles empezaron a poblarse de una humanidad abandonada y reptante, una masa de desamparados y mendigos que nos miraba pasar con ojos feroces.

—¡Adelante! —nos exhortaba de todos modos Holmes, a quien aquellos bajos fondos no parecían infundir ninguna sensación de peligro.

Y Arsène, que caminaba detrás de mí, iba callado, encerrado en sus pensamientos, supongo que tan confusos como los míos.

Nos adentramos en el corazón oscuro de la ciudad, en su lado oculto que pocos tenían el valor de ir a conocer: el barrio de St. Giles, una zona al margen de los trayectos de los carruajes y del perímetro luminoso de las farolas.

Allí todo goteaba y exhalaba miasmas, y a cada encuentro y cada mirada volvía a mi cabeza la promesa que le había hecho al señor Nelson de mantenerme alejada del peligro; me preguntaba cuál sería el castigo por haberle mentido tan descaradamente.

En un cruce de callejuelas, Sherlock se paró con los brazos tendidos en la oscuridad, como un espantapájaros.

—Ssh… —profirió, asomándose apenas a la esquina de la pared resquebrajada tras la cual había desaparecido Duvel.

—¿Qué ves? —preguntó Arsène recuperando de golpe la palabra.

—Ha entrado en aquel portal —respondió Sherlock.

Aprovechando la incierta protección de la noche estrellada, los tres sacamos la cabeza para mirar. El portal pertenecía a un edificio en otro tiempo imponente que, de todos modos, debía de llevar años abandonado, a lo mejor después de uno de los grandes incendios que habían arrollado barrios enteros de aquella ciudad. Los restos de ornamentos aún visibles en la fachada me recordaban ciertas esculturas con el rostro roto que había visto en la iglesia de Notre-Dame de París, donde los jacobinos habían destruido a cincel, como afrenta a la Iglesia de Roma, las caras de los santos. Delante de la puerta, una hoguera, encendida en medio de la calle, crepitaba ruidosamente y expandía por el cielo nocturno vaharadas de humo grisáceo.

—¿Quiénes crees que serán esos dos? —preguntó Arsène a

Sherlock señalándole a un par de feos individuos que estaban delante de la hoguera, con los rostros picados iluminados por el rojo maligno del fuego.

—No lo sé —admitió el joven Holmes—. Pero dudo que podamos entrar ahí dentro como si nada.

Me agazapé entre mis amigos, en cuclillas, y dije:

—Entonces, según vosotros, ¿qué ha venido a hacer aquí Duvel?

—Algo que no puede hacer en los demás barrios —murmuró Sherlock—. Y solo me vienen a la cabeza tres cosas.

Nos las expuso con calma y con todo el desapego posible, y cada una de aquellas tres posibilidades me gustó menos que la anterior; tanto me desagradaron que, mientras Sherlock hablaba, me pregunté por qué motivo ciertos hombres decidían sumergirse en semejante abyección. Y quizá entonces, por primera vez, pensé que, entre todas las ciencias de las que se hablaba en aquellos años, faltaba una fundamental: una que estudiase los impulsos de la mente humana y averiguara sus causas. Y que quizá llegara a comprender, si no a explicar, las distintas formas de su locura.

—Esperadme aquí —nos dijo en ese momento Lupin. Se incorporó y, casi sin pensar, se acercó al portal vigilado por aquellos mal encarados.

—Se ha vuelto loco —murmuré al verlo caminar hacia ellos con las manos en los bolsillos, como si fuera a comprar las entradas de una obra de teatro.

—Puede que solo haya tenido una idea —me sugirió Sherlock Holmes, agachado igual que yo.

Asistimos a la escena de lejos y más tarde la reconstruimos, cuando volvió Lupin. Arsène se presentó a los guardianes de aquel lugar fingiendo que tenía que entregar tabaco dentro. Cuando le pidieron verlo, les mostró la tabaquera que había robado en la habitación de Duvel (sí, la había robado ante mis ojos y yo ni siquiera me había percatado).

Los dos inspiraron un poco de rapé y luego le permitieron entrar en el portal. Para Sherlock y yo, que nos quedamos esperando fuera, pasaron momentos interminables en que nos preguntamos si era mejor intervenir o no y, si era conveniente, cómo hacerlo.

—¿Llamamos a Scotland Yard? —pregunté cuando me pareció evidente que Arsène no saldría de allí dentro.

—¿Y qué piensas que harán? —se burló Sherlock—. ¿De verdad crees que Scotland Yard no conoce la existencia de este sitio?

Y luego, cuando yo me temía ya lo peor, Arsène salió; con aire orgulloso y las manos metidas en los bolsillos, saludó a los dos osos guardianes que estaban junto al fuego y vino silbando hacia nosotros.

—¿Y? —le preguntamos saltándole casi encima por la tensión.

—Es solo un garito —dijo él encogiéndose de hombros.

Pese a la oscuridad de la noche, volví a ver en sus ojos aquel destello de altivez y osadía que tanto me había impresionado durante el verano. Y no supe bien si tenía más ganas de darle una bofetada o de que él me diera un segundo beso.

—¿Y qué hace ahí Duvel?

—Diría que es jugador. Estaba sentado mirando una bolita que giraba en una rueda y apostaba dinero.

—La ruleta —dijo Sherlock Holmes con una risa sarcástica.

—Ni rastro del español y nada de interés, me temo —murmuró Lupin desilusionado, parándose en el siguiente cruce de calles—. Ninguna maldita relación con nuestra investigación.

Capítulo 12

NOTICIAS DE LA CALLE

—No puede ser él —dijo Arsène Lupin al día siguiente al entrar en la Shackleton Coffee House, donde Sherlock y yo acabábamos de pedir dos tazas de cacao con leche, como de costumbre.

Lupin se había cambiado de ropa y ahora vestía un traje de pantalón, chaqueta y corbata oscuros; estaba muy elegante. Los zapatos, abrillantados, le hacían parecer un adulto y no el chiquillo que era. Se había peinado el pelo hacia atrás y sus ojos oscuros brillaban.

Dos mujeres jóvenes se volvieron para mirarlo mientras venía a nuestra mesa y se sentaba.

—Has ido a hablar con el abogado Nisbett —dedujo Sherlock, a cuya delgadez le costaba llenar su gastada ropa, que le colgaba como si le fuera dos tallas grande.

—Exacto —confirmó Lupin.

Me miró y la suya no fue una mirada elusiva, sino la vieja mirada cómplice de cuando nos habíamos conocido. Como si nuestro beso de debajo de la cama de la habitación de Duvel no hubiese existido. Lo cual coincidía, por suerte, con la conducta que había decidido adoptar yo.

—¿Qué novedades hay, Arsène? —le pregunté, mientras llegaba su taza de cacao.

Me sentí asaltada por una onda de energía y por las ganas de hablar que hasta aquel momento había refrenado, atemorizada por la idea de que entre nosotros, y me refiero a nosotros tres, pudieran nacer esas tensiones y esos roces que minan hasta las amistades más sólidas.

—Por lo que parece, mi padre se encuentra en un estado de total confusión, sigue dando versiones dispares de cómo ocurrieron las cosas. Todavía no me han dado permiso para verlo, pero lo conseguiré muy pronto.

—¿Y por qué crees que no pudo ser Duvel?

—Porque, según parece, el español de Brighton era un hombre más bien alto…

—Y Duvel es bajito y esmirriado —observé.

—Exacto.

—Y en cuanto a la cita para la entrega de la estatuilla tras el golpe, habían acordado encontrarse en Londres, en un *pub* de Baker Street.

—¿Qué hay en Baker Street? —pregunté a Sherlock.

Él meneó la cabeza.

—Nada, que yo sepa —contestó—. Pero vayamos ahora mismo a comprobarlo. No está demasiado lejos de aquí.

Nos bebimos despacio nuestros cacaos y poco a poco recobramos algo de serenidad. Bromeé con Lupin por la manchita oscura que se le había quedado en la punta de la nariz y recapitulé con Sherlock los movimientos del día. Expliqué cuál era mi acuerdo con el señor Nelson y pensé un buen rato en si ponerlos al corriente o no de su ofrecimiento de colaboración.

De repente, vi que Sherlock se ponía rígido; alargó el cuello, enderezó la espalda y asumió aquella característica expresión suya de halcón listo para lanzarse en picado sobre un detalle del que solo él se había percatado.

—¡Escuchad! —nos dijo.

Traté de abstraerme del bullicio del local y del tintineo de las cucharillas en las tazas de porcelana, y llegué a escuchar los ruidos de la calle: las ruedas de los carruajes sobre el adoquinado irregular, las pezuñas de los caballos, las bocinas de latón para pedir paso en los cruces y…

Y un vendedor de Fleet Street, la calle de los periódicos.

—¡Edición extraordinaria! ¡Desaparece cantante famosa! ¡Todos los detalles por quince peniques! ¡Todos los detalles!

Lo localicé sin esfuerzo siguiendo su voz: un chiquillo andrajoso parado en la esquina de la acera que agitaba en el aire unas páginas recién impresas como si fuesen una bandera.

—¡Edición extraordinaria! ¡Ophelia Merridew no se presenta en el palacio de Buckingham! ¡La cantante, desaparecida! ¡Un nuevo misterio revoluciona el mundo de la ópera! ¡Todos los detalles por quince peniques! ¡Todos los detalles!

Arsène golpeó violentamente la mesa con el puño.

—¡Espero que no piensen que mi padre es también culpable de esto!

Sherlock y yo nos miramos.

—¿Estáis pensando lo mismo que yo? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Que no tenemos quince peniques? —me preguntó Sherlock.

El artículo sobre la desaparición de Ophelia Merridew estaba compuesto, más que nada, por la noticia misma. Los detalles eran casi inexistentes: a la cantante se la esperaba en el palacio de Buckingham para el té el día anterior por la tarde, pero no se había presentado en la corte. Y tampoco estaba en su habitación del hotel Albion.

—Se fue mientras nosotros estábamos allí… —murmuré.

—¿Se fue? —me interrogó Arsène—. ¿Cómo estás segura de que se fue, de que no la…?

—¿Mataron? —murmuré.

Busqué el apoyo de Sherlock, pero él se había encerrado en sus pensamientos como dentro de una caja fuerte. Seguía girando la cucharilla dentro de la taza del chocolate, ausente.

—¿Os acordáis del aspecto de Duvel ayer por la noche? —insistí —. Parecía fuera de sí.

—Pero, por lo que sabemos, Duvel no tenía nada que ver con Ophelia… —replicó Lupin—. Era Santi quien se veía con ella, o el que, de los dos ayudantes de Barzini al menos, era el que estaba más… —Arsène vaciló y al fin dijo—: enamorado de ella.

Quizá solo yo percibiera la vacilación con que pronunció aquellas últimas palabras o quizá, como era más probable, quise oírlas así e imaginar entre nosotros algo que, en cambio, no había.

Era inevitable que tratara de imaginar los sentimientos de Lupin, porque entonces, y también después, no siempre me sería fácil conocer los verdaderos, unas veces tan intensos que podían leerse en su rostro y otras tan remotos e insondables que parecían inexistentes.

Creo que fue precisamente por esta complejidad por lo que, años después, las mujeres de media Europa empezaron a sentir por él una inconfesable atracción, hasta llegar a ponerle el fascinante sobrenombre de «ladrón caballeroso».

Intenté socorrerlo.

—La situación es esta: en mi opinión hay, fundamentalmente, tres personas implicadas: Ophelia y los dos secretarios. Y tal vez descubriendo lo que había entre ellos tres podamos llegar hasta el misterioso español.

—¿Y qué papel tenía el maestro Barzini? —me preguntó Lupin —. Después de todo, los tres trabajaban para él.

Meneé la cabeza.

—Barzini es un hombre de fama bien ganada. No tenía tanta necesidad de los otros tres como ellos la tenían de él.

—¿Ni siquiera de Ophelia? —rebatió Lupin—. Ella es más famosa que Barzini. Mira los titulares del periódico, el pobrecillo de Santi ha sido olvidado enseguida, mientras que ella…

Tuve que darle la razón. Que una mujer famosa no se hubiera presentado a un té en la corte parecía considerarse mucho más interesante que la muerte de un oscuro ayudante del maestro Barzini.

—¿Sherlock? —pregunté entonces—. ¿Sigues entre nosotros?

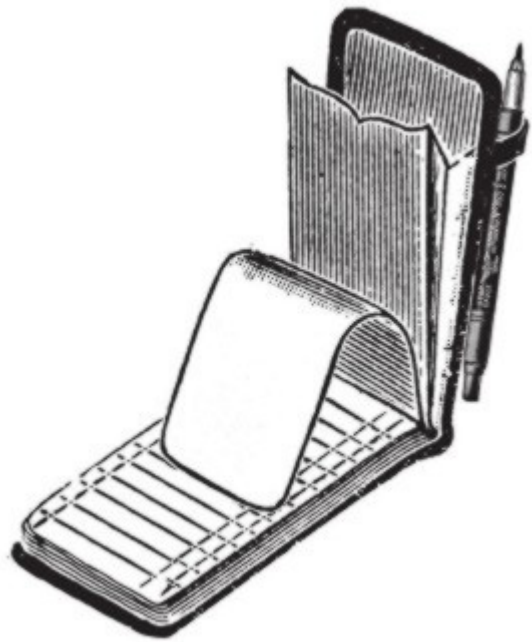
Nuestro amigo nos miró con aire distante, luego se rehízo y exclamó:

—¡Seguidme!

Y salió de la Shackleton Coffee House sin más explicaciones.

Capítulo 13

EL PRÍNCIPE DEL ENIGMA



—¿Se puede saber qué le ha entrado? —pregunté a Lupin mientras caminábamos detrás de Sherlock Holmes por las calles de Londres.

—Que me aspen si lo sé —respondió él—. Pero, con estos malditos zapatos nuevos, no es fácil seguir su paso.

El misterio sobre la última intuición de Sherlock Holmes nos fue revelado pronto, al menos en parte. Llegamos a Fleet Street, la calle de los periódicos y de todo el papel impreso de Londres, y nos dirigimos a un palacete de ladrillo que tenía una bonita entrada adornada con dos columnitas griegas. La placa que había junto a la puerta lo identificaba como la redacción del *Globe*, uno de los semanarios más leídos de la ciudad, el mismo para el que trabajaba aquel reportero con el que nos habíamos tropezado en la sala de

espera del hotel Old Bell mientras aguardábamos la vuelta de Lupin.

Sherlock fue hacia la primera persona que le pasó por delante y preguntó sin preámbulos:

—¿Está el director? Necesito hablar con él.

El periodista lo miró con la misma expresión con que, en el mercado, se mira un pescado para valorar su frescura y siguió andando entre risotadas.

—Pues claro, chaval, cómo no. Al fondo a la derecha está también el despacho de la reina Victoria.

Pero Sherlock no pareció captar la ironía de aquella indicación y se encaminó por un estrecho pasillo, dirigiéndose al fondo a la derecha.

Yo nunca había estado en la redacción de un periódico. La del *Globe* estaba compuesta por una serie de cuartitos con la puerta abierta de los que salía un barullo continuo de teclas y voces, escaleras que llevaban a los pisos superiores y personas atareadas en apilar enormes pliegos de papel manchados de plomo.

Creyendo que nadie se fijaba en nosotros, seguimos a Sherlock y recorrimos el pasillo hasta que nos lo interceptaron.

—¡Eh, vosotros! —nos llamó la atención una voz—. ¿Adónde vais?

Un gigante con camisa y pantalones negros apareció delante de mi amigo. Tenía las manos sucias de tinta.

—A ver al director —respondió Sherlock con mucha calma.

—¿Qué es esto, una broma? —se rió el energúmeno—. ¿Y para qué se supone que tenéis que ver al director?

—Tenemos que hablarle —repuso mi amigo en plural, dando muestras por fin de saber que Arsène y yo estábamos con él.

—¿Y crees que él quiere hablar con vosotros? —siguió diciendo el otro con su tono burlón—. ¡Eh, Enoch! —exclamó, llamando a un colega que estaba al otro lado del pasillo—. ¿Has oído esto? ¡Hay tres muchachitos que quieren hablar con el director!

Enoch respondió antes de salir de su pequeño despacho.

—¡Esta sí que es buena! Metámosla enseguida en la página de humor. —Entonces apareció en la puerta—. ¡Yo llevo intentándolo tres meses!

Nos miró y yo también lo miré a él. Se trataba del tipo con las mejillas picadas que habíamos visto en el hotel.

—Pero yo os conozco… —murmuró al vernos.

—¿Quiénes son estos tres mocosos, Enoch? —preguntó el gigante de la camisa negra.

El instinto de periodista del otro pareció traicionarlo un instante y Sherlock lo aprovechó.

—Déjenme hablar con el director —insistió.

—Tienes delante al subdirector —dijo Enoch señalando al otro.

—Subdirector que empieza a hartarse de todo esto. ¿Se puede saber por qué me estáis haciendo perder el tiempo vosotros cuatro? —nos dijo el hombre, contando también a Enoch.

—No debería tratarse así al Príncipe del Enigma —dijo entonces Sherlock, dejándome pasmada, como poco.

Los dos periodistas intercambiaron una mirada. Luego, el subdirector del *Globe* soltó la enésima risotada.

—No me digas que habéis venido aquí porque no habéis podido resolver el enigma de esta semana…

En este punto, creo que es mejor explicar lo que yo misma no comprendí hasta después de algunas aclaraciones, es decir, que el Príncipe del Enigma era una sección de felices adivinanzas del *Globe* que aparecía cada martes en la última página de la edición vespertina, y que era siempre una de las más leídas.

—El Príncipe del Enigma soy yo —dijo entonces Sherlock Holmes.

La sonrisa del subdirector murió en sus labios.

—¡Bah! —exclamó Enoch, en cambio—. ¿De verdad piensas que vamos a creerte, chaval?

—Las adivinanzas les llegan a la redacción en un sobre sin remite cada lunes por la noche —dijo Sherlock—. Y las que les llegaron ayer, y que todavía no han publicado, empiezan así…

Ante los ojos cada vez más desconcertados de los dos hombres, Sherlock Holmes desgranó con pelos y señales una adivinanza sobre cuatro hombres vestidos de negro que corrían bajo la lluvia, y terminó diciendo:

—Y la solución a la adivinanza es que están todos en un funeral.

Siguió un largo momento de silencio en el que Holmes, en el centro, era el único a sus anchas, mientras que Arsène y yo, detrás de él, y los dos periodistas, delante, nos preguntábamos por qué motivo estábamos allí.

—Caray, chico —murmuró Enoch rascándose la cabeza—. Nos la has jugado, pero bien.

—¿Por qué quieres hablar con el director? —le preguntó el subdirector.

—Necesito charlar un rato con su mejor reportero —respondió Sherlock. Luego miró en torno de él, en medio del vocerío confuso que reinaba en la redacción—. Pero no aquí.

El subdirector alzó los ojos hacia Enoch.

—¿El mejor de nuestros reporteros? De acuerdo… —murmuró —. Cojo mi chaqueta y os sigo.

Nos refugiamos en un oscuro *pub* donde, evidentemente, los dos eran habituales y nadie nos hizo preguntas. Nos presentamos muy rápidamente y con cierta frialdad: era evidente que los dos no tenían costumbre de hablar de tú a tú a quienes juzgaban poco más que chiquillos, y el hecho de que yo fuera una chica no hacía sino empeorar las cosas.

Pero, tras algunos tragos de cerveza, su desconfianza pareció desvanecerse, y la agudeza de Sherlock, la elegancia de Lupin y mis rizos pelirrojos hicieron el resto.

El tema que le interesaba a Sherlock era Ophelia Merridew.

—Estoy seguro de que han puesto a rastrear a sus chicos para averiguar todo sobre ella —empezó a decir—. Y nosotros no tenemos intención de esperar el próximo número del *Globe* para leer lo que han descubierto.

El subdirector se curvó sobre su pinta.

—¿Y por qué queréis saberlo?

—Eso no tiene que ver con nuestra charla —puntualizó Sherlock.

—¡Pero mira cómo habla! —estalló el hombre colocándose el nudo de la corbata.

—Es el Príncipe del Enigma… —le recordó Enoch, limpiándose la espuma del bigote con el dorso de la mano.

—Enseñemos las cartas, muchacho —decidió entonces el subdirector—. Yo no te pregunto por qué quieres saber de Ophelia y a lo mejor te cuento lo que sabemos nosotros. Y tú, en cambio, ¿qué harás por mí?

—Por ejemplo, seguiré haciendo lo que hago cada semana para su periódico —respondió Sherlock tamborileando sobre la mesa—.

Hay mucha competencia aquí en Fleet Street.

—¿Me estás amenazando? ¿Con tu estúpida sección de adivinanzas?

Sherlock le sostuvo la mirada, tranquilo.

—A cambio… —intervino entonces Lupin, que hasta aquel momento no había abierto la boca—, les haremos saber, en exclusiva, el nombre del asesino de Alfredo Santi.

—Pero si ya lo sabemos —respondió Enoch—. Es un ladrón, un canalla que trabaja en el circo.

En ese punto, me lancé sobre Lupin, intuyendo que reaccionaría, y logré impedir que le saltara encima al reportero. Me costó no poco hacer que se sentara de nuevo.

—¡Eh! —exclamó el otro, cada vez más asombrado—. Pero ¿qué es lo que he dicho?

—¡Cuidado con lo que dices! ¡Mucho cuidado! —le recomendó Lupin con los ojos furibundos.

—¿Qué os pasa, es que estáis locos los tres? —nos preguntó el subdirector del *Globe*.

Sherlock hizo caso omiso y retomó sus palabras en el punto donde lo habían interrumpido.

—Mi amigo dice la verdad. Tenemos buena información sobre el caso Santi que nos hace pensar que las cosas sucedieron de una manera muy distinta respecto a lo que se ha publicado.

—Eso es normal —repuso Enoch—. Pero el hecho es que el… equilibrista está en la cárcel a la espera de que lo ahorquen.

—No lo ahorcarán —replicó Lupin, sombrío.

Enoch asintió gravemente y luego se dirigió a Arsène:

—Lo conoces bien, ¿eh? —intuyó, relacionándolo por fin con el hijo del asesino de Santi, al que no había conseguido entrevistar en el hotel Old Bell—. Siento lo que he dicho.

—No le guardo rencor —dijo Lupin.

—Entonces, no se hable más —dijo el subdirector—. Nuestra información a cambio de la vuestra.

Sherlock Holmes le tendió la mano a través de la mesa.

—Y otro año de Príncipe de los Enigmas —añadió el subdirector antes de estrechársela.

—Trato hecho.

Luego nos pegamos a la mesa los tres para escuchar la

información que el mejor reportero del *Globe* había recabado sobre Ophelia Merridew.

—En realidad —empezó Enoch—, lo que sé no es demasiado. Pero mis chicos están en la calle en busca de más y para verificar lo que voy a contaros. La noticia más importante, que creo ya conocéis, es que Ophelia Merridew es un nombre artístico, un pseudónimo.

Yo no lo sabía, pero no lo interrumpí.

—Su verdadero nombre es Olivia, Olivia no sé qué, y nació en Londres. Sus orígenes son muy humildes, según parece, y por eso la cantante, cuando se hizo rica y famosa, quiso correr una cortina de silencio sobre su pasado, haciendo que su familia se trasladase a una perdida finca del Mediodía francés, un lugar decididamente fuera del alcance de un pobre reportero de Fleet Street…

—Así es —concordó el subdirector—. Olvídate de ir allí.

—Todo lo que queda de su pasado aquí en Londres es muy poco: una vieja tía despistada que vive a saber dónde en la ciudad y que parece que Ophelia iba a ver cada vez que pasaba por estos lares en sus giras, y una amiga de juventud… —Aquí, Enoch hizo una larga pausa, extrayendo del bolsillo interior de la chaqueta una libreta de notas grasienta y descuajeringada—. Se llama Hortence, es una magnífica modista de la que, por lo demás, no sabemos gran cosa. He mandado a dos chicos a la calle para que la encuentren, pero hasta ahora… Esto es lo que tenemos en nuestras manos —concluyó cerrando la libreta.

—No es mucho —convino Sherlock, que me pareció un poco decepcionado.

—Se hablará de Merridew durante una semana, no más. Siempre que no aparezca en algún sitio —predijo Enoch—. En Londres, afortunadamente, hay siempre algo nuevo y sabroso a lo que clavarle el diente.

—Ya —observé, pensativa.

Nos pusimos de acuerdo en cómo completar el intercambio de información cuando nosotros descubriéramos algo más y nos despedimos de los periodistas.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Enoch a Sherlock instantes antes de abandonar el pub—. Tus adivinanzas hacen vender más ejemplares que mis artículos. —Hizo ademán de revolverle el pelo,

como si tuviese delante a un mocoso de la calle, pero, en el último momento, en cambio, le tendió la mano, como se hace entre caballeros—. Y ahora resulta que eres un… ¡chiquillo! Pero ¿en qué mundo vivimos?

Capítulo 14

EL SUTIL HILO DEL PASADO

La tarde fue bastante movida.

Antes de que yo volviera al Claridge's, donde me esperaba el señor Nelson y donde yo confiaba en tener novedades de mis padres, pasamos por Baker Street; allí, según el plan, el padre de Lupin tendría que haberse encontrado con el perverso español.

Era una calle pequeña y bonita, de casas bajas y luminosas, pero no había nada que despertara realmente nuestro interés.

Acordamos nuestro plan de acción ante el portal de la casa del número 221B. Teníamos claro que debía de haber una relación entre la desaparición de Ophelia y la trampa en que había caído Théophraste Lupin, pero las hipótesis eran muchas aún. Sherlock apuntaba a los celos entre la cantante y Santi. Puede que el ayudante hubiese decidido dejarla y ella, loca de celos, se hubiese vengado encargando al español su asesinato. Aceptando esta hipótesis, tendríamos que rastrear los ambientes de la criminalidad

urbana, que habíamos entrevisto en nuestra visita nocturna al garito de juego.

Yo hice notar que, si dábamos crédito a la camarera, Santi se ponía contento al ver a Ophelia, así que era improbable que la hubiese dejado, y Arsène me rebatió diciendo que quizá estuviera fingiendo.

—¡Pero hay cosas que no se pueden fingir! —protesté, haciendo que se callara de golpe.

Decidimos, pues, retomar la investigación en el punto en que aquel reportero de tres al cuarto se había detenido.

—Hortence es un nombre muy poco común en Londres —observó Sherlock—. Y los talleres de sastrería se concentran, prácticamente todos, en una calle llamada Savile Row. Con un poco de suerte, podríamos encontrarla y averiguar algo más.

—¡Bien! —exclamó Lupin, esperanzado—. Vayamos ahora mismo, entonces. Si de verdad es su única amiga aquí en Londres, ¡quizá Ophelia se haya puesto en contacto con ella!

Sherlock me pidió que sacara la guía de Londres, consultó el mapa de los barrios y dividió en dos partes la calle que había que explorar.

—¿Y tú? —le preguntó Lupin.

—Yo… hoy no puedo —respondió un tanto cortado.

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Mi madre… me necesita para una… entrevista. Tenemos que elegir mi colegio para este año.

Sabía que a Sherlock no le gustaba hablar de su familia, de su hermano Mycroft y la pequeña Violet.

—¿Elegir colegio? —preguntó, en cambio, Lupin—. ¿Mi padre está en peligro de ser ahorcado y tú tienes que elegir colegio?

—Lo siento —susurró Sherlock.

—Yo tendré que pedirle al señor Nelson que me acompañe o me veré en problemas —intervine en su ayuda.

Arsène nos miró y vi desilusión en sus ojos por los impedimentos que aún suponían para nosotros las obligaciones familiares, pero también una pizca de envidia por el hecho de que, a diferencia de él, teníamos a alguien que se preocupaba por nuestro bienestar. Los tres estábamos en esa edad limítrofe entre el ser mayores y el no serlo todavía.

—Haced lo que queráis —bufó él abotonándose su bonita chaqueta. Y se alejó a paso rápido, sin despedirse.

—¿Se habrá enfadado? —le pregunté a Sherlock.

Él se había vuelto y me daba la espalda. Miraba con interés la casa del número 221B.

—Me gusta este sitio —murmuró.

El señor Nelson, con dos bolsas de ropa en cada mano, resoplaba y protestaba.

—Pero ¿es que tenemos que entrar en todas las tiendas? —suspiró cuando me detuve frente a la siguiente sastrería de Savile Row, en la parte de la calle que me había tocado.

—Si no me equivoco, fue usted mismo, señor Nelson, el que pidió ocuparse de mí, ¿no es cierto? Bueno, pues las señoritas respetables hacen esto, ir de compras —le dije sonriendo.

Él fingió creerme y me acompañó al siguiente taller de costura.

—¿Y las señoritas respetables preguntan a todas las dueñas si conocen a una tal Hortence? —me preguntó con sorna.

—Eso es lo que hacen cuando tienen que encontrar a cierta persona.

—¿Y una vez la han encontrado?

—¿Sabe una cosa, señor Nelson? Realmente hace muchas preguntas.

Pero el señor Nelson resultó ser una suerte para nosotros, porque, al final del día, cuando yo ya estaba a punto de perder toda esperanza, fue él quien encontró a Hortence. En el último de los talleres de costura en que entramos, mientras yo insistí en preguntar al dueño de la tienda, él, con sabiduría más popular, preguntó por Hortence a las dependientas. Y consiguió sacarles una dirección.

—Supongo que tendrá que ir inmediatamente… —me dijo sonriendo el señor Nelson cuando estuvimos de nuevo en la calle. Parecía un inmenso árbol oscuro adornado de paquetes y paquetitos.

—Sería muy amable de su parte darme permiso.

—Solo si voy con usted, señorita Irene.

Lo miré de refilón. Él levanto las bolsas.

—Ahora yo también siento curiosidad.

Llamamos a un domicilio particular dos calles transversales más allá

de Savile Row, y vino a abrirnos una niña de pocos años.

—Hola, pequeña —la saludé—. ¿Está tu mamá en casa?

La niña se volvió para llamar a su madre y, poco después, en la puerta apareció una mujer de mediana edad, de hermoso rostro redondeado, grandes ojos azules, boca pequeña y cabello castaño recogido en una coleta.

—¿Es usted Hortence? —le pregunté con la mayor gentileza posible.

La mujer me miró primero a mí y luego al señor Nelson, que le sonrió.

—Diga que sí, se lo ruego. Llevamos todo el día buscándola.

—¿Me buscan a mí? —preguntó la modista—. ¿Y por qué?

—Estamos buscando a Ophelia —contesté en voz baja, y vi que Hortence hacía intención de cerrar la puerta. Añadí entonces—: No tema, por favor. No soy una entrometida ni una periodista. Solo soy una admiradora suya muy preocupada. Sé que ustedes eran amigas, por eso me he dicho que quizá hubiese sabido de ella estos días. Con un sí me bastará para saber que está bien, y no la molestaré más.

Evidentemente, aquel discursito que me había preparado repitiéndomelo en la cabeza todo el día surtió el efecto deseado, porque la modista se tranquilizó, se hizo a un lado en la puerta y nos invitó a entrar y a tomar una taza de té.

—En realidad, es casi la hora de cenar, pero…

—Un té será perfecto —le dije.

—Olivia y yo nacimos el mismo mes… —empezó a contarnos— y compartimos la misma vida difícil.

Habían crecido en el paupérrimo barrio de Bethnal Green, donde, por suerte para Olivia, el buen vicario de la parroquia de St. Mary había creado un coro de chicas para cantar en la iglesia.

—Hizo falta muy poco para que todas nosotras nos diéramos cuenta del talento de Olivia —sonrió la modista—. Así que, un día, el vicario se la presentó a un caballero que conocía y que se quedó maravillado.

—¿Se acuerda del nombre de aquel caballero? —la interrumpí.

—No, por desgracia —reconoció la mujer—. Pero sé que era muy rico e influyente y que, sobre todo, fue él quien presentó a Olivia y a Giuseppe Barzini.

«Lo tenemos», pensé, imaginando que el misterioso benefactor, un caballero y también un hombre muy rico, a lo mejor tenía acento español.

—Siga, por favor…

—Fueron a cenar a uno de esos restaurantes del centro donde para las chicas como nosotras es un sueño tomar incluso una taza de té una vez en la vida. Olivia estaba muy emocionada, hasta aterrorizada, diría, y tuve que ayudarla a coserse el vestido que había elegido, un vestido sencillísimo, digno y muy elegante. La cena superó nuestras mayores expectativas: el maestro Barzini la oyó cantar y decidió en el acto llevársela a Milán, en Italia, para que estudiara, convencido de que se convertiría en una estrella de la ópera. Olivia volvió a casa para recoger sus pocas cosas, para que sus padres firmaran un documento por el cual, a cambio de una renta mensual, le permitían dejar Londres y para despedirse de sus pocas amigas. Recuerdo que insistió en darme el vestido que se había puesto para aquella cena, creía que también a mí me daría suerte, pero yo me negué. Yo era mucho mejor con el hilo y la aguja que cantando.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Que leímos su nombre en los diarios… —dijo la modista con una sonrisa—. Y que a los pocos años su familia se trasladó a Francia, lejos de las miserias en que había crecido. ¿Cómo reprochárselo?

—¿Y Ophelia nunca le pidió a usted que se fuera también? —pregunté.

Noté que el señor Nelson se ponía rígido, igual que Hortence, y comprendí que había tocado, sin querer, un tema delicado.

—Quizá para usted no sea fácil de entender, señorita. Por sus modales y por quien la acompaña, veo cuál es su clase social…

El señor Nelson asintió.

—Pero, mire, quienes menos poseen le tienen mucho apego a su dignidad, con mayor razón.

Me mordí los labios.

—Perdóneme. No quería ofenderla.

—Pues lo ha hecho. Sin querer, naturalmente, pero lo ha hecho. Igual que lo hace mi amiga Olivia cada vez que me ofrece dinero para ayudarme. Yo nunca he tenido envidia de su talento ni de su

éxito. Siempre la he querido, de corazón. Y habría esperado, por ello, el mismo trato por su parte, o que ella no sintiera pena y compasión por cómo vivo.

Bajé los ojos. La pequeña casa que me rodeaba reflejaba lo que Hortence estaba intentando explicarme. Estaba un tanto aislada y era minúscula, pero digna y limpia.

Comprendí que nuestra conversación había llegado a su fin. Así que me levanté, suspirando, e hice mi última pregunta:

—Que usted sepa, ¿los familiares de Olivia se marcharon todos a Francia?

—Los acompaño… —respondió evasivamente Hortence.

—He oído que una tía se quedó en la ciudad.

Hortence asintió.

—Su querida tía Betty.

«Betty», pensé con contrariedad. Aquel sí era un nombre verdaderamente común.

Hortence nos despidió, pero siguió en la puerta cuando el señor Nelson y yo empezamos a alejarnos.

—Era una solterona un poco chiflada, que no quería ni oír hablar de viajar… —dijo, haciendo que me parara—. Pero, de toda su familia, era la única que de verdad quería a Olivia. La quería porque era su sobrina y no porque esperase que se convirtiera en la mejor cantante lírica del mundo. —Hortence cerró lentamente la puerta—. Hace mucho que no voy a Bethnal Green, señorita, pero creo que ella sigue allí.

Capítulo 15

EN LA NIEBLA

Bethnal Green no formaba parte de los barrios de la ciudad que venían en mi guía turística, y a la mañana siguiente, cuando hablé con Sherlock, él me explicó la razón. Lupin, por su parte, no se presentó a nuestra cita habitual y temí que se hubiese enfadado por la manera, un tanto tormentosa, en que nos habíamos dejado el día anterior. Sherlock parecía pensativo y se empeñó en no contarme nada de sus peregrinaciones por los establecimientos escolares de Londres. Después de esperar casi media hora, decidimos seguir la pista de los parientes de Ophelia, incluso sin Lupin.

Sherlock tuvo que discutir un buen rato con el cochero y pagar la carrera por adelantado para convencerlo de que nos llevara a Bethnal Green. Cuando me acomodé en el coche, le pregunté a Sherlock:

—¿Seguro que es tan terrible?

—No en el sentido que te imaginas —me contestó él.

Nos sumergimos en la niebla londinense, tan densa que parecía amortiguar hasta el ruido de las pezuñas del caballo sobre el empedrado. La luz del sol, ya pálida e insegura, dio paso a un gris uniforme y compacto.

Vi cómo las casas se iban haciendo cada vez más pequeñas y feas, y luego ya no vi nada, solo sombras pálidas que la humedad grisácea que lo empapaba todo se tragaba.

El carruaje nos dejó en un cruce de calles en el que Sherlock eligió una dirección a voleo.

—Bienvenida a Bethnal Green —me dijo sarcásticamente, caminando con las manos metidas en los bolsillos en medio de aquella desolación.

La única pista de que disponíamos era un nombre, el de tía Betty. Miré alrededor y pensé que se trataba de una empresa desesperada. Los pocos transeúntes del barrio pasaban a nuestro lado como fantasmas.

—Probemos aquí —sugirió Sherlock cogiéndome de la mano. Entramos en una taberna que apestaba a coles rancias y tabaco, iluminada por una selva de velas pese a que estábamos en pleno día. Era poco más que un cuarto grande con el suelo cubierto de serrín, y los cuatro parroquianos sentados a las mesas parecían buitres posados sobre ramas.

Sherlock intentó ignorarlos y se apoyó en la barra, junto a un montón de jarras y vasos mugrientos.

—Estoy buscando a una mujer —le dijo al tabernero, que era un hombretón fláccido con una venda que le tapaba un ojo—. Una tal Betty, una anciana que tiene una sobrina llamada Olivia.

El tabernero siguió frotando una jarra vacía con un trapo grasiento y repitió la pregunta a sus clientes, que nos lanzaron un par de miradas famélicas.

Me estremecí y me pegué a Sherlock en busca de un poco de protección.

—¿Has dicho Betty? —masculló un hombre de barba amarillenta, con un aspecto auténticamente patibulario—. ¿Betty? ¿No será la vieja Betty que vive aquí detrás?

Dio un codazo a un segundo hombre, que añadió:

—¡Aquella que tenía una niña, sí! Que luego se marchó, eso sí…

Sentí que el corazón me brincaba en el pecho. ¿Era posible que hubiésemos tenido aquel golpe de suerte?

Sherlock se movió por la barra y a punto estuvo de tirar los vasos. Le pidió disculpas al tabernero mientras míster Patibulario se levantaba pesadamente de su silla.

—Venid conmigo… —dijo pasando a mi lado. Hedía de una manera indescriptible—. Os enseño dónde vive. Si es que es ella la Betty que andáis buscando…

Yo me volví para darle las gracias al tabernero y al otro cliente por la ayuda que nos habían prestado, pero Sherlock me lo impidió. Me arrastró malamente por un codo y me obligó a salir con él.

Nos encontramos de nuevo en la niebla, que nos envolvió con su frío abrazo. Nuestro guía farfulló un par de frases incomprensibles y nos precedió por un callejón que parecía el canal de una alcantarilla, entre dos edificios decrépitos.

—Por aquí, venid… por aquí.

Noté algo blando bajo los zapatos, pero me forcé a proseguir sin mirar sobre qué caminábamos. Acabábamos de embocar el callejón cuando, a nuestra espalda, oímos chirriar y abrirse de nuevo la puerta de la taberna, y entonces Sherlock se paró.

—¡Huyamos!

Nuestro acompañante se volvió hacia nosotros desenvainando una navaja de hoja oxidada, pero no le dio tiempo a amenazarnos con ella: Sherlock sacó de debajo de su chaqueta una sucia jarra de cerveza que había cogido del mostrador de la taberna, se la tiró y lo alcanzó en plena cara.

El hombre gritó y su cómplice se apresuró a correr hacia nosotros desde la taberna.

—¡Vamos, vamos, rápido! —me instó Sherlock cogiéndome de la mano.

Corrimos y nos desvanecimos en la niebla torciendo de modo fortuito por pasajes y callejas enfangadas. Intuitivamente, tratábamos de salir de aquel barrio infernal, eligiendo las calles que nos parecían más anchas y con edificios un poco menos ruinosos.

No aminoramos la carrera hasta que estuvimos totalmente seguros de que nadie nos perseguía, y entonces nos apoyamos contra la pared desconchada de una casa mirándonos a los ojos.

—Hemos sido un par estúpidos —dijo Sherlock.

—Sí. Un par de presuntuosos.

Él se me acercó y me apartó el pelo de la cara.

—¿Estás bien?

Bajé los ojos.

—Todo va bien, no te preocupes.

—Estupendo —murmuró él esbozando una sonrisa que, de todos modos, resultó forzada. Suspiró largamente mientras trataba de averiguar en qué parte del barrio habíamos acabado.

»¿Oyes tú también ese tintineo? —me preguntó.

Presté atención. Era como un ruido de monedas cayendo sobre otras monedas. Lo seguimos en la niebla, como se hace con las campanillas de navegación, y así llegamos hasta una vieja mendiga arrebujada en sus ropas andrajosas en una esquina de la calle. Hacía pasar sus pocas monedas entre los dedos y luego las dejaba caer en un cuenco de estaño que tenía en el suelo.

Cuando nos vio llegar, levantó su enloquecida mirada hacia nosotros, nos sonrió y empezó a divagar.

—¡Allí está el diablo! —lloriqueó abriendo una horrenda boca desdentada—. ¡El diablo!

Nos señaló una ventana iluminada al otro lado de la calle cuya luz blanquecina y trémula me pareció espantosa.

Luego, la mano de la vieja salió disparada hacia mí y me asió la muñeca con sus dedos esqueléticos.

—¡No tiene cara! —gritó tirando de mí hacia ella—. Con esa capa suya y ese sombrero de demonio… ¡No tiene cara! ¡Solo una gran mancha roja! ¡Es el diablo!

Me encontré a pocos centímetros de sus ojos desencajados y lancé un grito. Sherlock intervino para soltarme de su agarre gritando:

—¡Ya basta, vieja loca!

Luego me cogió por los hombros, me abrazó y me arrastró hasta que estuvimos lejos de allí, de la niebla y de la locura que parecía flotar como un maleficio entre aquellas casas decrépitas.

Volví a respirar.

—¡Vámonos, Sherlock! —supliqué. Mi amigo no dijo nada y me cogió del brazo.

En este punto, mis recuerdos se vuelven más borrosos, pero lo que nunca podré olvidar es el alivio que sentí cuando vi que Sherlock había encontrado un carruaje.

Nos subimos de un salto y él ordenó al cochero que se dirigiera a mi hotel.

—Hasta más tarde, Irene —se despidió cuando estuvimos delante del

—. Y recuerda las palabras de Confucio: «¡No hay susto que una buena comida no haga olvidar!».

Me despedí de él con la absoluta certeza de que Confucio no dijo algo así ni en sueños. He de confesar, de todas formas, que aquellas palabras me volvieron a la mente poco después, mientras una camarera me servía un delicado filete de lenguado con una guarnición de doradas patatas. Así que no pude por menos que sonreír, bendiciendo mi hotel de lujo, la compañía del señor Nelson, las buenas noticias que llegaban de mis padres y, sobre todo, la vívida luz artificial de aquel lugar cálido y acogedor.

En el transcurso de aquella misma tarde descubrí que Lupin no estaba enfadado con nosotros en absoluto. Simplemente había conseguido, a través del abogado Nisbett, el permiso para ver a su padre y se había sometido al largo y agotador procedimiento que requería el encuentro. Un coloquio de poco más de un cuarto de hora le había costado toda la mañana y, a su término, si no hubiese sido por el abogado, nuestro amigo se habría arriesgado incluso a ser confiado a un tutor o a otro miembro de su familia.

Se reunió con nosotros aquella misma tarde en la que por entonces se había convertido en la base de nuestras operaciones londinenses. Me alegró mucho verlo y lo abracé con fuerza.

Lupin, mucho más que nosotros, alternaba momentos de ímpetu, casi de euforia, con otros de auténtico descorazonamiento. Y la ciudad, al otro lado de las vitrinas del café Shackleton, nos parecía inmensa y peligrosa.

—¿Qué te ha contado tu padre? —le pregunté.

Nos refirió, antes de nada, cómo lo había encontrado y también cómo se había sentido él. Repitió con pelos y señales la versión de los hechos que ya conocíamos y solo al final, cuando Sherlock se había levantado de la mesa para pedir otra taza de cacao, me confesó que su padre le había dado una descripción más precisa del misterioso español.

—Por lo que parece, era un tipo bastante alto, con una larga capa que llegaba al suelo, un sombrero de ala ancha que le ocultaba la frente y los ojos, y una larga bufanda roja subida hasta la nariz.

—¡Qué figura más pintoresca! —murmuré pasando un dedo por el borde de mi taza—. ¿Has oído, Sherlock?

Sherlock Holmes se sentó en medio de los dos y yo invité a Lupin a repetir la descripción del español. En cuanto la oyó, a Sherlock se le desencajaron los ojos como a un loco.

—¿De… de verdad te ha dicho eso? ¡¿Con… esas palabras exactas?! —farfulló fuera de sí.

—¿Sherlock? ¿Qué te ocurre? —le pregunté, alarmada.

Él sacó frenéticamente del bolsillo un puñado de monedas para pagar la cuenta del local y dijo:

—¡Tenemos que volver inmediatamente a Bethnal Green!

—¡Ya te puedes ir olvidando! —rebatí sin dudarlo lo más mínimo—. Yo no vuelvo allí ni muerta.

Lupin agarró a nuestro amigo por la manga, o al menos lo intentó.

Con un movimiento rapidísimo, Sherlock se soltó y salió a la lívida luz de aquella tarde sin sol para llamar a voces un coche.

—Pero ¿se puede saber por qué siempre hace lo mismo? —me preguntó Lupin—. ¿No podría decirnos lo que está pensando antes de salir disparado como una flecha?

No contesté, porque estaba demasiado ocupada en clavar los pies en mi sitio.

—Yo allí no vuelvo —murmuré al pensar en míster Patibulario, en el barro, las ramas desnudas que surgían de la niebla como esqueletos y en la vieja loca que decía disparates sobre el diablo en una esquina.

Pero acepté salir del café, tiritando enfundada en el mantito de entretiempo que me había puesto en el hotel.

—¡Sherlock! —lo llamó Lupin—. ¿Nos quieres decir qué tienes en mente?

Él se volvió para lanzarnos una de aquellas miradas intensas, como de fuego, que le había visto ya en el puerto de Dover.

—Tenemos que encontrar a esa mujer, ¡a la mendiga!

—¡¿QUÉ?! —exclamé yo—. ¡Sherlock, tú…!

Se encaró conmigo, cerniéndose sobre mí con su físico magro y anguloso.

—¿No lo entiendes, Irene? ¡Ella lo ha visto! Entró en aquella casa donde había una ventana iluminada… Esa mendiga ha visto… ¡al español!

No lograba seguir el hilo de su razonamiento. Meneé la cabeza,

incrédula.

—Sherlock, yo… En fin, ¡esa mujer está loca! Puede que no sepa ni su propio nombre…

Un coche torció a pocos pasos de nosotros. Sherlock lo paró con un gesto de la mano y abrió la portezuela sin dejar de mirarnos a los ojos.

—No te estoy pidiendo que vengas conmigo, Irene.

Sentí que en mi ánimo combatían furiosamente el miedo y el orgullo. Al final venció este último. Sostuve la mirada de mi amigo.

—No hace falta que me pidas nada… ¡Vamos!

Capítulo 16

EL DIABLO DE BETHNAL GREEN

La intuición de Sherlock Holmes consistía en lo siguiente: en nuestra investigación, habíamos llegado a buscar a dos personas, un misterioso español de ancho sombrero y rostro tapado con una bufanda roja y una vieja tía de Ophelia Merridew que vivía en algún lugar de Bethnal Green.

—La vieja mendiga dice que ha visto al diablo, ¿no es cierto? —preguntó Holmes mientras el carruaje avanzaba por calles cada vez más irregulares y fangosas—. Y lo describe de una manera muy precisa: envuelto en una gran capa, sin cara…

—¡Con una mancha roja en vez de cara! —casi grité.

—Y según tú, ese sería el modo en que una vieja loca describe a alguien con la cara tapada por una bufanda roja, como el español… —reflexionó Lupin.

—Pero ¿por qué el «diablo» de esa loca y el español deberían ser la misma persona? —objeté.

—No digo que deberían serlo —me corrigió Holmes—, sino que podrían serlo… Sobre todo si esa ventana iluminada pertenece a la

casa que estamos buscando. ¡La casa de la tía Betty!

Quedé fulminada por aquella intuición y empecé a mirar con impaciencia por la ventanilla. Me había jurado no volver a poner el pie en aquel barrio y en cambio, pocas horas después, ¡me moría de ganas por volver! Quien busque pruebas de la incoherencia y la imprevisibilidad de esa edad llamada adolescencia puede encontrarlas en abundancia simplemente siguiendo mis acciones en aquellas horas frenéticas.

—¡Sooo! ¡Sooo! —voceó el cochero frenando los caballos para que bajáramos.

Sherlock le tendió sus últimas monedas y le pidió que permaneciera por la zona esperándonos, y el hombre se colocó su alta chistera de fieltro sobre la cabeza y chasqueó ruidosamente la lengua.

—Te esperaré unos minutos, muchacho. Pero ni uno más, porque me da miedo que aparezca cualquiera y se coma los caballos. Estos no son lugares para venir de excursión, ¿sabes? —dijo con un gesto de recelo estampado en la cara.

Decidimos buscar a la vieja mendiga todos juntos, sin dividirnos, escrutando las sombras y los densos bancos de niebla que flotaban sobre las calles como pequeños ejércitos de espectros. Pero era como buscar una aguja en un pajar. Oí la voz del cochero detrás de nosotros y luego el ruido de los cascos del caballo.

—¡Ese granuja ya se ha ido! —me lamenté.

Pero me equivocaba. El carruaje y su cochero aparecieron en la calle, en medio de la niebla, junto a nosotros.

—¿Se puede saber qué andáis buscando vosotros tres? —nos preguntó sin bajarse del pescante.

Se lo dijimos y él rió y escupió tabaco a la calle.

Avanzar por aquellas calles acompañados por el lento chirrido del coche y la pesada respiración del caballo me pareció aún más lúgubre que caminar solos. Veía las minúsculas sombras de ratas que corrían, asustadas por nuestros pasos, y ninguna, ninguna luz que rasgara el manto gris que envolvía las casas.

Los pocos transeúntes que encontramos cambiaron de acera con la misma rapidez febril de los roedores.

—¡Es aquí! —dijo Sherlock de repente, haciendo que nos detuviéramos.

No sé cómo podía saberlo, pues estábamos en un cruce idéntico a los anteriores, y no había ninguna mendiga sentada en el suelo.

—El olor —añadió Sherlock—. Su olor ha quedado.

Cruzó la calle, apoyó las manos en la pared húmeda y enmohecida y se orientó.

—Allí… —dijo señalándonos una lejana luminiscencia amarillenta.

Era una ventana, la ventana iluminada de una casa inmersa en la niebla.

Sherlock corrió en aquella dirección. Intenté retenerlo, me dije que deberíamos haber llevado una arma, pero no sirvió de nada. Lupin se retrasó, ordenó al cochero que nos esperara y nos alcanzó a la carrera.

La casa estaba rodeada de un diminuto jardín invadido por hierbajos. Era baja: una planta a ras de suelo y un primer piso cubierto por un tejado con dos chimeneas. La ventana iluminada que se veía desde la calle se encontraba en la planta superior.

Sherlock corrió el cerrojo de la verja del jardín y subió los dos peldaños de la puerta de entrada, que estaba entornada.

—¿Señora Betty? —preguntó—. ¿Ophelia?

Silencio.

Sherlock empujó la puerta, que chirrió horriblemente. En el interior encontramos un auténtico desastre. Había un pequeño pasillo recto que llevaba a la cocina, un cuartito con libros por el suelo a la derecha de la entrada y una escalera adosada a la pared en la parte opuesta. De arriba llegaba algo de luz. La planta baja, en cambio, estaba en penumbra, pero se distinguían ollas, adornos y libros que habían sido tirados al suelo y yacían allí en desorden. La barandilla de la escalera estaba dañada y sobre los peldaños se veían los marcos destrozados.

Cuando llegué hasta él, Sherlock se puso un dedo sobre los labios. Me hizo una seña para que no perdiera de vista el pasillo que conducía a la cocina, en la planta baja, y empezó a subir con mucho cuidado los escalones.

Salté por encima del marco de un cuadro y un relleno de cojín, haciendo gemir la vieja madera del suelo bajo mis pies. Miraba a Sherlock, que subía despacio, peldaño a peldaño, y también la cocina oscura que tenía enfrente, con el corazón martilleándome a

cada paso. Oí chirriar la verja del jardín e intuí que Arsène venía también.

Alcé los ojos hacia el techo de madera, me había parecido oír ruidos. Como si…

—¡Sherlock! —chillé para avisarlo.

Pero él me hizo seña de que estuviera tranquila y siguió subiendo.

Llegué a la puerta de la cocina y eché un vistazo. Lo primero que vi fueron platos y vasos por el suelo, hechos mil pedazos; los armarios habían sido vaciados salvajemente, y luego…

El corazón me dio un violento latido en el pecho. Sentí que las piernas se me volvían de hielo. Un telón de oscuridad estaba a punto de bajar sobre mis ojos. Y sin duda me habría desmayado si el contacto con la fría superficie de mármol en la que me apoyé no me hubiese ayudado a rehacerme. Suspiré profundamente y volví a mirar frente a mí. No me había equivocado.

Caído contra la puerta de la despensa había un cuerpo de mujer, inmóvil, blanco como la nieve.

Me llevé la mano a la boca para no gritar.

Era Ophelia Merridew.

Un crujido de madera más fuerte que los demás me hizo darme la vuelta bruscamente. Vi que Sherlock había llegado casi al final de la escalera y en lo más alto de esta, frente a él, había aparecido una figura imponente envuelta en una capa, con un gran sombrero y una bufanda roja que le tapaba el rostro.

—¡QUIETO! —gritó Lupin desde la puerta de entrada.

Oí movimiento y la barandilla de madera desmoronándose con un estruendo tremendo. Sherlock, empujado por el diablo de Bethnal Green, cayó violentamente a mis pies en medio de un aluvión de astillas de madera.

Aquella siniestra figura bajó los escalones de dos en dos y se abatió sobre Lupin como una gran sombra negra.

Grité de miedo y corrí hacia Sherlock, que yacía en el suelo, enroscado.

Lupin y el desconocido chocaron. Siguió una rápida pelea en la que mi amigo tiraba golpes a ciegas y el otro, mucho más alto que él, trataba de desembarazarse de su adversario. Al final lo levantó del suelo y lo arrojó con fuerza en medio del cuarto repleto de

libros, junto a la puerta, por el que Arsène rodó sin proferir ni un gemido.

Luego se precipitó afuera y desapareció en la niebla.

Sherlock fue el primero en levantarse.

—¿Estás bien? —le pregunté, alarmada por su gesto de dolor. Él asintió con la cabeza; parecía más herido en su orgullo que en su cuerpo. Se apretó con la mano el hombro que se había golpeado contra el suelo después de romper la barandilla de la escalera y salió tambaleándose.

Lupin lo siguió poco después, cojeando al salir de la habitación a la que había sido arrojado. Me vi sola allí dentro, a pocos pasos del cadáver de la pobre Ophelia. Me percaté de que el peligro de acabar desmayándome, disipado poco antes, seguía estando ahí.

—¡Maldición! —silbé entre dientes y, reuniendo todas mis fuerzas, corrí afuera saltando sobre los objetos amontonados en el suelo.

Me encontré de nuevo en la niebla, convencida de que tendría que volver a correr detrás de Sherlock y de Lupin. En cambio, una vez fuera, los encontré parados a ambos, apoyados en la verja de hierro.

—¡¿Y ahora qué ocurre?! —pregunté.

Oí el restallido de un látigo y un caballo que trotaba a lo lejos.

—Ocurre que le hemos facilitado un coche de caballos al diablo… —me respondió Sherlock dejándose resbalar contra la verja—. Y ahora no hay manera de seguirlo. Pero puede que el cochero le haya visto la cara… —rumió aún, pensando en voz alta.

Me acerqué a mis amigos. Sherlock miraba los troncos oscuros de los árboles como si fuesen los barrotes de una celda. Lupin respiraba con dificultad. Me pareció que tenía la sien y una mano heridas.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Él abrió lentamente los dedos y me mostró algo que le había arrancado al español durante la pelea: un pedazo de tela roja poco mayor que un naipe.

—¿Y tú? —me preguntó él.

Yo meneé la cabeza, dubitativa. La investigación para exculpar al padre de Lupin estaba resultando mucho más peligrosa de lo que había imaginado.

Quién sabía, quizá estuviera a punto de derrumbarme, a punto

de confesar que toda aquella historia era en verdad demasiado para mí. Porque era así como me sentía.

Pero aquellas palabras no las dije nunca.

Desde más allá de la niebla, de la casucha que teníamos a nuestra espalda, nos llegó un gemido.

—So… socorro…

Me quedé de piedra.

Así que, entonces, Ophelia no estaba…

Sherlock y Lupin me miraron con los ojos desorbitados por el estupor.

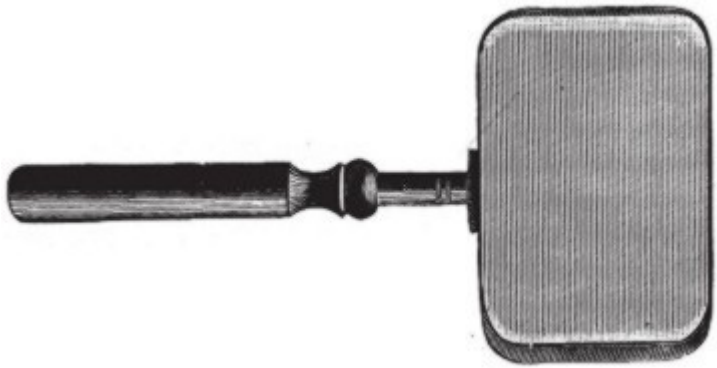
Yo abrí la boca, pero no conseguí decir nada.

—¡Vamos! —grité al fin.

Y volvimos a entrar corriendo en aquella casa, los tres juntos.

Capítulo 17

UN JIRÓN DE SEDA ROJA



—Es realmente sorprendente… —comentó a la mañana siguiente el señor Nelson mientras hojeaba los periódicos recién impresos—. ¡Media Europa está en llamas a causa de la guerra y los periódicos de esta ciudad siguen con titulares a toda plana sobre esa Ophelia Merridew!

Yo rompí la cáscara del huevo pasado por agua. Oír a Horace pronunciar aquel nombre provocó un pequeño sobresalto en mi corazón. No tenía intención alguna de revelarle el papel que, muy a mi pesar, había desempeñado yo en aquel turbio asunto.

Fingí, pues, que no le echaba más que una ojeada distraída a la portada del diario. Aquella mañana no me resultaba difícil simular un interés perezoso, pues me movía lentamente. Los acontecimientos del día anterior, de hecho, me habían dejado los músculos doloridos, debido más, quizá, a la enorme tensión que al esfuerzo físico de las carreras y las persecuciones.

El señor Nelson no pareció notar nada extraño en mí; en cualquier caso, no me hizo preguntas.

El cronista del *Times* citaba fuentes cercanas a Scotland Yard: Ophelia Merridew había sido hallada viva, pero ahora se debatía

entre la vida y la muerte en un lugar de la ciudad que se mantenía en secreto, pues sostenían que la mujer aún estaba en peligro. Los investigadores mantenían la máxima reserva sobre la identidad del atacante, que solo fortuitamente, o por una distracción, no había podido completar su delito. Pero, a juicio del periodista, la indagación se presentaba muy complicada, y difícilmente podrían conseguir un nombre sin el testimonio directo de la cantante lírica.

Ninguna alusión a nosotros, por suerte. Según parecía, en Scotland Yard seguían convencidos de la culpabilidad de Théophraste, y de poco habían servido las protestas del abogado Nisbett y sus intentos por hacer valer una conexión entre la muerte de Santi y la tentativa de asesinato de Ophelia, ocurrida cuando su cliente estaba encerrado en la cárcel.

«¡Qué rabia!», pensé. Mis amigos y yo estábamos seguros de que había una relación entre los dos hechos: ¡aquel misterioso español! Era como un fantasma sin rostro y sin nombre, una figura extraordinariamente novelesca, como había dicho Sherlock.

Intentar hablar de él con el abogado Nisbett o con Scotland Yard habría sido inútil, habrían despachado nuestras suposiciones como fantasías de chiquillos con demasiada imaginación. Los de Scotland Yard habían descubierto, en cambio, el pasado no del todo limpio del señor Théophraste y eso los había convencido de que formaba parte de una peligrosa banda de criminales. Sostenían, pues, que la agresión a Ophelia Merridew podía, como mucho, ser una maniobra de sus cómplices para enturbiar las aguas y, así, exculparlo.

Un pequeño suspiro se escapó de mis labios. Pensé que los investigadores no encontrarían al asesino ¡ni aunque pasara por delante de sus narices!

Terminé de desayunar con cierta prisa y luego me levanté, dispuesta a salir.

—¿Cuál es su programa para hoy, señorita? —me preguntó el señor Nelson.

—Oh, todavía no lo sé exactamente —le contesté—. Pero creo que volveré a dedicarme a… las telas.

Él abrió mucho los ojos, temiendo tener que pasarse otra tarde recorriendo las sastrerías de Savile Row.

—¿Quiere acompañarme?

—¡Solo si se trata de algo muy peligroso, señorita, que requiera

necesariamente mi protección! —bromeó el mayordomo.

—Entonces puede quedarse aquí, mi buen Horace —dije abandonando la mesa con una sonrisa—. Se trata de refinadas cuestiones de… ¡alta costura!

Crucé riendo el salón de desayunos y empujé la puerta giratoria del

Claridge's

para ir a casa de Sherlock.

La vivienda londinense de la familia Holmes era modesta, pero tenía una enorme ventaja: un pequeño jardín en la parte trasera con una caseta para las herramientas separada de la casa.

Sherlock había hecho de ella su reino, y allí nos recibió aquella mañana: entre destornilladores, martillos y sierras colgados de viejos clavos herrumbrosos, un macizo banco de trabajo, un par de estampas de caza en las paredes y un número impreciso de rendijas que el joven Holmes se proponía tapar, una a una, antes de que llegara el invierno.

Puesto que la lupa era suya (o, para ser exactos, de su hermano mayor Mycroft), Sherlock quiso ser el primero en utilizarla para examinar el trozo de tela que Lupin le había arrancado al diablo de Bethnal Green, alias «el español».

Lo primero que hizo fue ponerse un par de guantes blancos (también de su hermano), le pidió a Lupin la tela y se inclinó para estudiarla con gran atención. Viendo a Sherlock curvado de aquel modo, con un ojo grotescamente agrandado por la lente, se me ocurrió pensar en el célebre jorobado de Notre-Dame creado por el señor Victor Hugo y me eché a reír.

—¿Y ahora qué te pasa? —me preguntó entonces mi amigo, bajando la lupa un instante con cara de asombro.

—No es nada, Quasimodo… —bromeé—. Mejor dinos lo que ves.

Creo que aquel día, en la caseta del jardín de Holmes, asistí a la primera indagación con lupa del gran detective, y precisamente con la lupa con que, más tarde, sería retratado muchas veces. Y puestos a contar las cosas tal como realmente sucedieron, en fin, sin duda puede decirse que el principio no fue particularmente brillante.

—¡Es seda! —sentenció Sherlock Holmes. Y luego añadió—: ¡Seda preciosa!

Lupin me hizo un gesto de exasperación y tuve que poner todo mi empeño para contener una segunda carcajada.

Sherlock, concentrado en su trabajo de inspección, siguió compartiendo con nosotros sus observaciones:

—No es un trozo de la bufanda, desde luego. Diría que es parte del forro interno de la capa. Y aquí… aquí hay unas siglas cosidas a la tela. Tres caracteres, ¡W&R!

En ese momento bajó la lupa.

—¿Nada más? —preguntó Lupin, contrariado—. W&R puede ser cualquier cosa…

—Cualquier cosa no —puntualizó Holmes dejando la lupa sobre el banco de trabajo—. Pese a que puede ser la abreviatura de miles de nombres, es bastante difícil que sea un nombre español, dado que la letra W prácticamente no se usa en esa lengua.

—Excelente observación —estuvo de acuerdo Lupin.

—Y no es todo. Esperad aquí un momento, por favor.

Nos pasó la tela y la lupa y salió de la caseta en dirección a la casa. Mientras yo utilizaba, sin saberlo, una de las lupas más famosas del mundo, Sherlock subió a la habitación de su hermano, abrió cierto armario y volvió poco después con uno de los abrigos de Mycroft.

Nos enseñó cómo estaba cosido el forro de seda del abrigo, convenciéndonos aún más de que era precisamente un jirón de esa clase de seda el que Lupin había aferrado durante su pelea con el español.

—Como tal vez ya os haya dicho —añadió Holmes—, mi hermano tiene la firme intención de emprender una carrera política, y por eso mi madre le ha dado el abrigo bueno de mi padre.

Era la primera vez que Sherlock nombraba a su padre, Siger, cuya triste historia no conocí hasta tiempo después.

—Ahora —siguió diciendo el joven Holmes—, os ruego que oláis primero el forro de este abrigo y luego el trozo que arrancó Arsène. Intentad afinar vuestra percepción, id más allá del olor personal de quienes han llevado puestas las prendas, concentraos en el olor… profundo, esencial, de la seda, por decirlo de algún modo.

Curiosa, traté de hacer lo que decía.

La seda de los dos forros tenía, muy en el fondo, una nota común a perfume.

—¡Es aromática! —exclamé—. Casi huele a especias.

—¡Excelente! —aprobó Sherlock chasqueando los dedos de satisfacción—. Las dos telas tienen el mismo e inconfundible olor de las preciosas sedas indias, provenientes de las colonias de Su Majestad la Reina de Inglaterra.

Lupin cruzó las piernas en su taburete.

—Por lo tanto, el diablo de Bethnal Green, aunque sea español, se viste aquí, en Inglaterra.

—Exactamente. Y no gasta poco en vestirse —añadió Holmes.

Lupin se frotó nerviosamente la barbilla y, observándolo, recordé que cada pequeño descubrimiento o deducción, que para mí o para Sherlock podía suponer un simple movimiento para resolver un difícil rompecabezas, para él, en cambio, era un paso hacia la salvación de su padre.

—¿Y ahora que tenemos estas letras y sabemos que se trata de una capa confeccionada en Inglaterra?

—¿Volvemos a Savile Row? —propuso Sherlock.

Yo meneé la cabeza.

—A Savile Row exactamente no, pero casi.

En cuanto Hortence salió de casa, dejé a Lupin y a Sherlock bien escondidos detrás del tronco de un gran tilo y la alcancé en la calle.

—¡Señora Hortence! ¡Disculpe, señora Hortence!

La modista se paró para ver quién la llamaba y luego, en cuanto me reconoció, su rostro adquirió una expresión de fastidio que me desorientó ligeramente.

—¿Ha leído lo de Ophelia? —le pregunté.

Me respondió que sí, y que era una historia muy desagradable.

Caminaba con pasos lentos pero constantes y llevaba en el brazo un par de chaquetas envueltas en papel de seda azul.

—¿Qué más quiere de mí, señorita? —me preguntó en el primer cruce con Savile Row.

—En vez de estar contenta por el hecho de que Scotland Yard haya encontrado a su amiga, parece usted enfadada conmigo, señora Hortence —le hice notar.

—Digamos que considero todo esto una extraña coincidencia —replicó ella. Y luego me explicó—: Usted se presenta en mi casa con su mayordomo cargado de paquetes… —Hizo una pausa, como para recalcar que encontraba totalmente inoportuno que yo alardeara de

tener alguien a mi servicio—. Me pregunta por la familia de Olivia, yo le hablo de su tía Betty y después, al día siguiente… ¡resulta que mi pobre amiga es encontrada, más muerta que viva, precisamente en la vieja casa de su tía!

—No entiendo cómo puede pensar que yo…

—¡Yo no pienso nada, señorita! Pero no entiendo por qué viene a verme ahora —concluyó la modista sujetando nerviosamente las chaquetas.

—Porque usted es la única persona que me puede ayudar —confesé. Y luego le conté, procurando ser lo más sincera posible, que estaba haciendo pequeñas indagaciones sobre lo sucedido.

Le expliqué que tenía fundadas sospechas de que quien había dejado sin conocimiento a Ophelia en la casa de Bethnal Green era la misma persona que había tendido una trampa a un amigo mío con la acusación de haber matado a Alfredo Santi, secretario del maestro Barzini.

—Se da el caso, señorita, de que yo también tengo una amiga. Y ahora está tumbada en una cama luchando por su vida. Espero que no se ofenda, pero no le diré nada más, ni sobre ella ni sobre su pasado —dijo la modista.

—Está bien, señora Hortence —asentí. Y esta vez fue mi interlocutora quien se quedó desorientada—. No tengo intención de preguntarle más sobre Ophelia. Lo que quiero de usted, si acaso, es… ¡una opinión de experta!

Era verdad a medias.

Por supuesto que me interesaba conocer la opinión de una modista con gran experiencia, pero esperaba, sobre todo, que las iniciales de aquella tela, W&R, despertaran algún viejo recuerdo ligado a los años lejanos de la juventud de Ophelia y Hortence.

Así que, sin titubear, puse ante sus ojos el trozo de seda roja.

Hortence lo miró y luego me miró a mí, como si estuviese loca.

—¿Qué es esto, una broma?

—¿Le parece a usted?

—Es seda, y de la mejor calidad —contestó la modista examinando el jirón.

—Marcada con el monograma W&R ¿Le dice algo?

La mujer se paró a pensar.

—No, lo siento. Nada.

Me mordí un labio.

—¿No puede ser la sigla de una sastrería? —insistí, determinada a no irme con las manos vacías.

—¿W&R? —repitió Hortence parándose de nuevo para reflexionar, esta vez más largamente—. No. No hay ninguna sastrería con esas iniciales. Al menos no en Savile Row.

—¿Y una sastrería que haya cerrado? —la acucié, aunque mis esperanzas se extinguían ya—. ¿O que haya cambiado de dueño?

—Va muy desencaminada, señorita —me contestó Hortence—. Llevo toda la vida trabajando aquí y le puedo asegurar que he tenido que arreglar una buena cantidad de viejas prendas. ¡Jamás he visto esa sastrería fantasma suya! Y ahora, dispénseme, tengo que hacer unas entregas.

—Me alojo en el Claridge's —le dije, resignada, dejándola pasar —. Si le viniera a la cabeza algo, o cambiara de idea…

—No tengo nada más que decirle, señorita. Que pase un buen día —se despidió Hortence, y empezó a alejarse por la calle de las sastrerías.

—¿Y bien? —me preguntaron Arsène y Sherlock cuando volví con ellos.

—Nada —respondí desilusionada—. Según Hortence, no hay ninguna sastrería con esas iniciales.

—¡Lo que nos faltaba! —comentó Lupin con aire de frustración —. Entonces, ¡podría ser una tela confeccionada en Estados Unidos, Francia o a saber dónde!

Sherlock estaba apesadumbrado: su teoría según la cual la capa del diablo de Bethnal Green era de procedencia inglesa se debilitaba. Por enésima vez desde que habíamos empezado la investigación nos encontrábamos en un callejón sin salida.

Pasamos la tarde preguntando a los conductores de carruajes sin tener más suerte. Hicimos luego una escapada a Charing Cross en busca de algún extravagante comprador de sombreros de ala ancha, pero al final del día tuvimos que rendirnos a la evidencia de que teníamos que empezar desde el principio. Y otro pensamiento se abrió camino en mi mente en aquella oscura tarde de otoño: tal vez no fuéramos lo bastante buenos para llevar a cabo una investigación tan ardua y debíamos pedir ayuda.

Miré al señor Nelson todo el tiempo que duró la cena,

preguntándome continuamente si era conveniente o no contarle aquellas vicisitudes y esperando el momento idóneo para hacerlo, momento que, sin embargo, no llegó. Me parecía que hablar de nuestras investigaciones a un adulto significaba traicionar el espíritu de nuestro grupo.

—Hay buenas y malas noticias, señorita Irene —dijo él a mitad de la cena—. Las buenas son que su padre nos ha avisado por telegrama de que su madre, la señora, está bien y que mañana, o como muy tarde pasado mañana, partirán de París para reunirse con usted aquí en Londres.

—¿Y las malas? —pregunté ligeramente preocupada.

—Quizá, entre sus mil pensamientos, se haya preguntado cuál era mi tarea en la ciudad, además de velar por su seguridad y estar atento a sus discutibles amigos.

—A decir verdad, no, señor Nelson —admití.

—Su padre me pidió que buscara un apartamento en alquiler para todos ustedes, y para un servidor, en esta ciudad.

Puse cara de sorpresa.

—¿Dejamos París?

—Parece que sí, señorita Irene, por algún tiempo. —Y aquí Horace Nelson se superó a sí mismo con una mueca de contrición digna de un actor shakespeariano—. Me aflige realmente el pensar en todas las distinguidas amistades parisinas a las que, al menos hasta que las cosas en el continente se hayan arreglado, tendrá que renunciar para pasar quién sabe cuántos meses en esta nueva ciudad, donde no conoce a nadie salvo al señorito Holmes y el señorito Lupin, dos amigos que, ciertamente, a duras penas pueden distraerla…

Le di un beso en la frente que lo dejó sin habla y corrí feliz a mi habitación, imaginando el momento en que se lo diría a mis amigos.

Después, cuando se me pasó la euforia, decidí guardarme para mí la noticia de mi traslado a Londres hasta que hubiésemos salvado a Théophraste Lupin de la horca.

Me di un larguísimo baño durante el cual me abandoné a mil fantasías sobre mi futuro londinense y, cuando volví a la habitación lista para dormir, vi que alguien había deslizado un delgado sobre blanco por debajo de la puerta.

Lo cogí y le di la vuelta. Una mano ágil y muy precisa había

escrito mi nombre y la dirección del hotel.

Estimada señorita Adler:

Siento lo de esta tarde, pero, como ya habrá comprendido, tengo muchas dificultades para fiarme de los demás. De todos modos, creo poder repararlo, al menos en parte. Al volver a pensar en el pedazo de seda roja, he recordado por fin… Ahora estoy segura de que la sastrería que busca es la de Wallace & Renfurm, a poca distancia de Covent Garden. La razón por la que no me ha venido a la cabeza enseguida es que se trata de una sastrería muy especial, que solo confecciona trajes de escena, sobre todo para la Royal Opera House.

Esperando haberle sido de ayuda, reciba un respetuoso saludo,

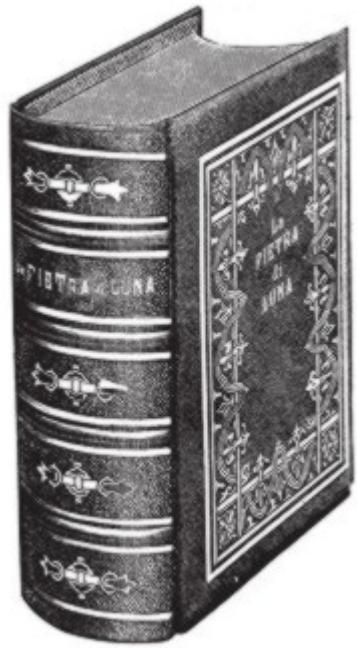
Ms. Hortence Cheepnis

«¡La sastrería de la Ópera de Londres!», pensé, recordando con un vuelco del corazón la velada en que había asistido a la última actuación de Ophelia Merridew.

¡Teníamos una nueva pista!

Capítulo 18

LA MAGIA DEL TEATRO



La Royal Opera House estaba cerrada.

Tras los sucesos de los últimos días, el teatro había sido la meta de una auténtica peregrinación de melómanos, apasionados del mundo del espectáculo y simples curiosos, que habían depositado miles de velas votivas que aún ardían delante de las seis columnas griegas de la entrada. Sobre el césped había centenares de notas deseando una pronta curación a Ophelia y solo algunas con ribete fúnebre recordaban la muerte del pobre Alfredo Santi, cuya desaparición prematura parecía haberse olvidado ya. Delante de la gran arcada que coronaba la entrada del teatro estaban aún, marchitos y ajados, los festones y las coronas de flores de la última representación de Ophelia, a la cual había asistido con mi padre.

Sherlock, Lupin y yo dimos un par de vueltas a la manzana antes de rendirnos a la evidencia de que no había manera de entrar. La información recibida de Hortence acerca de la sastrería había reducido mucho nuestro campo de investigación. El hecho de que el misterioso español vistiera un traje de escena confeccionado por la sastrería Wallace & Renfurm inducía a pensar que debíamos buscarlo entre cantantes, músicos y operarios del teatro. Entre los que, evidentemente, había que incluir a Henri Duvel, el pupilo francés de Barzini, cuya estatura no cuadraba con la del español pero que podía haber reclutado a alguien para interpretar aquel siniestro papel.

A través de unos ventanucos bajos de la parte trasera, protegidos por pesadas rejas, oímos unos acordes de instrumentos de cuerda, escalas de notas tocadas al piano, redobles de timbales.

—Están ensayando —observé. Eso significaba que, tarde o temprano, alguno de los músicos saldría. Pero ¿por dónde? Nos emplazamos cada uno en un lugar alrededor del edificio, pero sin perder el contacto visual.

—En cuanto salga alguien, tratemos de averiguar algo… —dijo Sherlock—. Y si no quiere colaborar, ¡ya encontraré la manera de convencerlo!

Nos enseñó la bolsita de chelines que había ganado como Príncipe del Enigma e hizo intención de dividirlos entre los tres, pero Arsène insistió en que usáramos sus ahorros.

—¿Acaso tengo que recordaros por qué motivo estamos aquí?

No me inmiscuí en aquella discusión, y me di cuenta de que ni se me había ocurrido llevar dinero conmigo. Me chocaba que para mis amigos fuera una importante cuestión de honor el pagar de su propio bolsillo.

Al final se pusieron de acuerdo en contribuir a partes iguales y repartimos entre los tres el total.

No sucedió nada durante una hora, y el gran teatro permaneció casi silencioso. Luego, cuando ya había pasado la mitad de la mañana, un hombrecillo vestido de gris se acercó a una puerta de servicio del teatro que se encontraba en el lado vigilado por Lupin, que nos avisó con un silbido.

Rodeamos al hombre antes incluso de que pudiera meter la llave en la cerradura.

El hombrecillo de gris nos dirigió una mirada alarmada y empezó a moverse nerviosamente frente a uno u otro de nosotros, como un pez que tratara de escapar de la red en que ha acabado.

—¡Pero bueno, ¿se puede saber qué queréis?! —nos preguntó bruscamente.

—Discúlpenos, señor… Solo queríamos pedirle una cosa: ¿podría dejarnos entrar con usted en el teatro?

—¡Le aseguramos que será solo un minuto!

—¡Por favor!

El hombre se puso a dar saltitos, golpeando el suelo con los pies como un bailarín enloquecido.

—¡Largo, largo de aquí! ¡El teatro está cerrado, lo sabéis muy bien!

Rocé su chaqueta con una mano y él se paralizó de golpe, sorprendido.

—¡Se lo suplico! Sueño con convertirme en cantante… ¡y nunca he visto con mis propios ojos un gran teatro! —mentí.

—Y él toca el violín —añadió Lupin señalando a Sherlock.

—¿Y tú? —le preguntó entonces el hombrecillo de gris—. ¿Tú qué sabes hacer?

—¿Yo? ¡Yo quiero ser diseñador de vestuario y vestir a las mujeres más hermosas del mundo! —improvisó Arsène.

—¡Bobadas! —profirió el hombre, en absoluto impresionado, intentando abrirse paso entre nosotros para alcanzar la puerta.

—¡Escuche! —lo acosé—. ¿Podría decirnos al menos quién confecciona los trajes de escena?

—¡Seguro que tu amigo no! —dijo él con una risita burlona.

—¿Ha oído hablar de Wallace & Renfurm?

Al oír aquella pregunta, el hombre alzó los ojos al cielo, impaciente.

—¡O sea, que es eso! ¡Tres mocosos mandados por un competidor a meter las narices! ¡Qué no harán los comerciantes de hoy! —se lamentó—. En todo caso, habéis errado el tiro, los trajes de escena no son asunto mío.

—¡Bueno, pero al menos sabrá si Wallace & Renfurm trabajan para el teatro! —soltó Lupin, exasperado.

En ese punto, el hombrecillo llamó con fuerza tres veces a la puerta cerrada y luego nos miró.

—Eso lo saben hasta las paredes, jovenzuelo. Toda la ropa que hay ahí abajo está hecha por ellos…

—¿Ahí abajo? —repitió Lupin.

—En el sótano del teatro, donde está el guardarropa.

—¿Guardan ahí todos los trajes? —pregunté.

—¿No los venden? —me hizo eco Sherlock.

—Solo cuando están ajados… —respondió el hombre alzando la barbilla—. Y a compañías menos prestigiosas que las que trabajan aquí, en la Royal Opera House.

Intercambiamos una mirada de complicidad. Sabíamos, gracias a Lupin, que la capa del español no estaba ajada en absoluto, por lo que, si nuestras suposiciones eran ciertas, podía provenir precisamente del almacén subterráneo del teatro.

—¿Y no podría enseñarnos ese guardarropa? —pregunté esperanzada.

El hombrecillo de gris nos sonrió, melifluo.

—Pues claro, ¿por qué no? Antes, sin embargo, me gustaría que conocierais a… ¡dos grandes amigos míos!

En ese preciso instante, la puerta del teatro se abrió y aparecieron dos energúmenos de aspecto verdaderamente poco recomendable.

Nada más verlos, intuí, por su expresión, que las cosas se ponían feas.

—¿Nos ha llamado, jefe? —preguntó uno de ellos.

—Debe de ser nuestro día de suerte, Jack. Tenemos aquí a una cantante, a un aspirante a diseñador de vestuario y al nuevo Paganini… ¿Cómo vais con el desmontaje del decorado? ¿No necesitáis calentar un poco los músculos por casualidad? —dijo el hombrecillo de gris carcajeándose.

Parecía que eso era lo que esperaban aquellos dos: se arremangaron las camisas hasta dejar al descubierto unos antebrazos como maromas de ancla y se dispusieron a agarrarnos.

—Un momento… —murmuró entonces Sherlock interponiéndose a la desesperada entre ellos y yo—. Creo que aquí ha habido un malentendido, señor…

—Collins —dijo el hombrecillo colocándose las gafitas redondas delante de sus ojitos porcinos, como si esperara que lo reconociéramos.

—¡¿COLLINS?! —intervino entonces Lupin dando un brinco y haciéndome temer seriamente que hubiese perdido la razón—. ¿De verdad es usted Wilkie Collins… el escritor?

El hombrecillo se volvió hacia él, con súbita curiosidad.

—Escritor, periodista y comediógrafo —precisó—. Así como ayudante y amigo de Charles Dickens.

—¡Charles Dickens! —exclamé yo—. ¡Qué magnífico escritor!

Wilkie Collins no logró ocultar una mueca de desprecio.

—Me apena comunicarle que murió hace tres meses, señorita.

—Oh, cuánto lo siento… —murmuré.

—Inglaterra ha perdido a una de sus mejores plumas… —suspiró Wilkie Collins, más falso que Judas. Era evidente que aquella pérdida no le desagradaba demasiado.

—Yo he leído su libro *La piedra lunar*, señor… —prosiguió Lupin—. Es… sencillamente fabuloso.

—¿Lo dices de verdad, chico? —se engalló el hombrecillo, a la vez que indicaba a los energúmenos que se detuvieran.

—¡Por supuesto! —insistió Lupin. Me miró—. ¿No recuerdas que te hablé de ese libro, Irene?

Abrí la boca una fracción de segundo antes de comprender a qué estábamos jugando.

—¡Ah, sí! —exclamé al fin—. ¡Es ese libro que devoraste en un solo día!

El hombrecillo volvió a colocarse las gafas sobre la nariz.

—¿En un solo día? —repitió con aire complacido.

—Ni siquiera paré para comer, señor… —afirmó Lupin. Y luego añadió, casi en voz baja—: En cambio con Dickens… Con toda franqueza, señor, sus novelas me aburrían mortalmente.

El hombrecillo llamado Wilkie Collins miró indeciso al grupito de personas en torno a él.

—Ah…

—¿Todavía quiere que les demos un repasito, jefe? —preguntó el bestia llamado Jack.

—No, no… —balbució Wilkie Collins levantando las manos—. No hace falta… Estos chicos…

Lupin aumentó su acoso.

—¿Me firmaría un autógrafo?

El escritor se palpó el chaleco en busca de una pluma y luego

buscó en el bolsillo de su chaqueta gris.

—¡Pues claro! Tenía… Creía incluso que tenía un ejemplar de… Pero ¿dónde lo he metido?

—Señor Collins —dijo Arsène agarrándolo del brazo—. El autógrafo no es importante, pero para mí sería un honor poder visitar el teatro con usted. No me lo diga, ¿están preparando… una representación?

El escritor movió la mano, confundido.

—Algo por el estilo, sí, quizá también con el maestro Barzini… Tenemos una idea, basada en un viejo cuento mío todavía no publicado…

—¿Inédito? ¿Un Wilkie Collins inédito?

Aquello bastó. Ablandado por los desmedidos cumplidos de nuestro amigo francés, Wilkie Collins nos abrió las puertas de la Royal Opera House y nos precedió hasta el escenario.

Nuestra primera incursión, no obstante, no fue del todo bien. En el teatro, además de los operarios que desmontaban los decorados y algún que otro músico, había agentes de Scotland Yard, que hicieron imposible todo intento de husmear con calma.

Salimos del teatro después de haber dado solamente una rápida vuelta por el escenario y el foso de la orquesta y haber perdido de vista primero a Wilkie Collins y luego a Sherlock. El primero se había parado a hablar con el maestro Barzini, en un recoveco del teatro, y se había olvidado de nosotros. El segundo se había escabullido en algún momento indeterminado de nuestra visita; venía detrás de mí y, un instante después, había desaparecido.

Fuimos escoltados hasta la puerta por uno de los policías encargados de interrogar a la compañía teatral sobre los acontecimientos de los últimos días, y de nada valieron nuestras protestas. En vista de la ausencia injustificada de Sherlock, no insistimos demasiado y nos dejamos conducir a la salida.

Una vez fuera, Lupin y yo buscamos un banco y deliberamos sobre lo que hacer. No era que tuviésemos muchas alternativas…

—Esperaremos —dije—. Si Sherlock se ha quedado dentro, tarde o temprano encontrará la manera de salir.

—O de que lo arresten… —murmuró Lupin, cohibido. Tenía la sensación de que siempre lo estaba un poco cada vez que nos quedábamos solos.

Hablamos de esto y de lo otro mientras esperábamos que nuestro amigo diera con la forma de salir, pero pronto se echó encima la hora de la comida y yo tuve que volver al hotel.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Lupin? —dije antes de despedirme.

—Claro.

—El escritor que nos ha dejado entrar, ese Collins… ¿de verdad lo conocías?

Mi amigo rió, y reconocí al verdadero Lupin. Sacó del bolsillo un librito de tapas oscuras titulado *La piedra lunar*, firmado, por Wilkie Collins.

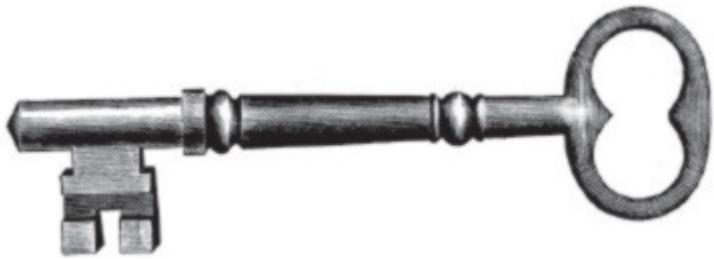
—Se lo he cogido del bolsillo mientras lo rodeábamos… —me dijo—. Y cuando he oído su nombre, he atado cabos. Me he dicho que un escritor que lleva consigo un ejemplar de su libro es un escritor que sueña con ser adulado. Y así ha sido.

Observé a Lupin llena de admiración, y me pregunté si mis amigos dejarían alguna vez de asombrarme con su audacia. Paseé luego la mirada por la fachada del gran teatro, preguntándome detrás de cuál de las muchas ventanas estaría escondido Sherlock Holmes.

—¿Qué crees tú que estará haciendo? —le pregunté a Lupin.

Capítulo 19

LA OSCURIDAD DETRÁS DEL TELÓN



Ya había aprendido que la espera parece ralentizar el tiempo de un modo insoportable: los segundos se vuelven minutos, los minutos, horas, y así sucesivamente. Aquella tarde lo confirmé. Conocía a Sherlock y sabía que, si se había quedado en aquel teatro, era porque tenía algo en mente. No veía la hora de descubrir qué era y no dejaba de echar ojeadas de impaciencia a cada reloj que se me ponía a tiro.

Leí y releí mil veces el telegrama de mi padre, en el que me escribía que él y mi madre estaban bloqueados en Calais a causa de la mala mar y que vendrían a Londres en cuanto el tiempo mejorara en el canal de la Mancha. Traté de entretenerme entonces con mi guía de Londres y luego charlé con Horace, pero el ambiente acolchado y somnoliento del
Claridge's
me exasperó muy pronto.

Me despedí entonces del señor Nelson y, por una vez, le dije la verdad: salía a dar un paseo. Que luego, al final del paseo, resultara que había terminado frente a la Shackleton Coffee House no era, en el fondo, más que un detalle. Cuando entré en el local, no había ni rastro de Sherlock y de Lupin. Así que me tocó esperar otra vez, ahora en compañía de una taza de cacao.

La espera a partir de ese momento no fue, afortunadamente, muy larga y, cuando vi entrar en el café a mis amigos y observé sus

ojos brillantes, pensé inmediatamente que había novedades interesantes.

No me equivocaba.

Mis amigos llegaron hasta mí y Sherlock dejó junto a mi taza ya vacía una vieja llave de bronce.

—Puesto que estás de turismo en Londres, ¿no te apetecería visitar la Royal Opera House?

—¡Qué pregunta! —respondí yo, enfervorizada—. ¡Vayamos ahora mismo!

No fue posible ir inmediatamente. Sherlock, durante el tiempo en que había estado escondido en el teatro, además de apoderarse de la llave de una puerta de la parte trasera, también había escuchado fragmentos de conversación entre algunos músicos. Había obtenido información importante: a las cinco en punto, los miembros de la orquesta se marcharían del teatro, dejándolo vacío. Esperamos, pues, a que fuera aquella hora, bebiendo cacao y perdiéndonos en toda clase de conjeturas sobre nuestra investigación.

Cuando por fin dieron las cinco, salimos del café y fuimos a Covent Garden en coche de caballos. A nuestra llegada, los últimos músicos se despedían delante del teatro. Cuando se fueron, nos movimos con rapidez entre las primeras avanzadillas de niebla que empezaban a cubrir la ciudad.

Lupin y yo hicimos guardia mientras Sherlock abría la puerta.

Instantes después, aquella misma puerta volvía a cerrarse a nuestra espalda y nos dejaba a oscuras.

—¡Vamos! Creo que he descubierto dónde se encuentra el guardarropa —nos dijo Sherlock en voz baja—. ¡Por aquí!

Nos vimos rodeados por los grotescos decorados del escenario, en parte desmontados y en parte colgados de cuerdas y poleas que se perdían en la oscuridad. Tuve la siniestra sensación de caminar por un cementerio hecho de telas pintadas, cartón piedra y siluetas de madera. A cada paso, el suelo del escenario crujía levemente con un sonido débil e inquietante. Sherlock nos condujo a una escalerita de metal que se hundía en los sótanos, empinada y estrechísima. Por ella llegamos a un pasillo más ancho que Sherlock enfiló con aplomo, agachándose para no golpearse la cabeza contra el bajo techo abovedado.

El pasillo estaba abarrotado de útiles de escena, espejos,

maniquíes y cortinajes que, debido también a la oscuridad casi completa, hacían difícil andar por él. Las tenues luces que había al principio y al final del pasillo apenas bastaban para orientarse. Era como encontrarse en el gran vientre de madera de un navío. En determinado punto, el pasillo se bifurcó: siguiendo en línea recta se llegaba a los camerinos de los artistas, mientras que torciendo a la derecha se bajaba a un sótano inferior. Sherlock nos señaló este último camino y yo tragué saliva, tratando de no estar pendiente de mi respiración, cada vez más trabajosa y entrecortada. Acabábamos de embocar la nueva escalera cuando oímos unas voces.

—¡Ssh! —susurró Sherlock haciéndonos una señal con la mano para que nos detuviéramos.

Intentamos averiguar de dónde provenían, si de los camerinos o de la escalera de bajada que estaba frente a nosotros, pero el eco en aquellos oscuros pasillos hacía difícil saberlo.

Volvimos atrás rápidamente, a la bifurcación del pasillo, nos agazapamos en las sombras y nos pusimos a escuchar. Eran una voz de mujer y otra de hombre, y provenían de la escalera.

—¿Ese es Collins? —pregunté, susurrándole al oído a Sherlock.

—Diría que no —contestó mi amigo—. Tiene un acento…

—Italiano —se anticipó Lupin, seguro.

No se había equivocado.

Poco después, de hecho, oímos claramente la voz de la mujer pronunciar la palabra «maestro». Miré a mis amigos. El hombre que estaba subiendo de los sótanos del teatro era Giuseppe Barzini. Me asomé para mirar el pasillo y vi el halo luminoso de una lámpara de petróleo ascendiendo despacio por la escalera.

Cuando apareció la mano que la sujetaba por encima de la cabeza, me pareció ver a un muerto saliendo de la tumba.

Sherlock, en cambio, se volvió de sopetón y escudriñó el pasillo a nuestra espalda con los ojos brillándole en la oscuridad.

—¿Habéis oído algo? —preguntó.

Pero ni Lupin ni yo conseguíamos apartar los ojos de las dos figuras que estaban asomando del sótano.

—Cómo voy a negarlo, querida… —decía ahora el maestro Barzini, cuya sombra proyectada en la pared parecía la de un gigante—. Es inútil negar que todos estamos muy preocupados. Por eso me preguntaba si usted, que es tan buena amiga de Ophelia, se

habría enterado de algo más de lo que nos ha dicho Scotland Yard a todos nosotros…

La mujer, que caminaba detrás de él, respondió:

—No, maestro, como le he dicho, no sé nada más. Ni sé cómo está ni adónde la han llevado.

—Todo esto es terrible —comentó el maestro después de suspirar—. Terrible y doloroso.

La lámpara de petróleo osciló.

—He trabajado con Ophelia casi veinte años y considero mortificante que la policía de esta ciudad me trate como al último de los curiosos, obligado a mendigar retazos de noticias sobre mi protegida, ¡como un desconocido cualquiera! ¿Le parece justo, querida?

—No, maestro —le dio la razón la mujer—. No lo es. Es más, yo creo que, después de todo lo sucedido, Scotland Yard debería protegerlo a usted también.

—Es usted muy amable, querida… Pero eso, en realidad, no tiene importancia —soslayó las amabilidades el músico—. Poder ver a Ophelia, saber que está bien… eso es lo único que deseo en este momento —concluyó Barzini con un suspiro, y echó a andar de nuevo.

Unos pasos más y llegarían a la bifurcación del pasillo. Sherlock, Lupin y yo nos consultamos sobre dónde escondernos. Retrocedimos unos metros en la oscuridad, deseando que los dos tomaran la dirección que llevaba a los camerinos.

—Ya verá como todo sale bien, maestro. Todo saldrá lo mejor posible —dijo la mujer con tono acongojado.

—¡Me gustaría creerla, querida!

—En estos momentos hay que ser fuerte, maestro.

Se pararon en la bifurcación, con la lámpara alzada hasta escasa distancia del techo.

—¿Me promete que, si tiene noticias de Ophelia, me avisará? —preguntó el maestro Barzini con un nota quejumbrosa en la voz.

—Será el primero en saberlas —lo tranquilizó la mujer, que después lo acompañó despacio hacia las puertas de los camerinos.

Solté un suspiro de alivio.

Sherlock me tiró de la falda y me hizo una seña para que lo siguiera. Caminamos a gatas hasta el pasillo que llevaba a los

sótanos, nos escondimos allí y permanecimos quietos en la oscuridad escuchando, pero no se oía más que un borboteo indistinguible.

Oímos ruido de pasos y de nuevo la voz de la mujer, ahora más cercana:

—¡Hasta la vista, maestro! Y, se lo ruego, no se preocupe demasiado —dijo despidiéndose. Luego la oímos alejarse por el pasillo por el que habían llegado.

—¿Bajamos? —propuso Lupin cuando los pasos de la mujer eran ya lejanos.

—¿A oscuras? —pregunté yo.

—Solo está a oscuras este trecho, hasta la escalera —nos explicó Sherlock—. Luego, recuerdo haber visto luces de gas ahí abajo. Pero conviene que esperemos aún unos instantes, hasta que Barzini salga del camerino.

En ese momento se produjo un fuerte ruido repentino, el estallido de un cristal rompiéndose. Los tres nos pusimos en pie como impulsados por un resorte. Tras el fragor, se oyó un grito. Pensé enseguida en las palabras que la mujer había dicho poco antes a Barzini: «Scotland Yard debería protegerlo a usted también».

—¡No! Ahora le ha tocado a él… —dije con un grito ahogado.

Sherlock y Lupin se miraron.

—¿Tú has oído ruido de lucha?

—No, pero quizá el agresor estuviera escondido, al acecho.

Al oír aquella palabra, «agresor», se me encogió el corazón.

Cerré los ojos y volví a ver la siniestra figura con que nos habíamos tropezado en Bethnal Green: el diablo, el español… Lo imaginé escondido en las sombras del teatro, en medio de los decorados espantosos de la Ópera, y bajando luego al camerino del maestro para matarlo también después de haber asesinado a su secretario y haber atentado contra la vida de Ophelia Merridew. Aquel pensamiento me inmovilizó, me petrificó de terror.

Lupin salió disparado de pronto hacia los camerinos.

—¡Quieto! ¡Espera! —susurró Sherlock agarrándolo por un brazo.

A Lupin apenas le había dado tiempo a agazaparse de nuevo en la oscuridad cuando la puerta del camerino de Barzini se abrió.

Nos quedamos quietos en la oscuridad mientras el maestro

Barzini, solo, se tambaleaba en el pasillo principal, pasaba por delante de nuestro escondite maldiciendo en voz baja y desaparecía en dirección al escenario. Me dio tiempo a notar que tenía una mano vendada con un trapo. Rojo de sangre.

—¡Vamos a ayudarlo! —dije, temiendo perder el sentido de un momento a otro—. ¡Y luego huyamos de aquí!

—Calma, Irene —dijo Lupin estrechándome contra él—. No parece haber nadie más…

—Es verdad —confirmó Sherlock—. Todo está silencioso ahí abajo.

Sherlock y Lupin atisbaron juntos al otro lado del recodo del pasillo y luego se movieron furtivamente arrastrándome con ellos.

Era totalmente contraria a aquella decisión, pero no tuve fuerzas para oponerme.

Asistí a la escena boquiabierta por el miedo y con el corazón latiéndome con tanta violencia que creí que iba a abatir la bóveda del pasillo.

—¿Y ahora qué…? —bisbiseé con el hilo de aliento que me quedaba.

Llegamos ante la puerta del camerino de Barzini. Había dos gotas de sangre en el suelo. Lupin se había puesto un par de guantes blancos y empujó suavemente la hoja de la puerta hacia dentro.

—Chicos, creo que no es una buena idea… —murmuré, temiendo ser atacada de un momento a otro por el misterioso criminal que estaba persiguiendo a los artistas de la Ópera.

En cambio, lo único que vi delante de mí fue el camerino de Barzini iluminado por la lámpara de petróleo que poco antes él mismo sujetaba. Desierto.

—¡Mirad! —exclamó Lupin señalando un espejo roto junto a un atril cubierto de partituras.

Sherlock recogió del suelo una esquirla ensangrentada y murmuró:

—Se ha herido él solo.

En ese preciso instante, en un rincón del camerino que hasta ese momento me tapaba el cuerpo de Sherlock, vi una vieja silla de madera dorada sobre la que habían dejado unas ropas.

Necesité un momento para discernir lo que veían mis ojos, pero lo logré, no pude contenerme y chillé.

Capítulo 20

EL TRAJE DEL DIABLO

Arrojados en la silla, había una larga capa negra, una bufanda roja y un sombrerazo de ala ancha.

Sherlock, Lupin y yo nos miramos unos a otros, pasmados, incrédulos.

—Pero entonces… —balbucí.

—¡El español es él! ¡Es Barzini! —exclamó Sherlock.

—Maldito —masculló Lupin entre dientes, con la cara congestionada—. ¡MALDITO! —repitió con un grito al tiempo que salía de un salto del camerino, como una fiera embravecida. Ni Sherlock ni yo conseguimos retenerlo y Lupin corrió por el pasillo que llevaba al escenario. No pudimos hacer otra cosa que seguirlo mientras la voz de nuestro amigo resonaba en los pasillos en penumbra como la de un animal herido.

Cuando lo alcanzamos, Lupin acababa de dar con Barzini entre bastidores y lo miraba lleno de rabia. El maestro estaba junto a un lavabo de porcelana y dejaba correr el agua sobre sus dedos ensangrentados.

Lupin dio un paso adelante.

—¿Y quién demonios eres tú? —se encaró con él el maestro, más bien sorprendido.

—¿Le dice algo el nombre de Théophraste Lupin? —rugió Lupin.

Barzini se volvió del todo y terminó de vendarse la mano con un pañuelo.

—¿Debería decirme algo? —preguntó.

—¡Es el hombre que ha hecho encarcelar en su lugar acusado de matar a Santi!

—¿Ese ladrón y asesino? No sé de qué me estás hablando, jovenzuelo. Y ¿qué haces en el teatro a estas horas? ¡Los operarios deberían estar ya fuera de aquí!

—Pero ¡qué operarios! ¡Yo soy el hijo de Théophraste Lupin! ¡Y lo he descubierto!

Con indiferencia, Barzini rió mientras se secaba las manos.

—¿Me has descubierto? Insisto, ¡no sé de qué me estás hablando!

—¡Usted es el español que tendió la trampa a mi padre en Brighton! —gritó Lupin.

—Lamento tener que informarte de que soy italiano… —murmuró Barzini, despectivo—. Y ahora, si no te molesta, lárgate de aquí antes de que me vea obligado a llamar a Scotland Yard…

—En realidad, ¡es exactamente lo que queremos hacer nosotros! —exclamó en ese momento Sherlock Holmes, poniéndose al lado de Lupin.

Vi que Giuseppe Barzini dudaba y retrocedía medio paso.

—¿Se puede saber qué sucede? —estalló cuando yo también me acerqué a mis amigos. El teatro estaba poco iluminado, pero era probable que en ese instante, al mirarnos, empezase a sospechar que éramos las mismas personas que lo habían sorprendido en Bethnal Green.

—Sucede que hemos descubierto su plan, maestro Barzini… —dijo Sherlock con toda la calma del mundo—. Sabemos que se disfrazó para encargar a Théophraste Lupin un robo que en realidad era una trampa. Sabemos que ha intentado matar a Ophelia, ¡y que ahora quiere saber dónde la tienen para cerrarle la boca en caso de que se recupere!

—¡Basta de tonterías! —soltó el maestro—. ¡Solo sois tres estúpidos chicos con la cabeza llena de fantasías!

—¡Tres estúpidos chicos que han descubierto su juego! —rebatí.

—De todos modos, ¡su interpretación ha terminado, maestro! —lo arrinconó Sherlock con una de sus audaces maniobras—. Acaban

de salir los periódicos vespertinos que traen la noticia… ¡Ophelia se ha despertado y, en cuanto pueda hablar, lo delatará, lo sabe bien!

Aquellas palabras parecieron herir a Barzini como una puñalada. Al músico se le desencajaron los ojos, desorientado, y retrocedió vacilante, apoyándose en el lavabo.

Aquella reacción valió más que cualquier confesión de culpabilidad en palabras. Me persuadí, y estoy segura de que también mis amigos, de que ya lo teníamos en nuestras manos.

Pero…

El compositor se llevó la mano al bolsillo del chaleco y sacó un reloj de oro. Después de consultarlo con un rápido vistazo, se echó a reír. Una risa alocada que resonó entre los bastidores del teatro y me puso la piel de gallina.

—Muy astuto, muchacho —dijo Barzini—. Pero en los periódicos de las cuatro la noticia de la que hablas no aparecía y ahora son las cinco y media: la segunda edición no saldrá hasta dentro de media hora —concluyó, desenmascarando el farol de Sherlock.

Pero ahora el músico ya nos había demostrado su culpabilidad.

Sin dejar de reírse de aquella horrible manera, dio media vuelta de repente y, con una agilidad sorprendente para su edad, desapareció entre las partes del decorado que estaba desmontando.

Oímos resonar su voz entre bastidores:

—¿De verdad creéis que podéis hacer caer la estrella del gran Barzini? Cuánta soberbia hay en vosotros los jóvenes… ¡Soberbia! ¡Como la había en Santi, ese ingrato! En vez de sentirse honrado por trabajar a mi lado… ¡Puaj!

Lupin corrió entre los objetos y las sombras del escenario intentando dar con Barzini para apresarlo, mientras Sherlock y yo hacíamos lo mismo pero unos pasos más atrás.

Entretanto, ruidos violentos empezaron a retumbar en el teatro, como si Barzini estuviera volcando todo lo que encontraba a su paso. En realidad, estaba buscando algo.

Lo comprendimos cuando, tras unos segundos de silencio, el compositor volvió a salir de la oscuridad, delante de Sherlock, empuñando una espada con su mano sana.

Holmes, cogido desprevenido, retrocedió un paso, tropezó con una cuerda y rodó por el escenario.

Vi a Barzini levantar el arma y prepararse para acometer a mi

amigo.

—¡NOOO! —grité. Y, sin saber siquiera lo que hacía, agarré el objeto más cercano a mí, una silla, y la tiré contra él con todas mis fuerzas.

Fallé por poco, pero lo obligué, de todos modos, a dar un salto atrás para esquivarla, con lo que Sherlock tuvo tiempo de levantarse y coger del suelo una tabla para defenderse.

—¡Atrás! —me gritó Sherlock—. ¡Quédate atrás, Irene!

Barzini descargó un espadazo que Sherlock consiguió desviar y luego le lanzó estocadas. Sherlock se movía ágilmente, sobre la punta de los pies, esquivando los golpes sin dejar de retroceder entre los decorados.

Yo permanecí observando cómo se defendía mi amigo y a cada asalto de Barzini sentía latir furiosamente mi corazón, como si quisiera salírseme del pecho.

Me estaba preguntando, exasperada, dónde diablos se habría metido Lupin cuando me encontré cara a cara con un hombrecillo que me miraba con ojillos suplicantes.

—¿Duvel? —pregunté sobresaltada—. ¿Qué hace aquí?

El joven pupilo de Barzini, con la mirada endemoniada y el rostro lívido, me pareció a punto de desmayarse.

—He oído algo… —me susurró.

—¡Entonces ayúdeme, Duvel! —exclamé, irritada por su cobardía—. ¡Vaya a llamar a Scotland Yard, rápido!

—¡Venga conmigo, señorita! —me suplicó él.

¿Me lo pedía para salvarme, me pregunté, o porque temía incluso salir del teatro?

—¡Vaya corriendo a Scotland Yard, ahora mismo! —le chillé al oído.

Luego lo empujé y volví a mirar lo que sucedía entre Sherlock y Barzini. Hasta entonces no me había dado cuenta de que Sherlock, mientras paraba los golpes de su adversario, no dejaba de mirar hacia arriba.

Miré también en aquella dirección y vi que Lupin, subido a una viga sobre el escenario, estaba guiando a Sherlock en sus movimientos.

Barzini lanzaba ahora sus golpes con más furia.

—¡Este es tu fin! —gritó cuando consiguió alcanzar a Sherlock

en un hombro, desgarrándole la chaqueta y la camisa, y haciendo que de su piel manara un pequeño chorro de sangre.

Holmes se tocó la herida, bajando el arma y retrocediendo lo más de prisa que pudo.

Fue cuestión de segundos. Barzini se arrojó contra Sherlock para asestarle un golpe decisivo. Mi amigo se escabulló justo antes de que lo alcanzara y rodó hasta detrás de una gran columna del decorado.

El músico gritó.

—¡No huyas! Total, te voy a cog…

Pero no pudo terminar la frase.

Lupin, deslizándose por una cuerda, le cayó encima, sorprendiéndolo por la espalda. Barzini rodó sobre los tablones del escenario y soltó la espada, que voló hasta apartarse unos pasos delante de él. Sin pensármelo, corrí a agarrar el arma y la tiré al foso de la orquesta.

Lupin se abalanzó entonces sobre Barzini y, saltándole sobre la espalda con las rodillas, lo inmovilizó y le ató las muñecas con su pañuelo de cuello.

Sherlock reapareció en ese momento desde detrás de la columna con una pesada cortina arrancada del decorado y se la dio a Lupin, que la utilizó para empaquetar a Barzini, que ahora gritaba palabras en italiano que no parecían precisamente delicados cumplidos.

—Un gran sentido de la oportunidad, Arsène… —dije, sacudiéndome la ropa.

Sherlock Holmes corrió a coger la cuerda con la que había tropezado y se la dio a Lupin; este le ató también los tobillos a Barzini, que se revolvía como un poseído.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó luego, con su habitual pizca de ironía.

—Alguien tiene que ir a avisar a Scotland Yard… —murmuró Lupin.

—¡Duvel! —dije yo—. Ha ido él.

Mis amigos, sudando y despeinados por la pelea, me miraron asombrados:

—¿Duvel? ¿Qué tiene que ver Duvel con esto?

No me dio tiempo a explicárselo. Oímos ruidos procedentes de la platea y entre los bastidores del teatro. Nos volvimos, listos para

llevarnos más sorpresas. Pero nadie dio señales de vida.

Luego oímos una puerta lejana y la voz de un comisario de Scotland Yard resonó en la Royal Opera House.

—¡Quietos todos!

—Por lo que parece, ya están aquí.

Los tres miramos aquel extraño bulto que pataleaba en que se había convertido Barzini. Podíamos estar tranquilos: así empaquetado, no podía ir a ningún sitio como no fuera en brazos de los policías que acababan de irrumpir en el teatro.

Nosotros tres, en cambio, sí podíamos movernos, vaya si podíamos, y no tardamos ni un instante en hacerlo. Corrimos a toda velocidad a la puerta de atrás, rezando para que la policía no hubiese rodeado ya todo el edificio. Tuvimos suerte, la puerta estaba abierta. La abrimos con el hombro y nos encontramos fuera, en la densa bruma en que estaba inmersa la ciudad.

Capítulo 21

COMO EN UN SUEÑO

La mañana que siguió a los acontecimientos aquí narrados, un par de periódicos de la ciudad habían recibido un soplo y habían sacado una edición especial.

—¿Ha leído esto, señorita Irene? —me preguntó Horace en el desayuno. El periódico aún estaba caliente por la impresión y las letras de los titulares dejaban oscuras manchas de plomo en las yemas de los dedos.

»Ophelia Merridew ha recobrado la conciencia —siguió diciendo Horace—. ¡El periodista anuncia “sensacionales revelaciones de la cantante”!

—Sí… —murmuré, pensando en que el farol de Sherlock con Barzini del día anterior había anticipado los hechos acaecidos pocas horas más tarde—. Parece que en esta ciudad no ocurre nada sin que lo sepan los periodistas.

—Son los tiempos modernos, señorita Irene, los tiempos modernos… —comentó Horace tras un breve suspiro.

—También tienen su lado positivo estos tiempos modernos —repliqué yo.

—¿A qué se refiere, señorita?

—El periódico trae incluso la dirección del lugar en que ha estado escondida Ophelia Merridew y la hora precisa en que está previsto que lo abandonará para volver a su casa.

—Por lo tanto…

—Por lo tanto, se tratará de un importante acontecimiento para Londres y nosotros, como futuros londinenses, ¡no creo que debamos faltar, querido Nelson!

El mayordomo me observó de entrada con aire de perplejidad y luego me sonrió. Debió de pensar que, en el fondo, esperar delante de una casa era mejor, en todo caso, que acompañarme de compras a Savile Row.

—Enseguida busco un coche, señorita —dijo.

Era lo que yo más deseaba. Y, aunque no tenía una cita precisa con Sherlock y Lupin, era previsible que también ellos se hubieran enterado de la noticia.

Nos vestimos de prisa y nos dirigimos en coche de caballos a Whitechapel, donde, según revelaba el periódico, se hallaba Ophelia. Fuimos velozmente, pero, a nuestra llegada, había ya una nutrida multitud de curiosos.

El refugio de Ophelia Merridew era un palacete de tres plantas, con las ventanas blancas y la puerta azul, signo inequívoco de que se trataba de una casa propiedad de la reina.

Cada vez que una sombra pasaba por detrás de los visillos de encaje que protegían de ojos indiscretos el interior de la casa, de la pequeña muchedumbre se alzaba un tímido aplauso y alguien gritaba «¡Ophelia!» con la esperanza de poder ver, tarde o temprano, a la diva por fin fuera de peligro. Busqué entre aquellas personas algún rostro conocido, pero no lo encontré. Eran todos gente del pueblo, personas que probablemente no habían asistido ni

una sola vez a un espectáculo de Ophelia pero que nunca le habían escatimado su sincero cariño, quizá más espontáneo que el de sus acaudalados admiradores. La gente sencilla sabía que Ophelia había sido una de ellos y no olvidaban sus orígenes.

Fue esto, más o menos, lo que me dijo el señor Nelson mientras esperábamos que ocurriera algo. Insistió mucho en los auténticos orígenes de las personas, en los lazos que, aunque invisibles, nunca dejan de unirlas.

Por lo que parece, tenía razón, porque, mediada la mañana, Ophelia Merridew apareció en la puerta acompañada por una enfermera que la ayudaba a sostenerse. Tenía un aspecto pálido y de sufrimiento, pero esbozó una sonrisa y un pequeño gesto de saludo a la multitud, que correspondió con un aplauso franco y lleno de emoción.

Miré al señor Nelson como pidiéndole permiso para acercarme y él, benévolo, me dijo:

—¡Vaya, vaya! ¡Ha venido hasta aquí por ella, después de todo!

Así que bajé del coche y me colé entre la apretada malla que formaba la gente agolpada en las aceras. No sé bien qué se apoderó de mí, pero sé que sentí un impulso, un ímpetu instintivo de acercarme a Ophelia cuanto pudiera. Necesité determinación y algún que otro codazo, pero al final conseguí ponerme en primera fila, donde un cordón policial frenaba a duras penas a la multitud. Una vez allí, encontrándome a tan poca distancia de la cantante, me emocionó realmente verla de nuevo tras nuestro último y trágico encuentro, sana y salva aunque extenuada por la terrible experiencia.

—¡Ophelia! —la llamé, imitando a quienes me rodeaban. Después de haber seguido sus desventuras por la prensa, aquella muchedumbre veía ahora en Ophelia Merridew a alguien más que a una simple cantante de ópera. Los periódicos la habían hecho popular por haber sido víctima de un intento de homicidio y, con la publicación de la historia de su vida, ahora pertenecía a todos ellos y, como tal, no podía mostrarse distante.

Mientras la cantante se dirigía lentamente a su carruaje, sucedió algo que todavía hoy recuerdo con gran emoción. Se volvió hacia mí. Hacia mí, os digo. Y cuando me vio, su mirada llena de estupor se detuvo en mi rostro.

Ophelia Merridew me reconoció. Y así, durante un larguísimo instante, para las personas que estaban allí, yo también fui famosa, por lo menos en relación con ella.

Se acercó a mí seguida por la enfermera y me dio la mano.

—Eres tú… —murmuró.

No acerté a decirle nada.

—No dejo de ver tu cara, como la de un ángel… —prosiguió Ophelia—. Un ángel bajado del cielo para salvarme en Bethnal Green…

—Me llamo Irene —le dije con una sonrisa.

Ophelia me indicó la puerta azul por la que había salido poco antes.

—¿Te apetece entrar? Necesito sin falta hablar contigo. ¡Mi coche puede esperar!

Pasé bajo los brazos estirados de un policía y fui hasta Ophelia, que me recibió tomándome del brazo.

Cruzamos la puerta azul y nos sentamos en un saloncito próximo a la entrada. Ophelia despidió a la enfermera y, una vez solas, me miró con ternura.

—Cuéntame todo, mi joven ángel —me rogó.

Fui feliz complaciéndola y le describí cómo habían ocurrido las cosas hasta aquella tarde, cuando llegamos a casa de su tía Betty justo a tiempo. Luego le conté los últimos hechos y el descubrimiento de que había sido el maestro Barzini quien había urdido todo.

—Mis amigos y yo no hemos conseguido dar con una explicación sensata para lo ocurrido. Oímos a Barzini decir que el pobre Alfredo Santi era un soberbio y que por eso fue castigado, pero… no sabemos lo que significa —le confesé al término de mi relato.

Ophelia Merridew bajó la mirada un instante antes de hablar.

—Hay muchas cosas que no sabes y que jamás habrías podido saber, mi joven ángel —dijo al fin—. Había un secreto, un secreto que Barzini no quería que fuera revelado a nadie…

Esperaba que me confesara que se veía a escondidas con Santi y que lo que había nacido entre ellos había desencadenado los celos de Barzini, pero Ophelia, en cambio, con una simple frase, me abrió la puerta tras la que se ocultaba una historia totalmente distinta y,

con ella, el verdadero móvil del compositor italiano.

—Debes saber, Irene, que las últimas óperas de Barzini no fueron compuestas por él. Y probablemente también por eso están entre las más hermosas que compuso nunca.

Recordé de pronto las palabras del barón Trudoliubov sobre la «segunda juventud» de Barzini y puse cara de sorpresa.

—Quien escribió la música de sus dos últimas óperas, que todos consideraban de Barzini, fue… mi pobre Alfredo —me reveló con la voz quebrada.

Yo le cogí la mano y busqué su mirada.

—Si para usted es demasiado doloroso, no tiene por qué… —insinué.

—Al contrario —me respondió Ophelia reprimiendo las lágrimas —. Al contrario, siento que hablar contigo me hará bien, Irene.

Yo le apreté más fuerte la mano y ella siguió hablando.

—Al principio, Alfredo se sintió honrado por poder trabajar codo con codo con el célebre Barzini, ¡el gran maestro! Quién no se habría sentido así… Pero luego, con el paso del tiempo, vio claro que Barzini se estaba sirviendo de él. Su inspiración se había secado y él se apropió del trabajo de Santi, que comprendió que, de aquel modo, su talento jamás sería reconocido. Mes tras mes, sus desavenencias se volvieron cada vez más serias y Barzini le prometió varias veces que su nombre figuraría junto al suyo como autor de la ópera, las mismas veces que no mantuvo su promesa. Después, aquel canalla tomó a su servicio a esa nulidad de Henri Duvel, y lo hizo solamente para atemorizar a Alfredo, haciéndole creer que su puesto estaba en peligro. Y durante un tiempo funcionó… Después, sin embargo, Alfredo se dio cuenta de que Barzini seguía necesitándolo y por fin tuvo el valor de rebelarse: se negó a entregarle su última composición, una ópera titulada *Semíramis*.

De ahí que siempre estuviera taciturno y enfadado, pensé al escuchar lo que me contaba Ophelia. ¡Se llevaba a matar con Barzini!

—El maestro, entonces, ilusionó a Alfredo una última vez —continuó Ophelia—. Le aseguró que había llegado el momento: su nombre aparecería junto al del otro en los carteles de los grandes teatros de Europa. Alfredo se persuadió de que esta vez Barzini

hablaba en serio… —Mientras decía estas palabras, Ophelia sonrió amargamente—. Solo que el maestro tampoco tenía ninguna intención de cumplir su promesa aquella vez. Me lo confesó una noche, cenando, después de beber alguna copa de más. Habló de Alfredo como de un ingrato que había aprendido de él todo lo que sabía de música. Lo hizo de aquella manera desdeñosa suya de tratar a todos los que estaban obligados a trabajar con él. ¿Un honor? Al contrario, los trataba como súbditos. ¡Como si él fuese el rey incontestable de la ópera! —Ophelia suspiró profundamente—. Y aquel fue su error, porque estaba tan cegado por sí mismo y por su fama que ni siquiera se había percatado de que Alfredo y yo, con el tiempo, habíamos terminado siendo más que amigos. Él me amaba y yo, bueno, lo amaba con una fuerza de la que ya no creía capaz a mi corazón, no tan joven. Lo amaba, Irene, y por eso lo puse en guardia acerca de las verdaderas intenciones de Barzini. Le dije que no le entregara su última ópera, que resistiera y, si era necesario, que escondiera la partitura en un lugar seguro.

—¿Y él lo hizo? —pregunté, cautivada—. ¿Santi escondió de verdad su última ópera antes de… ser…?

Ophelia me lo confirmó, despacio.

—Sí. La escondió entregándomela a mí. Y yo… Cuando Alfredo fue encontrado muerto en su habitación de hotel y Scotland Yard arrestó a ese francés, creí volverme loca. Todo me parecía absurdo y terrible… Lo único que quería era esconderme, desaparecer, y no supuse que Barzini pudiera… Por suerte, entregué la ópera de Alfredo a una persona de confianza, que la ha custodiado hasta este momento.

—¡Por eso la habitación de Santi estaba revuelta, igual que la casa de su tía en Bethnal Green! —exclamé—. ¡Barzini buscaba la última ópera de Alfredo!

—Exacto, Irene. Ese es el detalle que te faltaba aún para comprender toda esta triste historia.

La miré, esperando.

Y luego, puesto que me pareció que Ophelia Merridew no tenía intención de decirme nada más, le pregunté sin demasiados rodeos:

—Y al final, ¿dónde escondió la partitura?

Capítulo 22

UNA ÚLTIMA TAZA DE CHOCOLATE

Lupin entró como un torbellino en el local de la Shackleton Coffee House y casi le hizo tirar su taza de adorado cacao a Sherlock Holmes.

—¡Mi padre está a salvo! —nos gritó corriendo hacia nosotros—. ¡Mi padre está a salvo!

Nos abrazamos y luego nos sentamos juntos a una mesa. Escuchamos ávidamente los detalles de la próxima puesta en libertad de Théophraste. Con la captura de Barzini, los cargos contra él habían sido retirados; bueno, no todos…

—Queda el intento de robo —reconoció Lupin—. Pero, por él, no tendrá que cumplir más que unos días de cárcel…

Lupin parecía querer añadir algo, pero, al darse cuenta de que también los clientes de las demás mesas lo escuchaban, calló, visiblemente avergonzado.

—¿Y si fuéramos a dar un paseo? —propuso sabiamente Sherlock Holmes arrojando un par de monedas a la mesa.

Caminando por las avenidas sombrías de Hyde Park, aclaramos los detalles aún oscuros de aquel asunto.

—Si Barzini no conocía la relación entre Santi y Ophelia, como

ella me dijo —razoné—, no temería a la cantante, ni sospecharía que pudiese tener ella la partitura de *Semíramis*… En cambio, ¡fue a por ella como un animal feroz!

Sherlock, naturalmente, había reflexionado sobre aquel detalle y compartió con nosotros el fruto de sus reflexiones.

—Cuando planeó el simulacro del hotel Albion —explicó—, Barzini, al contrario de lo que pensaba, no encontró el manuscrito de la nueva ópera al rebuscar en la habitación de Santi. Apuesto a que lo que encontró, en cambio, fueron cartas y notas en las que reconoció la letra de Ophelia.

—¡Pues claro! —asentí—. Las cartas de los amantes.

—Exactamente —concordó Sherlock—. Y así descubrió que tenía un nuevo enemigo del que debía librarse enseguida.

—Pero Ophelia, entonces… —dijo Lupin, pensativo.

—La pobre Ophelia debía de estar hecha un lío en aquellas horas —prosiguió Sherlock—. Había puesto en guardia a Santi contra Barzini, como nos ha dicho Irene, y debía de sospechar del compositor, por tanto. Por otro lado, Scotland Yard había encontrado ya a un culpable, un acróbata francés que no tenía nada que ver con Barzini, y eso le confundió aún más las ideas.

Nos adentramos más en el parque y fuimos dejando atrás, poco a poco, los ruidos de la ciudad. Llegamos a un prado junto a un viejo roble y nos sentamos en la tierra sin dejar de darle vueltas a la cuestión.

Reflexioné sobre la reconstrucción de los hechos que acababa de proponer Sherlock.

—Sí, me convence —dije al fin—. Su instinto femenino debió de sugerirle a Ophelia que era recomendable esconder *Semíramis* para que Barzini no se apoderase de la última ópera compuesta por su amado Alfredo. Por desgracia, no se dio cuenta de lo peligroso que era ese hombre…

—¡Cuyo aliento podía sentir ya en su cuello! —apuntó Sherlock —. Barzini no la perdía de vista y la siguió hasta Bethnal Green, a casa de su tía Betty… Sabemos bien lo que sucedió después.

—A propósito —dijo Lupin, dubitativo—, ¿qué ha sido de su tía Betty?

—Por lo que dicen los periódicos, está en el hospital desde hace meses —contesté.

—Y cuando la cantante se sintió sola y en peligro, la casa vacía de su tía debió de parecerle un escondite perfecto para ella y para el manuscrito de Santi. ¿Quién iba a pensar que la divina Ophelia Merridew se hallaba en un cuchitril de Bethnal Green? —pensó Sherlock.

—Cierto. Lamentablemente para ella, ya le pisaba los talones… ¡el diablo! —intervino Lupin. Luego, rascándose la nuca, prosiguió —: Pero… hay otra cosa que no llego a entender: ¿cómo pudo creer mi padre que Barzini era español?

Sherlock exhibió una de sus enigmáticas sonrisas.

No me cabía en la cabeza que mi amigo pudiese tener respuesta incluso para aquella interrogación. Pero, pocos segundos después, la respuesta salió de un bolsillo de su chaqueta como un conejo de la chistera de un mago.

Era un ejemplar de la *British Musical Gazette* que llevaba una biografía del compositor.

—Según leo aquí, Giuseppe Barzini vivió con sus padres en Sevilla de los nueve a los dieciséis años y es capaz, pues, de hablar en un excelente español. Creo que se valió de ello para despistar a tu padre. Y diría que le salió a la perfección…

Pero la pregunta más importante era la misma que yo había hecho a Ophelia en persona unas horas antes.

—En vuestra opinión, ¿qué ha sido del manuscrito con la última ópera de Alfredo Santi? —pregunté jugueteando con las briznas de hierba.

—¿Qué te contestó Ophelia? —quiso saber Lupin.

—Ya os lo he dicho: se lo entregó a una persona de la que se fía ciegamente y que nunca revelará su existencia… —Miré a mis amigos, desconsolada—. Ni siquiera para reparar las injusticias cometidas y hacer que Santi, después de muerto, alcance la fama que le correspondía.

—Pero, en tu opinión, ¿por qué? —me preguntó Lupin.

—Ophelia la considera una ópera maldita y dice que, de todas formas, nadie tendrá nunca el coraje de llevarla a escena después de todo lo sucedido.

—Las supersticiones de siempre —murmuró Sherlock, contrariado—. Se resisten a morir, sobre todo en el mundo del espectáculo.

—Entonces ¿qué, renunciamos? —preguntó Lupin.

A manera de respuesta, Sherlock abrió los brazos, evasivo.

Ambos me miraron.

—¿Tú qué dices?

—Digo que tal vez tengamos otras cosas en que pensar. Tu padre está a salvo y el mío llegará a la ciudad dentro de pocas horas.

Sí. Casi se me había olvidado de que aquella iba a ser, al menos durante un tiempo, mi nueva ciudad.

Nos despedimos después de quedar para el día siguiente en el sitio de costumbre.

Sherlock me acompañó un buen trecho, pero luego torció en una esquina para ir a una biblioteca en la que quería consultar no recuerdo qué libro. Yo empezaba ya a orientarme en aquellas calles y casi había llegado a mi hotel cuando me tropecé con Lupin.

Solo que no era un encuentro casual. Arsène me estaba esperando, visiblemente incómodo.

Yo también lo estaba, pero más por el nerviosismo que leía en su rostro.

—Oye, Lupin… —murmuré cuando vi que él seguía sin decidirse.

—Lo sé —me contestó—. Y te comprendo.

Lo miré enarcando una ceja.

—¿Qué es lo que comprendes exactamente?

Él miró el cielo y luego la punta de sus zapatos, se llevó las manos a la cabeza y luego se encogió de hombros. Hizo, en fin, todo lo que pudo para no mirarme mientras hablaba.

—Comprendo que no quieras tener nada que ver conmigo, con el hijo de un ladrón.

Lo miré boquiabierta, pasmada, buscando la expresión para hacerle entender lo equivocado que estaba.

No encontré las palabras adecuadas y me contenté con las primeras que me vinieron a los labios, las más sinceras:

—Dime, Arsène Lupin, ¿acaso te has vuelto memo? —le pregunté poniéndome en jarras—. Por mí, podrías ser hijo hasta del temible Saladino, que no me importaría nada, ni cambiaría la amistad que hay entre nosotros.

Más bien en esta última, en la amistad, radicaba el problema, pensé. Porque siempre había dado por supuesto que la nuestra era

una amistad profunda y definitiva, y realmente jamás me había hecho el propósito de besarlo, al menos no hasta que nos habíamos encontrado una en los brazos del otro bajo la cama de Duvel.

Él me miró sin decir nada e imaginé que estaba pensando lo mismo que yo.

Pero me equivocaba.

Lupin me dedicó una de sus irresistibles sonrisas y, simplemente, dijo:

—Gracias, Irene. Espero que volvamos a vernos pronto.

Como conclusión de esta primera aventura mía en Londres que, si solo hubiese sido más perspicaz, me habría podido hacer comprender muchas más cosas de mí misma y de mi familia, puedo anotar aún un par de cosas. Mis padres, en efecto, se reunieron con nosotros en el

Claridge's

aquella misma tarde, y al día siguiente, con buena luz, visitamos por primera vez la que sería nuestra nueva vivienda. Estaba completamente vacía y en las paredes se veían las marcas dejadas por los cuadros de los anteriores propietarios. Pero tenía unas vistas espectaculares de los tejados de la ciudad y del lejano Big Ben, así que, cuando la vi, dije:

—¡Sí! ¡Me gusta!

El señor Nelson había hecho una labor excelente, entre otras cosas porque la que sería mi habitación gozaba de una práctica salida a la escalera de la servidumbre, que subía hasta la buhardilla, donde estaban los aposentos del señor Nelson, y bajaba hasta el patio, lo cual prometía salidas no autorizadas un poco más sencillas de lo habitual.

Pero no es de esta nueva casa y de cómo mi madre recuperó la alegría llenándola poco a poco de muebles, adornos y cortinas de lo que quiero escribir para concluir esta narración que, al cabo de los años, aún me acelera los latidos del corazón.

Me gustaría recordar, mejor, el día en que el cartero nos entregó precisamente en aquella casa un misterioso paquete dirigido a mí. En un ángulo se leía el nombre del remitente: el Príncipe del Enigma.

Cuando lo abrí, pensé en una de las usuales bromas de Sherlock Holmes, pero aquel paquete contenía el manuscrito de pentagramas

y notas musicales titulado *Semíramis*, de Alfredo Santi, y unas palabras escritas de su puño y letra por mi amigo investigador, quien, por lo visto, no había abandonado la búsqueda de la pieza faltante en el caso.

Si quieres saber dónde lo he encontrado y cómo, veámonos mañana por la mañana en la Shackleton Coffee House a las doce.

Eso escribía mi amigo. Solo para que la espera estuviera todavía más cargada de curiosidad.

De hecho, pasé la noche en vela, preguntándome cómo habría podido encontrar aquel manuscrito y a qué oscuro personaje se lo había confiado Ophelia Merridew. Al día siguiente, sentados a una mesa del café Shackleton, Sherlock Holmes se decidió por fin a revelármelo.

—¿Te acuerdas de la famosa tía Betty? —me dijo sonriendo, y casi llegó a rozarme los dedos por la emoción de su descubrimiento —. ¿La que creíamos que había terminado en un hospital? Pues bien, no lo estaba. Siempre había sido un poco rara y original, y hace unos años, después de un terremoto, empezó a tener miedo de estar en su casa, de los techos y las paredes, y se puso a vivir en la calle como una mendiga. Pero, aunque prefería estar fuera, nunca se alejó mucho del lugar en que siempre había vivido. Es más, se puede decir que simplemente se trasladó a la acera frente a su casa.

Abrí de par en par los ojos.

—¿Quieres decir que la mendiga…?

Sherlock cruzó las manos detrás de la nuca, satisfecho.

—La mendiga de la esquina de la calle —repitió en voz baja.

Sonreí, respirando el embriagador vapor que desprendía mi taza de cacao.

Ahora aquella historia había terminado de verdad.

Me vino a la cabeza Lupin, que estaba otra vez de viaje con su padre y el circo Aronofsky. ¿Volveríamos a encontrarnos los tres? ¿Había pasado el tiempo de nuestras locas aventuras?

Preguntas que, para contestarlas, tendría que esperar a que la madeja de mi vida se desenrollara un poco más.

MR. ALISTAIR D. MOOGLEY
HONOURABLE MEMBER OF THE WHITECHAPEL OCCULT SOCIETY OF LONDON
Announces the release of his much awaited
GHOSTS and HAUNTED HOUSES of ENGLAND
Available at Hollingworth & Pym's Bookstore
27, Paternoster Row, London
CLARIDGE'S
THE LUXURIOUS INDULGENCE
BROOK Street - MAYFAIR - LONDON W1K 4HR
WILLIAM GILKES & SONS
VIOLIN MAKERS
since
1702
MAPLE and PINEWOOD
AFFORDABLE
and
LUXURY MODELS
BEST and CHEAPEST
HOUSE
IN THE KINGDOM
TRY OUR INSTRUMENTS AT OUR SHOP OF
16, JAKUNOUCH STREET, LONDON
From the Pages of the Renowned Review All the Year Round
THE MOONSTONE
A MASTERLY ROMANCE BY
WILKIE COLLINS
WE RECOMMEND
CLARK'S
MILE-END
SPOOL COTTON
BEST SIX CORD, for HAND AND MACHINE USE
Bloomingdale Brothers.
USE
PRIDE OF THE KITCHEN
SOAP.
BLOOMINGDALE BROS.
WALLACE & RENFURM
ON STAGE FOR
ROYAL OPERA HOUSE
SINCE
1787
MALLORY GOLD
COCOA
MALLORY
GOLD
COCOA
BEST
of
SWEETNESS